YO QUEMÉ A HITLER



Erich Kempka

Biblioteca WeltanschauungNS
Libros Para Ser Libres

Título original: ICH HABE ADOLF HITLER VERBRANNT

INDICE

PROLOGO DE LA EDICION ESPAÑOLA

Erich Kempka, el hombre que durante trece años cargados de historia manejó el volante del coche personal de Hitler, es un testigo realmente excepcional. Es también uno de los contados supervivientes del acto final de la tragedia del III Reich y asistió a la representación del mismo entre las ruinas humeantes de la Nueva Cancillería. Allí presenció, muy de cerca, y casi íntegramente, el fin de Hitler, es decir, un episodio que ya es puro recuerdo histórico y al que, sea cual sea el juicio que en definitiva puedan merecer sus protagonistas, no cabe negar un contenido de dramática grandeza.

Si bien se mira, Hitler no podía caer vivo en manos de sus enemigos. En una ocasión, Mussolini dijo que él no estaba dispuesto a permitir que se le exhibiese dentro de una jaula, a dólar la entrada. Hitler pensaba lo mismo y obró en consecuencia, recordando sin duda que uno de los espectáculos más miserables que nos ofrece la Historia es el de Napoleón recluido en Santa Helena y sometido a las mezquindades rencorosas del mediocre Hudson Lowe.

Como católicos, tenemos que condenar el suicidio y lo hacemos sin reservas. No obstante, hay que confesar que la muerte de Adolfo Hitler, entre los escombros del imperio por él creado, remata la tragedia de la Gran Alemania dentro de una línea del más depurado y riguroso clasicismo. Una tragedia que, por lo demás, se ajustó estrictamente a los cánones dramáticos, puesto que hubo en ella un héroe, una culpa y una catástrofe expiatoria.

Pero, pese a su tema, el libro de Kempka carece de toda pretensión épica. Es lo que debe ser, de acuerdo con la personalidad de su autor – el libro de un hombre sencillo - que, por azar más que por la fuerza de su voluntad, participó en grandes acontecimientos, supo observarlos serenamente y, llegado el caso, estuvo a la altura de los mismos en actitud tan sobria como viril.

Hijo de un minero, y mecánico él mismo de profesión, Kempka aparece en su libro como un testigo sin grandes complicaciones intelectuales y no trata de hacer literatura en ningún momento. Cuenta lo que vio dentro de su papel subalterno y las páginas por él escritas rebosan sencillez, y veracidad. Pero también late en ellas una de las más altas virtudes humanas: la lealtad. No intenta enjuiciar los actos del que fue su jefe y amigo ni toma posición ante lo que no ha visto. Rinde tributo al hombre, pero se abstiene de juzgar la figura histórica, pues, con una modestia que más de uno podría aprender de él, sabe que no es él el más indicado para hacerlo. Sabe, y si no lo sabe lo intuye, que los juicios de este calibre corresponden a la Historia; y ésta no los establece hasta que ha crecido la hierba sobre todos los actores y, después, procede haciendo sentar en el mismo banquillo a los «malos» y a los «buenos», a los vencidos y a los vencedores de la circunstancia enjuiciada.

En todo caso, el libro de Kempka cumple un deber para con la posteridad. Relata hechos, a veces de escasa monta, pero que habrán de ser tenidos en cuenta al estudiar la personalidad del tan discutido Canciller del III Reich y las de algunos de sus seguidores y, sobre todo, contribuye a poner fin a la leyenda infundada de un Hitler fugitivo y errante. Decimos que contribuye y no que lo logre definitivamente, y no nos faltan razones para ello, porque los hombres de todos los tiempos suelen preferir la ficción a la realidad y más gustan de un falso Demetrio, vivo que de un Demetrio auténtico, pero muerto, enterrado.

De todos modos, poco importa que se siga fantaseando. Lo cierto es que Erich Kempka es el único hombre hoy accesible que, refiriéndose a aquellos días trágicos de 1945, tiene derecho a decir: «Yo estuve allí y esto he visto».

EL EDITOR

PROLOGO DEL EDITOR ALEMAN

i«Adolfo Hitler ha sido identificado en una estancia solitaria, en la Argentina.»
«El Führer consiguió huir en 1945 a Insulindia a bordo de un submarino.»
Según noticias que todavía no han sido confirmadas, un aristócrata español franquista oculta al ex Canciller del Reich, Hitler, en un viejo castillo no lejos de Sevilla.»
«Un diario de Bombay afirma que el ex Canciller alemán vive en un monasterio lamaísta del Tíbet.»
Noticias como las que anteceden aparecen todavía, constantemente, en la Prensa del Nuevo y del Viejo Mundo, y lo mismo que, todavía ahora, hay árabes que sueñan con un retorno de Mahoma para crear un gran imperio musulmán, en colaboración con el Gran Mufti de Jerusalén, son millares los que aún alimentan en Alemania la ilusión de una nueva leyenda del Kyffhäuser» (1).
La muerte de Hitler sigue envuelta en el misterio, pese a todo lo que sobre ella se ha publicado, y esto supone un peligro indudable, especialmente para la paz del pueblo alemán.
Por tal razón, nos hemos decidido a conceder el uso de la palabra a uno de los pocos supervivientes del círculo íntimo de Adolfo Hitler, al único quizás que, desde un punto de vista histórico tiene derecho a aclarar el misterio.

(1) Se alude a una leyenda surgida en torno a la muerte del emperador Federico Barbarroja que pereció ahogado al cruzar un río en Italia. Según la leyenda en cuestión, Barbarroja no murió sino que está encantado en el interior del monte Kyffhäuser y saldrá un día para reconstruir el Sacro Imperio. Duerme echado de bruces sobre una mesa en torno a cuyas patas ha ido creciendo su barba de color de fuego y, de vez en cuando, despierta y pregunta si ya ha llegado el momento de actuar. Un cuervo negro, que vigilia volando en torno al monte, le dice entonces que todavía no ha sonado la hora, pero que ésta llegará. (N. del T.)

Contrariamente a lo que sucede con todas las demás personalidades que rodeaban al ex Canciller y estaban en contacto directo con él, Erich Kempka es totalmente apolítico. Durante años, desempeñó el cargo lleno de responsabilidad de conductor personal y acompañante permanente de Adolfo Hitler y, al mismo tiempo, llenó dentro de su especialidad profesional una función directora que ya de por sí exigía un alto grado de competencia. El «Parque Móvil del Führer y Canciller del Reich» comprendía unos cuatrocientos hombres y ciento veinte vehículos. Como jefe del mismo, Kempka detentaba el grado de «Obersturmbannführer» de las Waffen SS (1).
Es un hecho históricamente probado y corroborado en el «Proceso de Nuremberg» que Erich Kempka, junto con el ayudante personal de Hitler el «SS Sturmbannführer» (2) Günsche, incineró los cadáveres de Adolfo Hitler y su mujer.
El manuscrito original que nos ha sido presentado por Kempka se basa en anotaciones realizadas en su diario durante los años de su servicio. Evita todo juicio personal en relación con los actos políticos y las decisiones del «Jefe», pero, por esto mismo, esta editorial estima que el relato, hecho por Kempka y que ahora sale a la luz pública tiene un valor documental muy superior a otras manifestaciones de personalidades políticas que juzgan los acontecimientos históricos de un modo unilateral, de acuerdo con su propia actitud partidista.

(1) Grado de las SS equivalente al de Teniente Coronel (N. del T.).
(2) Grado de las SS equivalente al de Comandante (N. del T.).

Tan sólo la posteridad podrá valorar con justicia el contenido trágico de Alemania en su ligación a la persona de Adolfo Hitler. Pero, ya hoy cabe afirmar que el pueblo alemán tiene derecho a saber cómo se extinguió en aquellos días del asalto rojo contra Berlín la vida del hombre que tan decisiva influencia ha ejercido sobre el destino de Alemania.
Según parece, el "Sturmbannführer" Günsche sigue en poder de los rusos y, por lo tanto, sólo Erich Kempka tiene derecho a hablar de un modo plenamente responsable

DECLARACION JURADA

El día 17 de agosto de 1950 comparecí ante el Notario Hans Bauer, suplente oficialmente designado del Notario Doctor Walter Bader de Munich Notaría Munich V , en sus oficinas de Karlsplatz, 10/I Munich 2, y presté la siguiente declaración jurada, registrada con el número UR N.º 7715.
Después de ser debidamente informado sobre el significado de una declaración jurada notarial manifesté lo siguiente:
"He escrito un libro titulado "Yo quemé a Hitler".
"He descrito los acontecimientos relatados en dicho libro ajustándome sinceramente a los mismos.
"No he omitido nada ni nada he añadido, sino que he relatado los hechos históricos tal y como yo mismo los he vivido.

Erich Kempka.

AL SERVICIO DE ADOLFO HITLER

El día 25 de febrero de 1932 recibí en mi oficina de la jefatura del Partido en Essen un telegrama cuyo texto decía :
«Espérasele veintiséis febrero en Berlín Hotel Kaiserhof ayudantía secretaría particular».
Mi jefe de entonces, el Gauleiter Terboven, había salido para Berlín cuarenta y ocho horas antes para tomar parte en una sesión del Reichstag y me pregunté si sería él quien habría enviado el telegrama.
No tenía yo ni la más remota idea de cuál pudiera ser su significado ni sospeché la trascendencia que aquella llamada iba a tener en mi vida ulterior. Instalado en un duro asiento de tercera clase, el viaje se me hizo interminable Durante él, reflexioné con intensidad febril, pero no logré recordar haber cometido falta alguna y, en vista de ello, me dije que el telegrama nada malo podía significar para mí.
Por fin entró el convoy en la estación de la Friedrichsstrasse en Berlín y, a través de la multitud atrafagada que llenaba las calles de la capital, me encaminé al Wilhelmsplatz. Recuerdo bien que me quedé unos minutos contemplando la traza elegante y moderna del edificio del hotel Kaiserhof. Al cabo, me decidí y empujé la puerta giratoria que daba paso al vestíbulo
Aquello estaba lleno de damas y caballeros muy distinguidos y elegantes. Me dirigí a uno de los botones que por allí andaban y el chico resultó estar al tanto porque, sin pararse en preguntas, me guió a lo largo de varios pasillos lujosamente alfombrados hasta la habitación del señor Brückner.
Era éste el, ayudante de Adolfo Hitler y, tras un breve saludo, me indicó que aguardase en el hall del hotel. Allí me encontré no sin cierta sorpresa con otros treinta individuos que esperaban corno yo y supe por ellos que procedían de todas las regiones de Alemania y que todos habían sido citados por telégrafo en el hotel Kaiserhof.
Cada uno de nosotros podía darse cuenta del nerviosismo que agitaba, a los demás. Al poco tiempo de estar allí pudimos comprobar que todos los presentes habíamos desempeñado hasta entonces funciones análogas. Todos éramos conductores de conocidas personalidades del Partido. Rumiando la idea de que teníamos que haber sido convocados para algo extraordinariamente importante, cada cual esperaba que fuese precisamente a él a quien correspondiese el premio gordo de aquella misteriosa misión.

Por fin se ocuparon de nosotros:
«Se ruega a los señores que pasen a la habitación 135».
Precedidos por un botones, nos dirigirnos todos al cuarto en que vivía y trabajaba en Berlín Adolfo Hitler. Instintivamente, sin que nadie nos lo ordenase, nos alineamos en semicírculo por orden de estaturas. Yo era el más bajo, por lo que quedé en el extremo de la izquierda.
Viendo a todos aquellos colegas de mejor facha que yo, mis esperanzas de éxito disminuyeron considerablemente.
Brückner fue diciendo sucesivamente nuestros nombres y Hitler sometió a cada uno a un interrogatorio sobre sus conocimientos profesionales. Por fin llegó mi vez:
«Erich Kempka... padre, minero en Oberhausen, cuenca del Ruhr... veintiún años... conductor del Gauleiter Terboven.»
Estas fueron mis primeras respuestas. A continuación llovieron, las preguntas que podríamos llamar técnicas:
«¿Qué marcas de coches ha conducido usted hasta ahora ?... ¿Conoce usted el «Mercedes» con motor de compresor de ocho litros?... ¿ Cuántos caballos tiene ?... ¿Dónde aprendió usted a conducir?... ¿Cómo procedería usted en una curva en ese, sin visibilidad, cuando el cuentakilómetros marca ochenta y aparece otro vehículo en dirección contraria ?»
Las preguntas se sucedían a una velocidad tal que me veía obligado a reaccionar instantáneamente. Y no resultaba fácil hacerlo. Nunca hubiera yo esperado en aquel hombre conocimientos técnicos tales. Yo mismo hube de quedar sorprendido al comprobar que, al parecer, estaba quedando bien en el examen.
Y, a todo esto, me sentía como borracho. Me entusiasmaba la idea de llegar a ser yo quien condujese por toda Alemania a aquel hombre que, ya entonces, era considerado en el país como la personalidad más destacada de la vida pública.
Cuando hube contestado satisfactoriamente la pregunta, Hitler estrechó brevemente mi mano.
Ya estábamos examinados y todos nos sentíamos ansiosos por saber lo que iba a pasar después. La verdad fue que sufrimos una pequeña desilusión. Hitler nos dirigió unas palabras y, con su acento apasionado, nos habló de la gran responsabilidad que encierra la misión del hombre que empuña el volante. Nos dijo que había sido para él una gran satisfacción haber tenido ocasión de reunirse con varios de tales hombres y, a continuación, nos saludó y se retiró sin habernos dicho la razón de haber sido llamados.
Pero, seguidamente, Brückner, su ayudante, nos explicó que hacía falta para el servicio personal de Hitler otro conductor más, aparte del señor Schreck que entonces desempeñaba el cargo. El elegido sería avisado oportunamente. A continuación, cada uno de nosotros percibió 15 marcos y todos fuimos despedidos.
Nuevamente comenzaron las horas de incertidumbre. Hasta el momento de salir mi tren vagué sin rumbo fijo por las calles de la ciudad. La entrevista con Hitler me había impresionado poderosamente. Ahora, cuando ya sabía de qué se trataba eran todavía mayores mis esperanzas y más agobiantes mis dudas. Cuando, por fin, arrancó el expreso hacia Essen, experimenté una cierta sensación de alivio.
A las, pocas horas de mi regreso recibí un segundo telegrama:
"Se presentará usted el 1 de marzo a Rudolf Hess. Casa Parda. Munich».
¡Mis deseos y mis esperanzas se habían cumplido! Había sido elegido para conducir y acompañar al hombre del que por entonces hablaba toda Alemania: ¡Adolfo Hitler!

TRECE AÑOS A LAS ORDENES DE ADOLFO HITLER

Tan pronto como llegué Munich tomé mi equipaje y, sin pararme a descansar, me encaminé, a través de las calles cubiertas de nieve, hacia la Bienner Strasse. Un transeúnte me indicó la dirección que debía seguir.

Me presenté en la Oficina de Rudolf Hess, en la Casa parda, y me dijeron allí que ya se me esperaba en la empresa Daimler Benz, en la Dachauer Strasse. Un taxi me llevó allá y fui recibido por el Sr. Schreck, conductor personal y acompañante del Führer. Me saludó con gran camaradería y empezó en seguida a hacerme preguntas sobre automóviles.

Por de pronto quiso saber si ya había conducido alguna vez un «Mercedes» con compresor de seis litros. Hube de responder negativamente y entonces me llevó, junto con otros señores, a un garaje donde me mostró un turismo abierto de seis a ocho plazas. Me quedé asombrado ante el coche aquel. Jamás había yo visto nada semejante. El señor Schreck me informó de las características del gigantesco «Mercedes» y me enseñó el motor y todos los detalles que podían interesarme.

Resultaba yo demasiado pequeño para el coche aquel y fue preciso colocar un par de mantas dobladas sobre el asiento y cambiar la posición de éste de modo que me permitiese gozar de buena visibilidad. Seguidamente, saqué el auto del garaje y me concedieron unos minutos más para examinarlo con mayor detalle y comprobar el nivel del aceite y del agua. Entretanto, los acompañantes del señor Schreck habían ido aumentando hasta un total de siete. Subieron todos al coche, me senté al volante y mi primera salida con aquel colosal vehículo acabó en Berlín.

En la capital fui nuevamente presentado a Adolfo Hitler. Esta vez, la conversación tomó un rumbo más personal. Hitler se interesó por mis circunstancias familiares y quiso conocer en sus menores detalles mi vida y actividades anteriores.

Fue en aquella ocasión cuando se inició la intensa relación personal de confianza que ya no cesó en los largos años en que hube de convivir constantemente con él.

Comenzó la campaña para las elecciones presidenciales.

Durante ella, yo conducía el coche destinado a los invitados. Todos los días recorríamos larguísirnas distancias. Siempre llegábamos puntualmente a los pueblos y ciudades en donde iba a hablar Hitler. Apenas había éste concluido un discurso, continuábamos viaje.

A decir verdad, yo envidiaba al señor Schreck y me sentía feliz cada vez que, ocasionalmente, se me permitía relevarlo. Incluso después de los mayores esfuerzos oratorios, Hitler se mantenía perfectamente despejado durante sus desplazamientos y charlaba animadamente con el conductor. Una de sus características consistía en preparar personalmente en ruta refrigerios para el que llevaba el volante, a fin de que éste, no se durmiese por el cansancio.

Con el mapa desplegado sobre las rodillas, Hitler iba determinando los itinerarios y calculando los tiempos de modo que llegásemos puntualmente a los lugares previstos. La misión del conductor se reducía a llevar debidamente el coche y ajustarse exactamente a los horarios fijados.

Después de varios discursos electorales en el norte de Alemania, regresamos a Berlín procedentes de Hamburgo.

En esta ciudad había sufrido el señor Schreck una intoxicación por haber ingerido carne en malas condiciones y al día siguiente tuvo que ocupar su puesto Hermann Göring, quien acompañaba por entonces a Hitler en casi todos sus viajes. Anochecía cuando llegamos a Stettin y, antes de retirarse a su hotel, Hitler me encargó que estudiase un

poco su coche para relevar a Göring y llevarlo a él, aquella misma noche, a Landsberg del Warthe.
Salió nuestra caravana entre las dos y las tres de la madrugada, y en las primeras horas de la mañana llegamos al castillo de Liebenow, donde fuimos calurosamente acogidos. Hitler se excusó y se retiró en seguida a descansar, en la habitación que le habían preparado, pero los demás, la escolta personal y los invitados fuimos abundantemente obsequiados.
Quiero hacer notar, al llegar aquí, que Hitler jamás tomó parte en banquetes antes de 1932. También más tarde, después de asumir el poder, vivió muy austeramente y, por principio, nunca consumía bebidas alcohólicas. Sólo en casos excepcionales se permitía tomar una copa de bitter estomacal para combatir ciertos trastornos gástricos que padecía como secuela de una intoxicación por gases de guerra sufrida durante la primera guerra mundial.
La campaña electoral tocaba a su fin. Volvimos a Munich y, al llegar allí, habíamos recorrido nada menos que doce mil kilómetros. Nunca volví a cubrir una distancia semejante en tan poco tiempo.
El señor Schreck, ya restablecido, me dijo en Munich que la campaña electoral había sido, al mismo tiempo, mi viaje de prueba. Hitler le había manifestado que se sentía satisfecho de mis condiciones como conductor. Mi nueva misión consistiría en conducir el coche del Führer en los desplazamientos por Munich y alrededores de la ciudad. En los viajes largos seguiría llevando el coche de los invitados.
Durante todo 1932 recorrí más de ciento veinte mil kilómetros. Día y noche rodábamos por todas las regiones de Alemania y en el transcurso de estos viajes viví muchos momentos gratos. Nunca tuve la sensación de viajar con un «jefe», sino más bien con un buen amigo mayor que yo y paternal en su trato. Casi nunca me hablaba Adolfo Hitler de problemas políticos, pero yo sabia que podía y debía contarle mis dificultades y preocupaciones de orden personal. Me escuchaba con la máxima atención y siempre estaba dispuesto a hacerlo. Constantemente se preocupaba de que los conductores fuésemos bien alojados y atendidos en ruta, y muchas veces le oí decir que sus conductores y sus aviadores éramos sus mejores amigos y que a nuestras manos confiaba su vida.
Comenzó una nueva campaña electoral.
En quince días, Hitler pronunció unos cincuenta discursos. Los viajes a través de toda Alemania se hicieron más y más frecuentes, y por primera vez se recurrió al avión para alcanzar una mayor rapidez en los desplazamientos.
Los constantes y prolongados viajes por carretera resultaban agotadores y Julius Schreck se resintió de ello, por lo que, a efectos de desplazamiento, Alemania fue dividida en dos sectores: Schreck se limitó a conducir en los viajes por el Noroeste y yo quedé encargado de los realizados en todo el resto del país.
Y de este modo fueron transcurriendo los años.
Mi posición cerca de Hitler no se vio modificaba por el hecho de convertirse él en Canciller del Reich. Yo lo acompañaba en todos sus viajes, dentro y fuera de Alemania y viajase en avión, ferrocarril o barco. Cuando el Führer no utilizaba el auto como medio de desplazamiento, yo figuraba en su séquito como invitado particular suyo.
En la mañana del 16 de mayo de 1936 fui llamado al domicilio de Hitler en el Prinzregentenplatz de Munich. Visiblemente apenado y emocionado, me comunicó en pocas palabras la muerte de Julius Schreck, su fiel acompañante de muchos años. Seguidamente me nombró sucesor del difunto.
Al mismo tiempo me convertí en jefe del Parque Móvil del Führer y fui ascendido a «Sturmbannführer» (1). A mí pasaron, pues, desde aquel momento, todos los derechos y

todas las obligaciones de mi antecesor. También a mí me había conmovido la inesperada muerte de Schreck. Desde el primer momento me había acogido con auténtica camaradería y tenía yo mucho que agradecerle. Nada había sabido hasta entonces de su enfermedad, que lo sorprendió en viaje de Berlín a Munich. Tan pronto como llegó a esta última ciudad, fue ingresado en un hospital con una grave meningitis y falleció al poco tiempo. Debido a esta celeridad ya no tuve ocasión de despedirme de él. Comenzó entonces para mí una época de intenso trabajo, lleno de responsabilidad. Tenía que estar dispuesto en todo momento por si eran requeridos mis servicios, y apenas si disfrutaba de horas libres. Cada vez iban siendo más extensas las actividades a las que tenía que dedicar mi atención y mi esfuerzo.

(1) Comandante de las SS. (N. DEL T]

Era preciso adquirir nuevos coches, los garajes resultaban insuficientes, había que contratar mecánicos y demás personal y a todo esto se añadía el papeleo que tenía que despachar, muchas veces, después de concluida la jornada normal y, en ocasiones, hasta altas horas de la noche.
Adolfo Hitler me honraba con un alto grado de confianza personal, pero también exigía que sus órdenes fuesen cumplidas exacta y puntualmente.
Para mi joven como era constituía precisamente aquella confianza del jefe un estímulo particularmente intenso. Lo que más me gustaba era ocuparme de los coches en construcción. Bajo mi inspección directa, y dentro de una estrecha cooperación entre la casa Daimler Benz y yo, fueron construidos no sólo los conocidos «coches del Führer», sino también vehículos aptos para toda clase de terrenos, destinados a pruebas y maniobras. Estos coches fueron utilizados más tarde en zonas montañosas y también dieron un excelente rendimiento en la guerra.
En cierta ocasión, y por orden de Hitler, puse a disposición de la vigilancia montañera de Berchtesgaden un vehículo de prueba, de la Daimler Benz para llevar a cabo el salvamento de dos escaladores que se encontraban en situación difícil en el Watzmann Gracias al coche dicho fue posible el salvamento, y, en consecuencia, se procedió a la construcción de más vehículos de esta clase, que fueron entregados a los puestos de vigilancia y salvamento.
Constantemente eran construidos también, bajo mi inspección, coches con carrocerías especiales destinados a ser regalados por el jefe a estadistas extranjeros. Yo visitaba la fábrica con frecuencia y fiscalizaba la construcción, a fin de que fuesen tenidos en cuenta todos los detalles requeridos.
Era raro que pudiese dedicar más de un día a esta tarea y por lo mismo tenía que recurrir a las horas nocturnas para mantener al corriente mis demás obligaciones. Hitler exigía que le fuesen presentados constantemente informes sobre los progresos de la construcción de los coches. En general, he de decir qué solía interesarse muy vivamente por todos los problemas e innovaciones de orden técnico.
En un momento dado, que me pareció favorable, le propuse que se hiciese construir un coche blindado para sí. Rechazó esta idea sin vacilar, diciendo que, por parte del pueblo alemán, no podía existir peligro para su vida y tampoco era de suponer que las potencias extranjeras organizasen un atentado contra su persona. Añadió por cierto que estaba convencido de que, en él extranjero, se sabía muy bien hasta qué punto él, Hitler, era necesario para el proceso constructivo de Europa.
Para mí, el comienzo de la guerra fue una sorpresa. Como jefe del Parque Móvil del Führer yo no estaba preparado para semejante eventualidad.
A partir de entonces comencé a pensar día y noche en el automóvil blindado, y, pese a la anterior negativa de Hitler, encargué, en 1939, por mi cuenta y riesgo, la construcción

de uno, que, por lo demás, en nada se diferenciaba exteriormente de los hasta entonces normalmente utilizados .
Lo malo fue que cuando hablé con Martin Bormannn, que era quien tenía que hacerse cargó del aspecto financiero de la cuestión, él se negó en redondo a pagar porque sabía que Hitler consideraba superfluo un coche blindado.
Tuve, pues, que recurrir a algunos amigos solventes, con cuya ayuda fue pagado de momento el importe, del vehículo.
El 8 de noviembre de 193§ tuvo lugar el atentado perpetrado contra Hitler en el Bürgerbráukeller (1). Este acontecimiento me proporcionó por fin la ocasión de informar al jefe de la existencia de mi automóvil blindado.
En el trayecto desde la estación de Anhalt, de Berlín, hasta la Cancillería, conseguí convencer a Hitler para que, por lo menos, accediese a ver el coche, y tan pronto como llegamos ordené que lo sacasen al patio exterior.
Hitler lo examinó con visible agrado mientras yo le iba explicando las características de la protección: los vidrios de las ventanillas estaban formados por varias capas con un espesor total de 45 milímetros, la protección de los laterales consistía en planchas de acero especial de 3,5 a 4 milímetros y el piso del coche lo formaban planchas de 9 a 11 milímetros, como defensa contraminas o bombas. En resumen: la protección era suficiente contra toda clase de armas de fuego portátiles y cargas explosivas de dinamita de hasta unos 500 gramos.
«Bueno dijo por fin Hitler, al tiempo que le sonreía a Bormannn; en lo sucesivo sólo utilizaré este coche. Quien sabe si no puede haber algún imbécil al que se le ocurra soltarme un zambombazo.» En vista de ello, Bormannn no, tuvo más remedio que avenirse por fin a pagar el auto.

(1) El Bürgerbraukeller era la cervecería muniquesa en la que Adolfo Hitler intervino por vez primera en una reunión pública. No estaba previsto como orador en aquella ocasión, pero habló por iniciativa propia después de llamar la atención sobre sí disparando dos tiros de pistola contra el techo. El Partido Nacional Socialista consideró a partir entonces el acto aquel como el fundacional del movimiento y, para conmemorarlo, Hitler asistía todos los años, el 8 de noviembre (fecha del fracasado «putsch» de 1923), a una reunión que tenía lugar en la, misma cervecería. Allí se produjo, en 1939, a poco de comenzar la II Guerra Mundial, la explosión de una bomba a la que Hitler escapó por pocos minutos de diferencia. Según parece, el atentado, fue organizado por una potencia extranjera y beligerante, (N. DEL T.)

Poco después de esto, Hitler me hizo llevarle de noche por todo Berlín en un simple «Volkswagen» y sin escolta de ninguna clase. Al jefe le gustaban mucho estas excursiones nocturnas que le permitían estudiar y comprobar las reformas urbanas de la capital sin verse estorbado por el tráfico.
No quiero ni debo, en este libro mío de recuerdos, ocuparme de cuestiones políticas; pero no quiero tampoco dejar de consignar lo que Hitler me dijo aquella noche. Nos detuvimos ante la «Casa del Turismo» que estaba en construcción al lado del puente de Postdam, y Hitler comentó:
«Es triste que haya surgido esta guerra. Sin ella Berlín y otras muchas ciudades del Reich adquirirían, en pocos años, una fisonomía nueva».
Mi famoso automóvil blindado acabó por entusiasmar al jefe y recibí la orden de encargar otros varios, Más adelante fui honrado con la comisión de entregar personalmente dichos coches a diversos jefes de Estado extranjeros.
Así, en diciembre de 1941, entregué un turismo abierto blindado, del tipo «Daimler Benz 150», al Mariscal de Finlandia, Freiherr von Mannerheim. Durante mi estancia en Finlandia pude por cierto observar en aquella ocasión, la precaria situación alimenticia de la población finesa. Al regresar al Cuartel General de Rastenburg, le hablé a Hitler de esta cuestión y el Canciller ordenó que fuesen puestas a disposición del Gobierno finlandés cincuenta mil toneladas de trigo.

Con motivo del 57 cumpleaños, del Mariscal von Mannerheim recibí de improviso el encargo de procurarme tres vehículos para todo terreno (1). Los obtuve en un plazo muy breve de la casa Steyer y fueron embarcados en Stettin a bordo de un transporte. El día del cumpleaños de Mannerheim, Hitler tomó tierra en un aeródromo de campaña finlandés. Hice allí una demostración de los coches y el Führer se los entregó personalmente al Mariscal.

(1) Se refiere a coches del tipo que, desde la guerra, tanto se ha popularizado bajo el nombre de «jeep». Dado el resultado de la contienda, fueron éstos los americanos - los que de momento se impusieron, aunque hoy en día hay tipos análogos de varias nacionalidades Pero antes de que aquellos aparecieran, habían trabajado activamente les alemanes en este campo y no es aventurado suponer que el «jeep» se haya inspirado en los prototipos germanos que dieron un excelente rendimiento en todos los teatros de operaciones, especialmente en el' desierto de Libia y Tripolitania y en el frente del Este. (N. DEL T.)

Cuando, en enero de 1942, llegué a Bucarest con una limusina blindada, el jefe rumano, Mariscal Antonescu, estaba en cama con un fuerte ataque de gripe. La Embajada alemana le comunicó mi llegada Y pese a su enfermedad, el Mariscal se levantó al día siguiente para recibir de mis manos el regalo de Adolfo Hitler.
Todo el mundo recuerda todavía las frecuentes visitas a Alemania del Rey Boris de Bulgaria. No sólo tuve la suerte de conocerlo personalmente, sino que, además, me honró con su estimación. Con frecuencia me invitó a visitarle en su país, pero pasó el tiempo y mis múltiples ocupaciones no me permitían recoger la invitación.
Por lo mismo, me alegré muchísimo cuando recibí la orden de entregar personalmente otro coche blindado al Rey búlgaro.
Al llegar a Sofía me presenté en la Embajada alemana y allí supe, con dolorosa sorpresa, que el Rey Boris acababa caer gravemente enfermo. Había regresado sudando de una excursión montañera y, sin esperar a enfriarse un poco, tomó una ducha fría y se fue a una conferencia. Ya durante ésta se presentaron los primeros síntomas de enfermedad. Al día siguiente no pudo levantarse y pocos días más tarde falleció.
Permanecí en Sofía hasta su entierro, y, un mes más ¡arde, volví allá para entregar el coche de Adolfo Hitler al Príncipe Cirílo, hermano del difunto Monarca y Regente del Reino.
También entregué coches blindados a muchos Jefes de Estado de aquel tiempo, hoy proscritos o ejecutados. Quisling se contó entre ellos y también el jefe de Yugoslavia (1).

(1) Debe referirse el autor a Ante Pavelich, el «poglavnik»de Croacia, ya que el Rey Pedro de Yugoslavia estaba en Londres y combatía al Reich. (N. DEL T.)

EN EL BERGHOF

Allá por Pascua de Resurrección de 1932 estuve, por vez primera, en el Obersalzberg. Por entonces todavía era bastante difícil llegar hasta allí. Cuando nevaba era imposible subir en coche. Había que cargar el equipaje en un trineo alquilado y recorrer el trayecto a pie. Sólo el Dr. Goebbels era subido en trineo, en atención a su cojera; pero su mujer y Harald, el hijo de ésta (1), subían, andando.

(1) Magda Goebbels había estado casada en primeras nupcias con un judío del que Harald era hijo. Sin embargo, parece ser que las relaciones de éste con su padrastro Goebbels, siempre fueron absolutamente cordiales. (N. DEL T.)

En aquella época, la casa Wachenfeld de Obersalzberg todavía no era propiedad del jefe. Este se la había alquilado poco antes a su propietaria, la señora Winter, a quien se la había regalado su marido por su cumpleaños, dándole el nombre de Wathenfeld que era el de soltera de dicha señora.

Wachenfeld no era grande y sólo había alojamiento en ella para pocas personas. Cuando llegaban conocidos o colaboradores de Hitler, tenían que ser alojados en hoteles o en la Pensión Platterhof.
Yo disfrutaba muchísimo con el bello paisaje de aquella zona de Berchtesgaden. Los días que pasaba allí eran de verdadero descanso.
La casa era gobernada por la señora Raubal, hermana del jefe. Sabía lo que era buena cocina y procuraba hacernos grata la estancia.
En 1933 - y gracias al beneficio arrojado por las repetidas ediciones del «Mein Kampf» ya fue posible disponer de los medios necesarios para adquirir la casa Wachenfeld.
Hitler en persona había diseñado los planos de una reforma total y la casa fue transformada y convertida en el famoso «Berghof).
El Obersalzberg «se puso de moda» en seguida y por todas partes se construía. Martin Bormannn fue uno de los primeros que supo darse cuenta de la ocasión.
Pero Hitler deseaba poder gozar de tranquilidad, por lo que hizo cercar su finca con una valla. Cuando Bormannn construyó su propia casa en las inmediaciones trató de convencer al jefe para que éste abandonase la idea de la cerca; pero sus esfuerzos fueron vanos, porque Hitler dijo que en aquella finca, comprada con su dinero personal, pensaba hacer o dejar de hacer lo que mejor le pareciera.
En otoño de 1936, Frau Raubal abandonó el Berghof para casarse, poco después, con el Profesor Hamisch. Por cierto que éste murió en campaña, hacia el final de la guerra, en la que participaba como Oficial.
Hasta que estalló la guerra, fueron varias las señoras de edad madura que desempeñaron en el Berghof las funciones de ama de llaves, pero ninguna soportaba bien la altura y, por ello, todas tuvieron que abandonar sucesivamente el puesto. Al comenzar la guerra se hizo cargo del Berghof Eva Braun, ayudada por un joven matrimonio que desempeñaba, al mismo tiempo, la portería. Hasta entonces, Eva Braun había estado empleada en el estudio fotográfico de Heinrich Hoffmann, en Munich.
En una ocasión, una amiga de Eva Braun fue a pasar unos días al Obersalzberg junto con sus dos chiquillos. Este fue el origen de una serie de rumores según los cuales Eva había tenido dos hijos de Hitler. Lo que realmente ocurrió fue que Eva quería mucho a los niños de su amiga. Solía jugar con ellos y con ellos se hizo fotografiar repetidamente,
Hitler había conocido a Eva Braun en casa de Hoffmann, mucho antes de entrar yo a su servicio. Hoffmann tenia la exclusiva de todo el material fotográfico referente a Hitler y, por la mismo, éste iba con frecuencia al estudio del fotógrafo. Poco a poco fue surgiendo una amistad creciente entre la empleada de Hoffmann y el Führer, amistad que no adoptó, en realidad formas definidas hasta 1936.
Siempre que le era posible, el jefe pasaba sus fines de semana, y, por supuesto, también sus vacaciones, en el Obersalzberg. Muchas veces hacía largas excursiones por la montaña, en compañía de sus invitados. Si en aquella época se le hubiese preguntado qué punto determinado de este mundo consideraba él como «su país», no cabe duda alguna que hubiese contestado que el Obersalzberg.
En pocos años, este lugar se hizo popularisimo y lo visitaban diariamente millares de curiosos.
Cuando Hitler fue por fin Canciller comenzó a utilizar también el Berghof para fines representativos.. Tuvieron lugar allí visitas y recepciones oficiales y en el Berghof estuvieron como invitados reyes, príncipes, ministros y diplomáticos.
Entre los visitantes extranjeros más frecuentes figuraba el Rey Boris de Bulgaria.
La vigilancia del Obersalzberg estaba a cargo del (»Reichssicherheitsdienst» (1), que dependía directamente de Heinrich Himmler. El RSD había sido creado en 1933 como

organización especial de policía dedicada a la protección personal de Hitler, de los ministros y de los huéspedes extranjeros en visita oficial. Los primeros agentes que lo constituyeron tenían ya cierta experiencia, puesto que habían formado parte, previamente, de la escolta del Presidente del Consejo de Ministros de Baviera, Held. Muchos de ellos no pertenecían a las SS ni eran siquiera miembros del Partido y algunos nunca llegaron a ingresar en él, lo que no impidió que continuasen desempeñando sus puestos cerca de Hitler hasta la muerte de éste.
Para el servicio de guardia y para rendir honores a los visitantes oficiales extranjeros, había siempre a mano una compañía de las Waffen SS que se alojaba en los cuarteles del Obersalzberg y era relevada cada seis meses.

(1) Servicio de seguridad del Reich o Policía de Seguridad (N. del T.)

Al comenzar la guerra, la vida en el Obersalzberg se hizo muy tranquila. Durante la contienda, el Führer casi no abandonaba su cuartel general y sólo raras veces hizo una escapada al Berghof. Eva Braun permaneció allí y no abandonó la casa, hasta marzo de 1934, cuando salió para Berlín dispuesta a terminar su vida al lado de Hitler.

EL PROFESOR DOCTOR THEO MORELL

Una de las personalidades más extrañas y discutidas entre todas las que constituían el círculo íntimo de Adolfo Hitler, lo fue, sin duda, el médico personal de éste, Profesor Doctor Theo Morell. En realidad, no es posible hablar del grupo inmediato a Hitler sin mencionar a dicho médico. No puedo yo juzgar de su capacidad profesional, pero sí decir que, como médico particular del jefe, logró ciertos éxitos indiscutibles y, en consecuencia, su influencia llegó a ser considerable.
En 1938 enfermó gravemente el fotógrafo y reportero gráfico Heinrich Hoffmann. Los médicos que lo trataban llegaron a desahuciarlo y, entonces, al enfermo se le ocurrió la idea de llamar a Morell, que vivía en Berlín. Así se hizo y al poco tiempo ya se presentó una mejoría. A las pocas semanas de tratamiento, Hoffmann estaba perfectamente.
Adolfo Hitler demostraba gran cariño por Hoffmann, y se sintió obligado con Morell. Así, pues, lo invitó a visitarlo y lo llevó como invitado en sus viajes.
Ya al poco tiempo surgió dentro del séquito una cierta antipatía hacia Morell. Para todos nosotros resultó muy poco grata la decisión de Hitler de hacerse acompañar por él, siempre en carácter de invitado, durante la campaña electoral que comenzó a raíz de la anexión de Austria. A todo esto, Morell no detentaba cargo alguno en aquella época.
Nos ocasionaba dificultades a todos. Era torpe y lento y no era raro que incluso perdiese el coche que se le habla asignado para un viaje, quedándose en tierra. Después de casos tales solía quejarse a Hitler diciéndole que, para su modo de ser, todo aquello marchaba demasiado deprisa.
El jefe era muy cuidadoso en lo referente al trato, de que eran objeto sus invitados y concedía gran importancia a que éstos se sintiesen a gusto, por lo que todos padecíamos una serie de molestias por culpa de Morell. En realidad, éste no guardaba consideración alguna y muy pronto pasó a ser el más antipático de los invitados. En aquella ocasión, las reuniones y los actos públicos se sucedían rápidamente y un día llega a Innsbruck. No había en esta ciudad ningún local cerrado capaz de contener a las masas llegadas de todos los rincones de Estiria y, en vista de ello, hubo que celebrar el acto en tiendas de campaña.
Al acabar la reunión, la gente se obstinó en no retirarse y, aunque había mucha humedad y algo de niebla, el jefe tuvo que estar entrando y saliendo en la habitación caliente para

saludar desde el balcón a los que lo aclamaban. Aquella misma noche se manifestaron los síntomas de un resfriado.
Fue llamado el médico de servicio, Doctor Brand, para que estableciese un diagnóstico exacto y después de un reconocimiento meticuloso declaró:
«Mi Führer, para usted ha terminado la campaña electoral; mañana tendrá usted una afonía que le impedirá decir ni una palabra.»
El jefe se preocupó muchísimo y empezó a decir que era imposible suspender su actuación en plena campaña y regresar a Berlín.
Supo Morell lo que ocurría y se presentó ante Hitler. Le rogó que le permitiese examinarle la laringe y dijo simplemente:
«Si sigue usted estrictamente mis indicaciones, mañana estará usted bueno y sano.»
Ni que decir tiene que el Jefe aceptó inmediatamente. Tuvo que acostarse y Morell le puso por de pronto una inyección a base de vitaminas y después le hizo pasar la noche tomando inhalaciones con un inhalador que hubo que ir a comprar a toda prisa a la farmacia. Además se le ponían constantemente compresas de aceite caliente. A la mañana siguiente había retrocedido visiblemente el resfriado y por la noche Hitler estaba en condiciones de hablar y pudo hacerlo.
De regreso a Berlín, Hitler propuso a Morell que entrase a su servicio personal como internista. Morell aceptó la proposición y puso su consulta privada berlinesa en manos de un compañero suyo. A partir de entonces, ya perteneció al círculo íntimo del Jefe y nos acompañó en casi todos los viajes.
No hay duda de que Morell era afable y afectuoso como médico. Siempre estaba dispuesto a prestar su ayuda, no conocía distingos y tanto, suponía para él que el paciente fuese un oficial como un simple soldado.
Gracias a esto, y a medida que pasaba el tiempo, se fue, haciendo un buen círculo de amistades, precisamente entre los grados medio e inferiores. En cambio, nunca llegó a relacionarse realmente con los altos cargos y defendía tenazmente el principio de que él era médico y nada más que médico y que no le interesaba cultivar el trato social.
Al revés que nuestro jefe, Morell era un gran glotón y para él nunca era bastante abundante la comida. Esto daba lugar a muchas bromas y más de una vez ironizaban a su costa pero, a Morell, todo esto le tenía sin cuidado y decía que lo principal era que su estómago quedase satisfecho. A decir verdad, la comida constituía su único gran placer, pues, por lo demás, no fumaba, no bebía y me parece a mí que tampoco le importaban demasiado las mujeres.
El mayor éxito de Morell lo constituía su tratamiento vitamínico. Recetaba las vitaminas en inyecciones y en tabletas y los preparados los elaboraba casi todos en un laboratorio de Hamburgo del que era propietario. A veces tenía éxitos realmente notables

Karl Krause, que fue ordenanza del jefe desde Julio de 1934 a septiembre de 1939, enfermó unos diez días antes del viaje a Italia por entonces previsto diagnosticándosele una neumonía doble. El Doctor Morell se hizo, cargo del tratamiento y a los ocho días Kráuse estaba bien y pudo acompañarnos a Italia.
Lady Mitford, una aristócrata inglesa que estudiaba en Alemania, fue invitada por Hitler a asistir a las fiestas wagnerianas de Bayreuth. Durante dichos festejos cayó enferma con neumonía y pleuresía dobles. Cuando lo supo el jefe, le envió inmediatamente al Doctor Morell y también en este caso curó la paciente en pocos días.
Durante el tiempo que pasé internado, volví a tropezarme, varias veces con el Doctor Morell en distintos campos de prisioneros. Dados los rumores que por entonces corrían, hablé con él sobre los posibles motivos de los ataques que contra él se dirigían, pues, en

aquellos tiempos, era atacado tanto en la prensa y en la radio como por sus mismos compañeros de profesión.
Estaba muy alicaído y me repitió varias veces que nunca había administrado a Hitler dosis excesivas de medicamentos. Lo único que hizo fue, procurar fortalecer al jefe con preparados vitaminados y glucosa, medida inevitable dado el carácter unilateral de la alimentación de Hitler. Le pregunté cómo podía haber surgido el rumor de que hubiese estado él envenenando sistemáticamente al jefe por encargo de una potencia extranjera y entonces me contó lo siguiente:
«A consecuencia del atentado del 20 de julio de 1944, el jefe contrajo una afección de oído y por esta razón, fue requerida la presencia de un otorrinolaringólogo, Capitán Médico del Ejército de Tierra.
»La consulta tenía siempre lugar en el dormitorio de Hitler. Un día tuvo que esperar un rato el Capitán en dicho dormitorio, por estar Hitler ocupado, y, por curiosidad, examinó los objetos que había sobre la mesa. Entre otras cosas vio una caja que llevaba la inscripción de "Tabletas Antigás" y debajo decía que se tomasen diariamente tres a cuatro tabletas antes de cada comida.
»Es sabido que estas tabletas contienen, entre otras cosas, estricnina. Ignoro quién haya podido prescribir a Hitler este medicamento, pero en todo caso lo estaba tomando ya desde mucho, antes de encargarme yo de su tratamiento. En una ocasión le pregunté y me dijo que sólo las tomaba casi de cuando en cuando y únicamente en ocasiones en que sentía molestias gástricas especialmente intensas. Como médico de cabecera, nada tuve que objetar a esto.
»El otorrinolaringólogo se hizo con algunas de dichas tabletas y las dio para analizar en el laboratorio. Por supuesto que en éste comprobaron que entraba la estricnina en su composición.
»Por entonces se encontraba casualmente en el Cuartel General del Führer el Profesor Doctor Brand, quien, después de haber dejado su puesto de médico personal de Hitler, había sido nombrado Comisario de Sanidad del Reich.
»El Capitán Médico se sintió obligado a presentarse al Profesor Brand y explicarle lo de las tabletas.
»El Profesor Brand, que no me podía ver y que mantenía conmigo relaciones muy tirantes, creyó, haber encontrado por fin el medio de ponerme la zancadilla. Tomó inmediatamente el teléfono y se puso en comunicación con Arndt, que era el ordenanza de servicio aquel día.
» Dígame, Arndt, el Führer tiene ahí en su dormitorio unas «Tabletas Antigás». ¿ Cuántas toma al día ?
»Arndt contestó muy justamente:
»Pues, depende, eso varía mucho según tenga flato o no.
»Pero Brand no se dio satisfecho con esta respuesta:
» No diga usted tonterías. ¡Quiero saber cuántas toma al día!
»Arndt se azoró un poco y dijo:
» Bueno, puede suceder que llegue a tomar incluso veinte tabletas.
» Así, pues, quedamos en que veinte tabletas - puntualizó Brand. Y sin esperar más colgó el teléfono.
»Esto dio lugar probablemente, a una idea equivocada por parte de Brand, ya que, normalmente, Hitler no utilizaba las tabletas que estaban allí sólo para un caso de molestias gástricas.
»Inmediatamente después de la conversación telefónica el Doctor Brand se reunió con el otorrinolaringólogo y con el cirujano de servicio Doctor von Hasselbach, y los tres, ninguno de los cuales era internista, echaron sus cuentas partiendo de que veinte tabletas

suponen una ingestión diaria de equis cantidad de estricnina. Seguidamente calcularon la cantidad total de estricnina ingerida por Hitler desde que entré a su servicio en 1938. Aquellos tres señores llegaron a la conclusión de que yo estaba tratando conscientemente de envenenar a Hitler.
»Brand comunicó este «descubrimiento» telefónicamente al Reichsführer de las SS Himmler, el cual se presentó inmediatamente en el Cuartel General para iniciar en persona la correspondiente investigación.
»Me dirigía yo al comedor a la hora del almuerzo, cuando me llamó el Doctor Brand.
» Dígame, Morell, ya hace algunos años que está usted tratando al Führer. ¿Sabe usted realmente lo que le ocurre ?
» Pues claro que lo sé contesté . A Hitler no le pasa nada y está perfectamente sano, si prescindimos del flato que tiene algunas veces. Además tiene una pequeña carencia de vitaminas, pero la corrijo con inyecciones vitaminadas y con glucosa.
» No, señor Morell, está usted equivocado - me contestó secamente Brand . Durante sus años de actuación ha estado usted envenenando sistemáticamente al Führer, y lo que le ocurre a éste se sabrá tras una investigación cuidadosa.
»Aquello sí que no lo esperaba yo. Muy preocupado y lleno de confusión me fui inmediatamente a ver a Hitler y le conté lo que sucedía. El jefe me tranquilizó contestándome que no me preocupase y que, al fin y al cabo, todavía era muy dueño de tomar lo que le diese la gana.
»Iba yo a salir del bunker cuando me tropecé con Himmler que se dirigió a mí hecho una fiera.
» ¡Eh, usted me dijo : si quería usted envenenar al Führer le ha salido mal la cosa. Y para que lo sepa de una vez: Lo voy a ahorcar inmediatamente.
»Creí que había llegado mi última hora, pero, en aquel momento intervino Hitler que había oído las palabras de Himmler. Le dijo a éste que yo era el único médico que hasta entonces lo había tratado debidamente.
»-Y por lo que a las tabletas se refiere - añadió , son asunto estrictamente mío. Y usted, señor Himmler, me va a hacer el favor de no meterse en lo que no le importa.
»Cuando esto sucedía ya estaba curada la afección de oído del jefe y, en vista de ello, el otorrinolaríngólogo fue invitado a abandonar inmediatamente el Cuartel General. El cirujano de servicio, Doctor von Hasselbach, fue trasladado a un destino en el frente y el Profesor Doctor Brand recibió de Hitler la orden de no volver a poner los pies en el Cuartel General, a menos de ser expresamente llamado.»
Esta conversación con Morell la recuerdo casi literalmente y la he reproducido tal como ha quedado en mi memoria.
Después de su internamiento, el Doctor Morell, enfermó y en la más absoluta miseria, falleció en Rottach, a orillas del lago Tegern, el 28 de mayo de 1948.

MARTIN BORMANNN

El Reichsleiter (1) Martin Bormannn era la personalidad más generalmente odiada y más dictatorial de todas cuantas integraban el círculo íntimo de Adolfo Hitler.
Era brutal en extremo, pero, cuando lo juzgaba conveniente, sabía aparentar una cordialidad exuberante y un tanto felina. Su falta de escrúpulos no reconocía límites, y si alguna virtud había en aquel hombre era, sin duda alguna, su colosal capacidad de trabajo, para la que no había tarea que resultase excesiva.

(1) Traducido literalmente, Director del Reich. (N. del T.)

No es posible hablar del derrumbamiento del Reich ni de la muerte de Hitler sin dedicar cierta atención a esta «eminencia gris»que se mantenía constantemente en las inmediaciones del jefe.
Conocí a Martin Bormannn en Munich allá por 1932. En aquel tiempo, todavía era él una figura de segunda fila y detentaba el cargo de Director del Seguro de las SA. Se las arreglaba magistralmente para despertar entre sus iguales la impresión de ser un excelente compañero y también para hacerse grato a los superiores.
Hay que decir que, ya entonces, trabajaba día y noche y casi sin descanso y su fama de trabajador infatigable era general. Debido a esto Rudolf Hess lo llevó consigo cuando quiso crear su órgano de enlace entre el Partido y el Estado.
Poco tiempo pasó antes de que Bormannn consiguiese ser nombrado jefe del estado mayor del señor Hess y, con esto, vio logrado su primer objetivo. Pertenecía al primer equipo de Hess, y esto ya era mucho, y siguió comportándose afablemente y tratando de complacer en todo momento tanto a sus superiores como a sus iguales.
Pero, ya en 1936, iba a cambiar su actitud. A partir de la reforma de la casa de Hitler en el Obersalzberg, Bormannn modificó radicalmente su comportamiento, hasta entonces tan discreto.
Por de pronto decidió que también él tenía que procurarse una casa en el Obersalzberg, ya que, de este modo, dispondría de un pretexto que le permitiese estar constantemente cerca de Hitler, con el que, en aquel tiempo, todavía tenía escaso contacto oficial.
Por lo general, su misión oficial en el Berghof se reducía a estar presente, de cuando en cuando, y como mero »testigo mudo», en ocasiones en que Hess presentaba personalmente un informe al jefe.
Así, pues, Bormannn comenzó a comprar sistemáticamente terrenos en el Obersalzberg. Daba a entender que lo hacía por encargo de Rudolf Hess a fin de conseguir para Hitler espacio suficiente donde pudiese gozar de tranquilidad y descanso.
Creó una especie de cooperativa para poder llevar a cabo sus planes de construcción de gran envergadura y fue comprando a los campesinos terreno tras terreno. Hay que decir que no tuvo que apelar a la coacción para hacerse con las tierras que quería, porque muy pronto corrió la voz en la zona de que no tenía inconveniente en pagar precios cuatro o cinco veces superiores a los corrientes.
Pese a todo, no era posible que, a la larga, no llegase el jefe a enterarse de esta especulación de tierras y Hitler comenzó a temer que fuesen cometidas injusticias con los labradores y que Bormannn, en un exceso de celo, los expulsase por la violencia de sus hogares y de sus tierras. Así, pues, le hizo saber clara y taxativamente, por su ayudante, que prohibiría toda nueva adquisición tan pronto como llegase a enterarse de cualquier acto de fuerza.
Bormannn le comunicó inmediatamente que no había razón alguna de inquietud. Muy al contrario: los campesinos lo acosaban literalmente con la pretensión de que les comprase sus fincas. Una vez tranquilizado Hitler, ya no conoció límites el afán adquisitivo de Bormannn y llegó un momento en el que Adolfo Hitler era prácticamente el único, aparte de aquél, que poseía tierras en el Obersalzberg.
Con esto, Bormannn consideró que ya era hora de tender aún más las redes en torno a Hitler.
Por entonces era costumbre en el Berghof que el ayudante de servicio decidiese qué personalidades del Partido, del Estado o de la Wehrmacht habían de sentarse a la mesa de Hitler.
Un buen día, Martin Bormannn se puso en comunicación telefónica con la Ayudantía y rogó que se preguntase al Führer si sería grata su presencia en el almuerzo de aquel día.

Como era de esperar, Bormannn obtuvo la autorización pedida; pero, poco antes de la hora de la comida, llamó de nuevo al ayudante y le dijo que lamentaba tener que excusarse pero que le era imposible asistir porque estaba materialmente abrumado de trabajo.
Esta misma maniobra la repitió varias veces y, cuando por fin se presentó un día a comer en el Berghof, llegó con retraso y aprovechó la ocasión para excusarse ante el jefe diciéndole que tenía tanto trabajo que le había sido imposible llegar a la hora prevista.
Una y otra vez puso en práctica el mismo truco y, al cabo, consiguió lo que buscaba, es decir, convencer a Hitler de que Martin Bormannn era el más trabajador entre todos los dirigentes del Partido.
Después de haberse ganado de este modo la confianza del jefe, fue encargado de la administración del Berghof. Con esto alcanzó Martin Bormannn otro de sus objetivos y se vio en una posición desde la que era posible imponerse a más de uno.
A medida que crecía su poder, Bormannn se preocupaba cada vez menos por conservar las buenas formas para con sus subordinados. Se sentía ya seguro y los que por debajo de él estaban toparon en Bormannn con el jefe más arbitrario que cabe imaginar. En un momento dado podía tratarlos con cordialidad afectuosa e incluso hacerles regalos o favores pero esto no impedía que ya a los pocos minutos, los humillase, ofendiese y rebajase gravemente y con una fruición realmente sádica. En ocasiones se comportaba de modo tal que daba la sensación de estar completamente loco.
Una vez que tuvo bajo su mando a todo el personal, ejerció sobre éste todos los derechos y podía despedir o admitir a quien bien le pareciera. ¡Pobre de aquél que cayese en desgracia ante Martin Bormnan! Era perseguido por el odio de éste hasta donde pudiera alcanzarlo.
Muy distinto era su comportamiento con las personas que Bormannn sabía gozaban de las simpatías de] jefe y no constituían un obstáculo para él mismo Con tales gentes su amabilidad no reconocía límites y trataba de hacerse grato a ellas para así atraerse la benevolencia del Führer.
La gran pasión de Bormannn era construir. Claro que, en realidad lo que pasaba era que procuraba convencerse sistemáticamente de que tenía todas las aficiones características de Hitler.
Hizo reformar en el Obersalzberg las casas que le parecieron poco adecuadas al lugar, transformándolas en alojamientos para invitados y en hotelitos y, al obrar así, se procuraba constantes ocasiones de reunirse con Hitler para estudiar los planos.
Al Jefe le gustaba mucho un saloncito que había en la hospedería Platterhof y que se conocía por el nombre de sala de Dietrich Eckart. Le gustaba por los muchos recuerdos que encerraba y Bormannn hizo derribar todo el edificio, con excepción del cuarto dicho, y construyó en torno a éste un Platterhof completamente nuevo.
Todas estas cosas agradaban mucho a Hitler y, además, cuando éste encomendaba algo a Bormannn ya sabía que sus intenciones serían ejecutadas exactamente y con la máxima rapidez posible.
Un buen día, Bormannn decidió construir para «su Führer» algo enteramente excepcional. Fue una obra absurda y que costó además muchísimo dinero.
En lo más alto del KehIstein, picacho de 1.800 metros, Bormannn hizo construir un salón de té. La carretera Ilegaba hasta un punto situado a unos cien metros por debajo de la casita y allí había un túnel que conducía a un pozo vertical por el que era posible llegar al salón de té en un ascensor.

Hitler no concedió por de pronto mayor importancia al proyecto de Bormannn, pero después le gustaba mucho poder llevar a sus invitados a lo alto del Kehlstein para contemplar el paisaje desde el salón de té.
Cuando, en otoño de 1940, estuvo en el Obersalzberg la hermana del Rey de los belgas y princesa heredera de Italia, Hitler la recibió en el Kehlstein. La recepción fue organizada por el señor Kannenberg, mayordomo del Führer, que acudió a tal objeto desde Berlín. A él correspondió, pues, la responsabilidad de que todo resultase debidamente.
Pero quiso la fatalidad que el té fuese servido demasiado caliente y la princesa se quemó la boca. Este incidente molestó muchísimo a Hitler que no sabía como excusarse. La real invitada restó importancia a lo sucedido, echándolo a broma; pero, cuando se hubo ido, comenzó un escándalo mayúsculo. Kannenberg culpó del accidente al ayudante Brückner, pues dijo que éste le había quitado el control de los ordenanzas. Para poner fin a la cuestión, el jefe encargó a Martin Bormannn de investigar a fondo el caso.
Nada mejor podía desear el designado, pues desde mucho antes había estado tratando de alejar a Brückner de las inmediaciones del Führer. Durante años enteros había estado reuniendo datos que pudiesen perjudicarlo y en aquella ocasión, vio llegado el momento de poner en práctica sus planes. Hizo ver a Hitler que Brückner ya era demasiado viejo para desempeñar un cargo tan trabajoso como lo era el de Ayudante jefe y propuso que fuese jubilado. Si la jubilación era acompañada de honores adecuados, al mismo Brückner habría de satisfacerle la solución y, después, un sucesor más joven podría desempeñar puesto tan importante con mucha mayor energía y eficacia.
Cuando Bormannn se ofreció a presentar ulteriores pruebas de la ineptitud de Brückner, Hitler renunció a verlas, pero se dejó convencer de la conveniencia de jubilar al Ayudante jefe, pensando que, en atención a su edad, mejor sería, incluso para el interesado, relevarlo de un servicio agotador y concederle un bien merecido descanso. Así, pues, lo jubiló, despidiéndolo dentro de la máxima cordialidad.
Entonces fue cuando Martin Bormannn acometió la »limpieza» de la. ayudantía personal. Despidió a todas aquellas personas que no le eran gratas, sin tener en cuenta su competencia ni servicios, y las sustituyó por otras de su entera confianza.
Una vez que se hubo marchado Brückner, el cargo de Ayudante jefe y Director de la Ayudantía personal pasó al señor Schaub, pero, en realidad, éste ni pinchaba ni cortaba. Bormannn se convirtió en la fuerza, impulsora de todo el mecanismo y, en posesión de todos los resortes, podía ya montar a su antojo las intrigas dirigidas contra todo aquel que personalmente no le agradase. En su empeño de ganar influencia cerca de Hitler, no perdonaba recurso para eliminar a cualquiera que no se prestase a una obediencia ciega. Y cuando no podía demostrar faltas cometidas por los interesados y cuando éstos no se avenían a desaparecer por iniciativa propia, cediendo a las amenazas de Bormannn, éste montaba contra ellos un expediente, labor en la que solía ser eficazmente auxiliado por su «amigo» Heinrich Himmler.
Entre éste y Bormannn existían unas relaciones sumamente curiosas. En apariencia, eran los mejores amigos del mundo y cada vez que se encontraban se demostraban mutuamente la más efusiva cordialidad. Así, por ejemplo, solían estrecharse en tales encuentros no una sino las dos manos y lo hacían con ostentación de afecto. Pero, en realidad, se odiaban y se combatían. Cada uno de los dos envidiaba al otro por su influencia cerca de Hitler y su única preocupación estribaba en aumentar todo lo posible la propia.
Mi relación personal con Martin Bormannn fue francamente tirante desde el comienzo de su auge hasta el final del III Reich. Más de una vez trató de influir sobre Hitler en perjuicio mío, pero nunca tuvo éxito en este empeño porque puedo jactarme de haber

gozado de la plena confian¬za del Jefe. Por otra parte dado mi constante contacto personal con Adolfo Hitler, no me era difícil justificarme ante éste cada vez que Bormannn insinuaba algo en contra mía. En todo caso, Martin Bormannn sabía de sobra que mi opinión acerca de él, no era muy elevada.
Cuando en 1941 se recibió en el Berlín la noticia del vuelo de Rudolf Hess a Inglaterra, Bormannn sintió una gran alegría. El ayudante de Hess entregó al jefe una carta en la que aquel comunicaba y explicaba su marcha a Inglaterra. Hess quería buscar una base sobre la que fuese posible negociar con los ingleses a fin de concertar una paz separada con la Gran Bretaña. Hess conocía la postura íntimamente anglófila de Hitler y creía que, con su viaje a Inglaterra, podía prestar un gran servicio al pueblo alemán y preservar, tanto a Alemania como al resto del mundo de una catástrofe. Hitler, que pese a todos sus esfuerzos no había logrado llegar a entenderse con el Reino Unido, opinó, desde el primer momento que la aventura de Hess a nada conduciría. Desde luego que es indudable que el Führer nada supo de las intenciones de su lugarteniente hasta que éste las hubo puesto en práctica (1).
El vuelo de Hess nos sorprendió a todos extraordinariamente. El jefe hizo publicar la conocida declaración sobre el trastorno mental de Hess y el ayudante de éste, que creía haber sido portador una buena noticia, quedó muy sorprendido al versé arrestado.
Asimismo se ordenó que fuesen detenidos todos los que componían el estado mayor de Hess. La investigación a continuación emprendida demostró que Hess había llevado a cabo su vuelo a Inglaterra por consejo de ciertos astrólogos.

(1) La actitud de Churchill ante el viaje de Hess ha tenido tan funestas consecuencias que ella sola bastaría para convertir al estadista británico en una de las figuras más discutibles y sombrías de nuestro tiempo. Al cerrar las puertas a un entendimiento entonces muy posible - Churchill, y con él Inglaterra, ha echado sobre sí gran parte de la responsabilidad en toda la sangre derramada y todo el dolor sufrido por el mundo a partir de 1941. La obstinación demostrada en aquella ocasión por los ingleses ha contribuido de un modo decisivo al génesis de la tremenda crisis por la que hoy atraviesa Occidente. En aquel tiempo, convencido ya de la ineludibilidad de la guerra contra la URSS, el III Reich hubiese respondido a cualquier muestra de buena voluntad por parte de Inglaterra, ofreciendo a ésta y a sus aliados una paz mucho más ventajosa que la pírrica victoria después lograda.
Parece demostrado que Hess fue a Inglaterra por iniciativa propia y sin comunicar a nadie sus intenciones, pero los argumentos que consigo llevaba eran los mismos que hubiese podido aducir el mismo Hitler y éste habría respaldado el viaje de su lugarteniente si los ingleses se hubiesen mostrado dispuestos a negociar. No se olvide que, ya después de la campaña de Francia, el canciller alemán ofreció claramente la paz a Inglaterra en un discurso.
Todo parece indicar que lo ocurrido fue que ni Churchill, ni tampoco Roosevelt ya entonces decidido a ir a la guerra a toda costa deseaban hacer la paz. Al primero le interesaba tanto la aniquilación del III Reich como la del peligroso competidor comercial que siempre fue Alemania para Inglaterra. E! otro iba todavía más lejos: contaba que, una guerra larga acabaría no sólo con Alemania sino con toda Europa y, muy especialmente, con Inglaterra, con lo que el centro político económico del mundo occídental pasaría al otro lado del Atlántico. Así fue, en efecto, pero para ello, hubieron de morir millones de seres humanos, pueblos enteros fueron inicuamente entregados a la esclavitud y el terrible crimen de guerra de Híroshima puso en manos del hombre el arma más temible e insensata de cuantas hasta ahora ha poseído. Y, además, en el Este se alzó la victoriosa la potencia cuya sola presencia ha bastado para convertir la postguerra en una pesadilla y cuyo poderío colosal hace que sea muy precaria esa hegemonía americana erigida sobre montañas de cadáveres.
En la actualidad, Rooseveit y Churchill son celebrados como campeones de la civilización occidental y Hess, el idealista puro que quiso apelar a una buena voluntad que no suele existir entre los grandes de este mundo, ha sido clasificado como criminal de guerra y ve pasar sus días sometido a un encierro inhumano. Falta saber si la Historia, esa Historia fría, objetiva e imparcial que sólo habla cuando todos han callado, querrá mantener tan arbitraria distribución de papeles (N. del T.)

A partir de entonces, el jefe no solía hablar de su ex lugarteniente. Pero cuando, ocasionalmente, se tocaba el tema en su presencia, Hitler afirmaba siempre, con la máxima energía, que Hess había hecho lo que hizo por idealismo y con la mejor intención y que en modo alguno podía ser considerado el suyo como un acto de traición.
Martin Bormann fue nombrado sucesor de Hess. Conocía perfectamente las interioridades del cargo y gracias a esto se vio en condiciones de asesorar al jefe en todas las cuestiones que hasta entonces habían sido llevadas por aquél. Fue suprimida entonces la denominación de Centro de Enlace del Lugarteniente del Führer, que era la del organismo encabezado por Hess, y nació la Cancillería del Partido, a las órdenes de Bormannn.

También allí llevó a cabo éste una de sus habituales «limpiezas». A partir de aquel momento se vio al frente de un organismo desde el que le era posible intervenir en la vida tanto del Estado como del Partido y extender ampliamente el radio de acción de su poder. Su primera labor consistió en eliminar todo lo que pudiera recordar a Rudolf Hess. Hizo retirar todos sus retratos y prohibió toda discusión sobre su vuelo a Inglaterra. Todos los libros del Partido en los que figuraba la efigie de Hess fueron confiscados y destruidos e incluso los textos escolares en los que era mencionado el lugarteniente del Führer, corrieron esta misma suerte. Tan lejos fue su odio casi maníaco hacía Hess que solicitó fuese cambiado el nombre de uno de sus hijos, que llevaba el de Rodolfo por ser ahijado de aquel (1).
La tiranía de Bormannn no se detuvo siquiera ante su propia familia y, aunque se trate de algo nimio dentro del cuadro de los grandes hechos de aquella época, quiero recordar aquí un episodio que estimo característico del modo de ser de aquel hombre.
Allá por mayo de 1944 se casó el «Gruppenführer» Fegelein (2). La boda tuvo lugar en la casa de Bormannn, en el Obersalzberg. Aquella noche, a las dos de la madrugada, se le ocurrió a Bormann vestirse de «smoking». Pidió determinada camisa de etiqueta que había puesto días antes, y la señora Bormannn le dijo que aquella camisa había sido enviada a lavar. Martin Bormannn tuvo un acceso de furor y comenzó a decir a voces que ya debía saber su mujer que él sólo se ponía aquella camisa con el »smoking» y ninguna otra. En castigo, la señora Bormannn tuvo que marchar a Munich con los niños aquella misma noche y él le advirtió expresamente que en modo alguno debería regresar al Obersalzberg sin permiso suyo. Cinco semanas transcurrieron antes de que Bormannn levantase el castigo, permitiendo el retorno de su mujer a su casa de la montaña.

(1) Alguien no recuerdo quien ha dicho que Bormannn era un nazi con mente soviética y lo aquí relatado por Kempka lo confirma al evocar lo que en la Rusia soviética se hizo para borrar todo recuerdo «revolucionario» de Trotski y de sus seguidores más o menos auténticos. (N. del T.)
(2) Grado de las SS equivalente al de General de División. (N. del T.)

A partir de la época dicha, ya nadie se atrevió a actuar en contra de Bormannn. Lo temían incluso los «Reichsleiter» y «gauleiter», y su propio suegro, el Reichsleiter Walter Buch, solía tomar su coche y salir de estampía tan pronto como sabía que su yerno se dirigía al Obersalzberg.
Cuando el jefe interrogaba personalmente a «Reichsleiter» y «gauleiter» acerca de la situación y estado de opinión en sus demarcaciones, ellos sólo le explicaban los aspectos satisfactorios o los que, no siéndolo, habían recibido previamente el visto bueno de Bormannn. En todo caso, cualquier información que pudieran dar ya era conocida por el jefe, informado previamente por Bormannn.
Este no solía evitar que las personas que le eran afectas se pusiesen en contacto personal con Hitler, pero todos, aunque fuesen ministros, tenían que pasar por Bormannn antes de llegar al Jefe. Y cuando alguien no le resultaba persona grata, trataba de impedirle el acceso hasta Hitler valiéndose de cualquier pretexto. Sí, pese a todos sus esfuerzos, no lograba evitar la audiencia, se las arreglaba para asistir a ella y orientarla según sus deseos.
El Ministro de Economía del Reich, Funk, me dijo en cierta ocasión, textualmente:
«No te puedes imaginar, Erich, lo difícil que me resultó hablar debidamente con el «Führer». Siempre estaba Bormannn metiendo las narices por medio. Me interrumpía, intervenía constantemente y no había manera de hablar en serio.»
Para quien no haya vivido aquella situación no resulta fácil comprender hoy en día los medios de que aquel hombre se valía para hacerse grato. Puesto que Hitler era vegetariano, también él se decidió a serlo, y proclamaba ante quien quisiera oírlo que el nuevo régimen alimenticio le sentaba maravillosamente y le daba una mayor capacidad

de trabajo. Pero cuando no se creía observado no desdeñaba un buen "entrecot" o un «beefsteak» ni tampoco renunciaba a las salchichas. Nadie se atrevió jamás a contar esto a Hitler.
El jefe no fumaba y, en consecuencia, Bormannn renunció al tabaco. Hay que decir en justicia que esto supuso un gran sacrificio para él.
Adolfo Hitler se interesaba mucho por la literatura, y Bormannn no lo ignoraba. Pues bien: creó dentro de su jurisdicción una oficina de lectura encargada de procurar las últimas publicaciones y condensar el contenido de cada libro en una sola hoja escrita a máquina, y ello de forma tan precisa que Bormannn pudiese hacerse cargo del tema.
A continuación, cuando Bormannn asistía a la tertulia nocturna del jefe o cuando estaba invitado a su mesa hacía gala de sus conocimientos literarios.
«Mi «Führer» decía ,por ejemplo , acaba de aparecer un libro sobre UIrico von Hutten. Estoy realmente entusiasmado con él. Creo que debería usted leerlo.»
Adolfo Hitler quedaba convencido de que Bormannn conocía el libro por haberlo leído, y se admiraba de que aquel hombre, tan agobiado de trabajo, encontrase todavía momentos libres para leer tantas cosas. Todo esto no hacía sino confirmarlo en la opinión de que disponía – en Martín Bormannn de un colaborador que era un verdadero espíritu polifacético.
A la única que Bormannn temía en cierto modo era a Eva Braun. Esta era la gran incógnita en todos sus cálculos y no resultaba posible entablar una lucha franca contra ella. Pero de un modo solapado e indirecto según correspondía a su carácter - procuró crearle todas las dificultades que pudo.
Muchos habrá que, todavía hoy, no comprendan por qué Hitler concedió a Bormannn tanto poder sobre sí mismo y sobre el Reich y lo condenen por haberlo consentido. Nosotros, los que nos desenvolvimos durante años en la proximidad inmediata de aquel hombre realmente diabólico, lo odiábamos de corazón.
Pero he de ser justo y reconocer que Martin Bormannn era un genio del trabajo de categoría tal que pocas veces se da nada semejante. Sabía entrar de lleno incluso en la materia que más ajena le fuera, y no por ser adaptable dejaba de ser extremadamente meticuloso. Supo hacerse sencillamente imprescindible para un ser tan sensible como la era, sin duda alguna, Adolfo Hitler, y, cuando éste daba una orden a Bormannn, sabía que sería cumplida impecablemente, dentro del plazo más breve y fuese como fuera.
Permítaseme aducir todavía un pequeño ejemplo de cómo sabía Bormannn suscitar la admiración del jefe:
Una tarde del verano de 1938, Hitler se disponía a subir al coche para salir de viaje y, dirigiendo una ojeada al panorama que ofrecía la montaña le dijo a Bormannn, de un modo incidental, que el paisaje era maravilloso en su perspectiva y que tenía algo que lo hacía reconfortante, pero que una granjita que había algo más abajo del Berghof afeaba un tanto el conjunto. Añadió que el día en que desapareciesen los campesinos que allí vivían, y que estaban respaldados por un contrato vitalicio, sería conveniente, suprimir la casa aquella.
Veinticuatro horas después regresamos procedentes de Munich y, tanto el jefe como yo, no queríamos dar crédito a lo que veíamos: en el lugar que ocupaba la víspera la casa objeto del comentario más arriba mencionado, se extendía un prado verde y lozano en el que pacían unas vacas.
¿Qué había ocurrido ?
Pues, sencillamente, que tan pronto como se hubo ido el jefe, Bormannn se entendió con el anciano matrimonio que vivía en la granja y consiguió su marcha voluntaria. Proporcionó a los viejos un nuevo domicilio en el valle, Y, además, los interesados se mostraron sumamente satisfechos de poder hacer un favor al «Führer». No bien salieron

los campesinos de la granja llegaron centenares de obreros, que fueron transportados en camiones, y que, trabajando toda la noche y la mañana siguiente, dejaron rematada su labor antes de mediodía.
Vaya un último ejemplo de cómo Bormannn sabía llevar a la práctica cualquier idea de Hitler:
Como es bien sabido, cuando el jefe se encontraba en el Obersalzberg acudían miles de personas al Berghof para verlo. En ocasiones tales se pasaba Hitler horas enteras al aire libre y ante él iban desfilando los visitantes. Una noche, después de un calurosisimo día de verano, Hitler le confesó a Bormannn que tales actos eran sumamente agotadores para él, principalmente porque le molestaba estar tanto tiempo a pleno sol.
Cuando al día siguiente salió Adolfo Hitler a la hora acostumbrada para saludar a los que lo aguardaban, se quedó estupefacto. En el sitio justo donde habitualmente solía situarse se alzaba un árbol de grueso tronco y copa frondosa. Durante la noche, Martin Bormannn se había encargado de hacerlo transportar hasta allí y de plantarlo en el lugar adecuado, y lo curioso fue que arraigó. Claro que Bormannn se cuidó de hacerlo regar constantemente mediante una instalación de lluvia artificial hasta que hubo echado nuevas raíces.
¿Cabe reprochar a Hitler que se dejase impresionar por episodios como los consignados?
Martin Bormannn ha muerto, y su influencia sobre el jefe constituye quizá el más triste capítulo de la historia del III Reich. Al hablar de la muerte de Hitler no es posible dejar de mencionar a Martin Bormannn. No cabe duda de que éste tuvo gran parte de culpa en unos acontecimientos que culminaron trágicamente, el 30 de abril de 1945, en la Cancillería del Reich en Berlín.

TIEMPOS DIFICILES

En lo internacional, Adolfo Hitler había ido de triunfo en triunfo. El Sarre, Austria y el País de los Sudetes habían pasado a formar parte del Reich y el Jefe se sentía lleno de confianza en sí mismo y se veía más fuerte y más seguro que nunca.
En la mañana del 15 de marzo de 1939 recibí la orden de poner en marcha inmediatamente con rumbo a Dresden, una columna de vehículos aptos para todo terreno y mantener constantemente el contacto con la misma.
El Presidente checoslovaco, Doctor Hacha, era esperado en Berlín. Fui a buscarlo a la Estación de Anhalt con el coche reservado a los diplomáticos, y, cuando penetramos en el patio de la Nueva Cancillería resonaron los acordes del Himno nacional checo. El Presidente Hacha revistó la compañía de la Leibstandarte de las SS (1) y fue recibido en la entrada de la Cancillería por Adolfo Hitler en persona.
Las negociaciones se prolongaron hasta la mañana del 16 de marzo. Oí decir que el Doctor Hacha se había agotado en el tremendo esfuerzo que para él supuso el debate y que fue preciso llamar al Doctor Theo Morell para que lo reani¬mase con una inyección de glucosa vitaminada¬.
En las primeras horas de la mañana del 16 de marzo quedaron firmados los primeros tratados. Uno de los conductores a mis órdenes condujo al Presidente al tren, ya que manifestó éste su deseo de regresar a Praga.
Entretanto, y de acuerdo con las órdenes recibidas, yo ya había hecho llegar mi columna compuesta por unos diez vehículos aptos para todo terreno y cuatro camiones, a una pequeña estación situada en la frontera checo sajona.

A las 6,30 de la mañana salió Hitler de Berlín en un tren especial y acompañado por de su Estado Mayor. En medio de una intensa nevada llegamos al lugar fronterizo donde aguardaba mi columna.

(1) Unidad encargada de la guardia personal de Hitler. (N. del T.).

Como de costumbre, yo empuñé el volante del boche del «Führer» y éste se sentó a mi lado, y fue nuestro vehículo el que abrió la marcha, seguido de cerca por el resto de la caravana.
Los aduaneros de uno y otro país ya debían haber sido advertidos de que iban a pasar coches alemanes, pues alzaron las barreras sin intentar siquiera detenernos.
La nevada era cada vez más densa y hubimos de recorrer el trayecto checoslovaco a muy poca marcha. Uno de los camiones que componían mi columna patinó y quedó volcado en la cuneta. No había tiempo que perder, por lo que trasladamos rápidamente su carga a los demás y allí lo abandonamos.
Entramos en Praga a eso de las cuatro de la tarde. En la vieja y venerable urbe, la vida seguía su curso normal y apenas si fuimos notados cuando atravesamos sus calles. Seguía nevando, mas y mejor.
Fuimos directamente al Hradschin, sede del Gobierno checoslovaco. No había sido anunciada allí nuestra llegada y nadie se ocupó de nosotros.
Nos instalamos en una de las alas laterales del castillo y a poco llegó una compañía de un batallón de zapadores de las SS. El resto del batallón se había quedado a mitad del camino, debido a la nevada y al estado de la carretera, completamente helada.
Alrededor de las cinco llegó el Presidente Hacha procedente de Berlín, y no fue floja su sorpresa al encontrarse con que ya estaba esperándolo allí el Jefe. Semejante celeridad en la acción lo dejó asombrado.
Las conversaciones fueron reanudadas inmediatamente y se procedió a la redacción y firma de los tratados. Al día siguiente comparecieron en el Hradschin los miembros del Gobierno checo, así como algunos generales, y todos ellos fueron recibidos y presentados a Hitler.
Hasta aquel momento, la guarnición alemana de Praga estaba integrada exclusivamente por Adolfo Hitler y su acompañamiento más inmediato y por la compañía ya mencionada del batallón de zapadores de las SS. Este batallón se componía de reclutas precedentes de una unidad de instrucción que había en Dresden. Su armamento era deficiente y, para completarlo en lo posible, hubieron de ceder la mitad de sus pistolas ametralladoras los miembros del «comando de escolta» del «Führer».
Cada vez que hoy recuerdo aquella situación no puedo dejar de pensar que para el Gobierno y los generales checos hubiese sido facilísimo apresarnos a todos en pocos momentos. Carecíamos por completo de armas pesadas y hubiésemos sido dominados en un plazo muy corto.
El 17 de marzo por la tarde salimos de Praga con nuestra columna y entonces fue cuando nos cruzamos con las primeras unidades alemanas que iban a ocupar la capital checoslovaca. Regresamos al punto de partida y, desde allí, salimos inmediatamente en ferrocarril para Viena, donde era esperado el Jefe.
En todo hombre hay virtudes y defectos y estoy seguro de que mi Jefe no constituía una excepción de esta regla. Pero cuando hoy se le acusa ocasionalmente de falta de valor personal, yo sé muy bien que esto no es cierto. Puedo decir incluso que todos los que lo rodeaban, y principalmente, Martin Bormannn y los GeneraIes, le reprochaban con frecuencia el ser excesivamente temerario y no tener en cuenta, en tales casos su responsabilidad como jefe de Estado. Yo mismo he llevado a Adolfo Hitler hasta las

primeras líneas del frente y esto que digo sucedía casi a diario durante la campaña de Polonia.
Jamás olvidaré sobre todo, un vuelo que hicimos a orillas del Dnieper, Fue durante el invierno de 1942 a 1943, cuando los rusos desplegaban todo su esfuerzo para reconquistar la cuenca del Donetz. La colosal central hidroeléctrica de Saporosdiye era el objetivo principal de la ofensiva.
Tuvimos que aterrizar en el aeródromo occidental de Saporosdiye, porque el oriental acababa de ser alcanzado por los primeros carros rusos. Los generales suplicaron al jefe que despegase de nuevo sin pérdida de tiempo, pero fue vano su empeño porque Hitler quería hacerse antes personalmente una idea de la situación. Sólo se decidió a partir al cabo de cuatro días, una vez que estuvo, a su entender, debidamente Informado y dejó dispuestas las contramedidas precisas. Por entonces ya habían comenzado los »ratas» rusos a atacar nuestro aeródromo.
Desde Saporosdiye volamos a Vinitza, cuartel general veraniego del frente del Este, a fin de estar siempre dispuestos para acudir a los puntos más amenazados del teatro de operaciones.
No pretendo en absoluto glorificar la figura de Adolfo Hitler, pero tengo que oponer el mentís más rotundo a las personalidades de aquella época que hoy se creen con derecho a afirmar en sus memorias que Hitler evitaba la proximidad del frente y trataba de salvaguardar su propia vida.
Los generales le advertían una y otra vez que no debía alejarse por mucho tiempo de su cuartel general, puesto que esto podía ser perjudicial para la buena marcha de las operaciones, y él se dejaba convencer y reconocía la razón de lo que se le decía. Pero tan pronto como se daban, en sectores clave del frente, situaciones de peligro que, en su opinión, requerían su presencia, ya no se dejaba influenciar por nadie e imponía a toda costa su voluntad.
Por supuesto que este libro mío no tiene la misión de valorar la intervención personal de Adolfo Hitler en la pasada guerra. No me creo. con competencia suficiente para hacerlo y es a los historiadores futuros a quienes corresponderá la tarea de separar la leyenda de la realidad.
Yo, por mi parte, y prescindiendo de unos pocos viajes por razones de servicio, dentro y fuera de Alemania, estuve constantemente cerca de Hitler en su cuartel general. La vida allí era sencilla y modesta. Y el trabajo ocupaba todo el tiempo desde por la mañana temprano hasta bien entrada la noche.
El jefe exigía que cada uno de los miembros de su Estado Mayor sirviese durante un tiempo dado en unidades de combate para demostrar sus aptitudes de campaña. Pero yo constituí una de las pocas excepciones que en este aspecto se dieron y, pese a mis reiteradas solicitudes, no obtuve la autorización para combatir en primera línea, pues el «Führer» me decía una y otra vez que no podía prescindir de mis servicios, ni siquiera con carácter transitorio.
Quienes más influían en la dirección de la guerra eran indiscutiblemente Keitel y Jodl y el que en cada una de sus etapas, estaba al frente del Estado Mayor Central del Ejército de Tierra.
Por grande que haya sido la influencia personal de Bormannn sobre Hitler, hasta enero de 1945, ni siquiera se le permitió tomar parte en las conferencias cotidianas sobre la situación. Incluso a Himmler no se le permitía participar al principio en tales reuniones y sólo más tarde le fue concedido hacerlo.
Martin Bormannn logró su último objetivo cuando Hitler estableció su cuartel general en el refugio de Berlín y comenzó la última etapa de la guerra. A partir de entonces,

tomó parte en las reuniones militares diarias y no cabe duda que habrá sido él uno de los que influyeron sobre Hitler en el sentido de combatir hasta el último hombre.

EN EL REFUGIO DE LA CANCILLERIA

Todavía muy afectado por la muerte de mi padre, regresé desde Oberhausen, donde había tenido lugar el entierro, al Cuartel General del «Führer», establecido entonces en Ziegenberg, cerca de Bad Nauheim.
La situación había cambiado mucho y sobre todos nosotros gravitaban la preocupación y el dolor que nos producía la marcha de los acontecimientos. Sabíamos muy bien que comenzaban para Alemania tiempos duros y difíciles. Las listas de bajas eran cada día más largas y nuestras tropas retrocedían gravemente quebrantadas.
La acción de nuestras últimas divisiones escogidas en el sector de Malmedy no había logrado el éxito que de ella se esperaba y el enemigo ya tropezaba con escasa resistencia en todos los frentes.
Las fuerzas aéreas inglesas y americanas pulverizaban el país en tremendas incursiones de bombardeo. Tanto de día como de noche, unidades y más unidades aéreas sobrevolaban nuestras ciudades sembrando la muerte entre la población civil. La industria alemana de armamentos se veía gravemente afectada y el abastecimiento de las tropas combatientes en armas y municiones era cada día más precario. Todos nos sentíamos muy preocupados ante situación semejante.
«El Cuartel General del «Führer» ha sido trasladado a Berlín.» Con esta frase fui recibido en Ziegenberg y me pregunté anonadado cuál habría sido el motivo de semejante desplazamiento.
Cuando, entre nosotros, comentábamos en ocasiones la posibilidad de una eventual batalla decisiva en Alemania, siempre contábamos con que Adolfo Hitler dirigiría esta batalla desde el Sur del país, donde ya habían sido tomadas todas las medidas técnicas indispensables para hacerlo así. Por lo mismo, me sorprendió mucho saber que las últimas fases de la contienda iban a ser dirigidas desde Berlín.
Todavía encontré en Ziegenberg algunas unidades de evacuación y unos pocos jefes. Salían Ios últimos mensajes conteniendo nuevas instrucciones, iban y venían los enlaces, y camiones cargados de documentos y material abandonaban Ziegenberg camino de Berlín.
Supe que Adolfo Hitler había salido a última hora de aquella misma tarde en compañía de su Estado Mayor personal, utilizando un tren especial que partió de Friedberg en Oberbessen.
Bastante agotado por el esfuerzo de los últimos días, salí con el coche hacia la capital, haciendo el viaje de noche y con el acelerador a fondo. El teletipo ya había anunciado la llegada del Jefe, por lo que encontré todos los coches del parque dispuestos, y, cuando a las seis de la mañana entró el tren del «Führer» en Berlín Grünewald, yo me encontraba en la explanada de la estación con toda mi columna de vehículos.
Pese a mi agotamiento, me emocioné profundamente al ver a Hitler. Su rostro denotaba gran cansancio. No había dormido, pues el tren especial iba equipado con las últimas novedades en transmisiones lo que permitía mantener contacto ininterrumpido con el exterior durante los, desplazamientos, y de este modo Hitler recibía noticias constantemente y daba órdenes a los centros y organismos pertinentes.
Es muy posible que, cuando aquella mañana recogí al «Führer» en Berlín Grünewald, nadie haya pensado que aquel viaje había sido el último que él hacía en tren.
Antes de echarse a descansar, Hitler me hizo llamar por su ordenanza. No dejó de impresionarme el hecho de que, pese a sus propias y graves preocupaciones, todavía

encontrase ánimos para informarse acerca de las circunstancias del fallecimiento de mi padre. Me pidió que le contase en detalle todo lo sucedido y al final me tendió ambas manos y me expresó su condolencia. Fue entonces cuando, por vez primera, me di cuenta de que la guerra no había pasado por él sin dejar huellas y que había envejecido.
En la Cancillería reinaba gran actividad. Nadie había contado con nuestra llegada. Evidentemente, la decisión de Hitler había sido adoptada por éste muy de improviso y en contra de la opinión de Bormannn y de su propio Estado Mayor.
Los bombardeos aéreos ya hablan convertido en ruinas una parte de la Vieja Cancillería. Contando con ulteriores y no menos severas incursiones, se procedió rápidamente a instalar en los sótanos, previamente convertidos en refugio, los servicios más inmediatos a Hitler. El resto, especialmente el Estado Mayor del Ejército de Tierra y el Alto Mando del mismo, pasó también entonces, de Ziegenberg a Zossen Jüterborg.
Esta división del Cuartel General en dos sectores distintos el inmediato a Hitler y el correspondiente al Estado Mayor de la Wehrmacht y su localización respectiva en puntos muy distantes entre sí, dieron lugar a una situación extraordinariamente difícil, para la que no estábamos en modo alguno preparados. Fue preciso montar nuevas centrales y líneas telefónicas para asegurar un sistema adecuado de transmisiones. Constantemente se oía el zumbido de la radiotelegrafía y en los corredores subterráneos de la Cancillería resonaban ininterrumpidamente órdenes e instrucciones.
La distribución de los locales disponibles no resultó nada fácil. Todo tuvo que ser reorganizado. Hubo que buscar un alojamiento apropiado para los taquígrafos personales de Hitler, pues, desde el relevo del General Halder, se había dispuesto que todas las órdenes e incluso toda palabra pronunciada por el «Führer» durante las conferencias sobre la situación fuesen registradas por los ex taquígrafos del Reichstag. Con esto se proponía Hitler disponer de un medio de comprobación personal para el caso de eventuales contradicciones. Ni que decir tiene que, en consecuencia de lo que digo, el material archivado por los taquígrafos adquirió en poco tiempo las proporciones de una montaña.
A mí personalmente me correspondí asegurar, con mis columnas de vehículos de campaña y en la medida de lo todavía posible, un enlace Constante, tanto con el Estado Mayor de la Wehrmacht, radicado en Zossen Jüterborg como con todos los demás centros y organismos esenciales.

Las divisiones de Stalin estaban ya a las puertas de Berlín.
Todavía se sostenían nuestras posiciones, pese a los rudos ataques enemigos La presión adversaria había cedido algo de momento.
Era aquella calma que precede a la tempestad.
A lo largo de kilómetros y más kilómetros se alineaban las fuerzas de infantería y las unidades acorazadas rojas, prestas a una nueva ofensiva. El ultimo ataque era inminente. ¿Seríamos capaces todavía de detenerlo o supondría nuestra aniquilación?
El servicio, cada día más agotador, planteaba severas exigencias tanto a la tropa como a la oficialidad. Mis propios hombres estaban en acción día y noche y no sabían ya lo que era dormir con regularidad. Era preciso trasladar rápidamente a los sectores del frente y a los puestos de mando a los generales y a los jefes del estado mayor personal del «Führer». Tuvimos la suerte extraordinaria de que los coches hayan llegado siempre a su destino, incluso en circunstancias dificilísimas. Cuando no había transportes que hacer mis hombres prestaban servicios seguridad, actuaban como bomberos en los bombardeos aéreos y cumplían, en una palabra, con todas las misiones que corresponden a soldados cumplidores de su deber en situaciones semejantes. En ningún

momento salió una queja ni una murmuración de labios de mi gente. Todos y cada uno tenían plena conciencia de la gravedad del momento.
A todo esto, la tensión moral a la que nos veíamos sometidos era tremenda, pues las noticias procedentes de todos los frentes eran cada vez peores. Ni las mejores de nuestras tropas que guarnecían las trincheras eran capaces de soportar la lluvia de bombas lanzadas por las unidades aéreas británicas y americanas. Los efectos de estos bombardeos eran tan grandes que resultaba imposible mantener las posiciones.
El Mariscal KesseIring fue nombrado General en jefe del Oeste. Italia había sido perdida. El nuevo General en jefe del Oeste se estableció en nuestro anterior Cuartel General, en Ziegenberg, e iba frecuentemente a Berlín para informar personalmente a Hitler de la situación exacta del conjunto y de los distintos frentes.
Preocupado por la seguridad del Mariscal, particularmente estimado por Hitler en razón de sus altas cualidades militares, el Jefe me ordenó que designase un hombre capaz de llevar a aquél con las máximas garantías a Ziegenberg. En la medida en que tales garantías podían darse, sólo yo podía asumir la responsabilidad, por lo que quedé a disposición de Kesselring.
Comenzó entonces para mí una etapa todavía más dura que las anteriores. Con los nervios en tensión recorría día y noche, en ambas direcciones el trayecto de Berlín a Ziegenberg al volante de mi «BMW». Fueron aquellos los viajes más temerarios y peligrosos de mi vida. La superficie de la autopista estaba sembrada de embudos producidos por las bombas, y los vehículos incendiados y destrozados por los aviadores que atacaban en vuelo rasante, se amontonaban formando verdaderas barricadas.
Había regresado a Berlín una vez más y no tenía mayor deseo que poder dormir para descansar del tremendo esfuerzo de aquella semana. Acababa de acostarme, cuando se presentó un ordenanza y me dijo que tenía que ir, a ver al Jefe sin pérdida tiempo.
Después de interesarse por mi estado físico, Hitler me preguntó si creía tener todavía fuerzas suficientes para acompañar al Ministro Speer en un viaje de inspección por la línea de fuego. Añadió que sabía de sobra cuál había sido mi esfuerzo durante los pasados días, pero que sólo a mí quería confiar la responsabilidad de transportar al Ministro, ya que el conductor de éste no le ofrecía las debidas garantías en aquellas circunstancias.
Aquel día, Speer celebraba su cumpleaños, Y, poco antes de nuestra marcha, asistí, junto con otras personas que habían ido a felicitarlo, a un pequeño refrigerio con que nos obsequió en su oficina. Todos procuramos olvidar por unas horas las preocupaciones e inquietudes del momento, pero, a decir verdad, no conseguimos ponernos a tono.
A eso de las dos de la madrugada salimos de Berlín en dos coches. Al llegar al sector occidental del frente procedí a enmascarar precariamente nuestro vehículo dándole una mano de barro, a continuación, seguimos viaje en las condiciones más difíciles que cabe imaginar. Se habló poco en aquella ocasión. Tan pronto como llegaba la noche, yo conducía el coche con las luces apagadas a través de columnas en marcha y restos de vehículos destrozados por la artillería o la aviación y tanto el Ministro como sus acompañantes procuraban aprovechar estos desplazamientos para dormir.
Fuimos de puesto de mando en puesto de mando, y en cada uno, el Jefe correspondiente informaba en detalle acerca de la situación. «De qué armas disponen... Cuántas municiones tienen... Cuántos vehículos... Qué clase de material... Todas éstas eran preguntas cuya respuesta exacta interesaba al Ministro.
El viaje de inspección duró quince días con sus noches y durante él fuimos constantemente ametrallados por la aviación enemiga. A izquierda y derecha de

nuestros coches estallaban las de bombas de los caza bombarderos y fue un verdadero milagro, que hayamos salido indemnes.
El Ministro y los que le acompañábamos corríamos como las comadrejas tan pronto como aparecía un avión.
¡Frenazo en seco... pie a tierra... y a meter las narices en el polvo de la cuneta!
Una ojeada prudente al cielo... sí, ya se iban...
Y así transcurría nuestro viaje. Salíamos de nuestros momentáneos refugios, subíamos a los coches y pisábamos a fondo el acelerador... hasta que nuestros perseguidores volvían a surgir en el cielo.
En la noche siguiente a mi regreso a Berlín, fui a la antesala del salón de conferencias del refugio del Führer. Desde aquellos locales eran gobernados entonces los destinos de Alemania; de allí salían las órdenes que movían a millones de soldados y los teletipos y los telefonistas trabajaban constantemente en turnos que se relevaban sin interrupción, de día y de noche.
Los enlaces iban y venían incesantemente y, a pesar de la colosal actividad que allí reinaba, el ambiente de aquel auténtico cerebro del Reich era de una calma casi inquietante.
Cuando yo llegué, Hitler estaba celebrando conferencia sobre la. situación.
Aguardé en la antesala, donde vi entrar salir viejos conocidos. Se charlaba a media voz y todos sabían novedades acerca de los acontecimientos. A mí me preguntaron, naturalmente, por la situación en el sector occidental. Por fin terminó la conferencia y Hitler salió rodeado de sus colaboradores. Me puse en pie para informar sobre el viaje al frente, aunque ya el ministro Speer, que había asistido a la conferencia debía haber comunicado el resultado del mismo.
Tan pronto como me vio, Hitler se separó de los que lo rodeaban y con aquel modo de ser suyo, tan espontáneo, se dirigió hacia mí, me abrazó como a un hijo al que se ha dado por perdido, me estrechó fuertemente ambas manos y me expresó su agradecimiento por haber sabido devolverle sano y salvo a su Ministro de Armamentos y Municiones.
Martin Bormannn que formaba parte del grupo de acompañantes, contemplaba la escena con expresión de visible desagrado y frotándose las muñecas, gesto que solía hacer siempre que algo lo irritaba. Según supe más tarde, había tratado, una vez más, durante mi ausencia. De interesar a Hitler por otro conductor personal más grato al mismo Bormannn. Yo sabía de sobra que éste tenía en cartera un candidato desde años atrás y que esperaba, para presentarlo al jefe, haber conseguido hacerme caer a mí en desgracia. Quería a todo trance separarme de Hitler, pues yo era el último superviviente del viejo equipo que continuaba en el desempeño de un cargo autónomo y que podía visitar al jefe en su despacho o en sus habitaciones privadas sin necesidad de haber sido previamente citado. Esto sólo ya era suficiente para concitarme el odio de Martin Bormannn.
A mí, personalmente, me resultaba sumamente desagradable semejante enemistad dentro del círculo íntimo del Jefe y, por lo mismo, había solicitado más de una vez, voluntariamente, mi destino a una unidad de primera línea. Pero Hitler rechazó siempre tales solicitudes, y cuando un día insistí de nuevo por sentirme especialmente herido por una actitud de Bormannn, me dijo :
«Aquí tiene usted una responsabilidad mayor que cualquiera que pudiera caberle en el frente. Y, por lo demás, he de decirle que, para mí, tiene mayor importancia mi vida, que tantas veces tengo que poner en sus manos, que las perpetuas intrigas del señor Bormannn.»

Las semanas subsiguientes fueron de gran tensión. Las unidades enemigas de bombardeo sobrevolaban sin cesar los territorios del Reich todavía no ocupados y el Mariscal Yukov concentraba ante las puertas de Berlín efectivos cada vez más considerables. Pero todavía no había desencadenado el ataque decisivo.
No recuerdo exactamente si fue el 15 o el 16 de marzo cuando Hitler decidió, inesperadamente en persona ir a recorrer el frente de combate. La oposición que semejante propósito suscitó entre sus colaboradores fue todavía más viva que en casos análogos anteriores. Tanto Bormannn como los Generales, suplicaron al «Führer» que renúnciase a su arriesgado proyecto, pero tampoco en aquella ocasión se dejó él influir por la opinión de los demás.
Fue esta que digo la última vez que Hitler tomó asiento a mi lado en el coche.
Su propósito era comprobar personalmente la situación del frente de combate, así como los efectivos de las distintas unidades y el municionamiento de las mismas. En las primeras horas de la tarde, salimos de Berlín con dirección a Frankforf del Oder. En los lugares donde éramos reconocidos, la gente acudía a saludarnos apelotonándose en torno a nuestro coche. La presencia de Adolfo Hitler les daba nuevas esperanzas en aquella situación que nosotros ya dábamos por perdida.
El Jefe conversó con oficiales y soldados y habló con las mujeres y pude comprobar que todavía perduraba aquel encanto suyo, propio de su gran personalidad. Más de una vez consiguió reanimar con pocas palabras a personas que no ocultaban su desesperación. Durante el trayecto de regreso, Hitler permaneció a mi lado inmóvil, silencioso y sumido en sus pensamientos. Su expresión era de concentrada seriedad y no cambiamos una sola palabra durante todo el camino
Después de esta salida, Adolfo Hitler ya no volvió a subir a un coche. Hasta la hora de su muerte permaneció día y noche en el refugio de la Cancillería.
20 de Abril de 1945. Quincuagésimo sexto cumpleaños del "Führer". No pude evitar el recuerdo de años anteriores en que el pueblo alemán celebraba este día y tenían lugar en él grandes recepciones y desfiles.
Cuando entré a su servicio en 1932, mi deseo ferviente era poder acompañar constantemente a Hitler y participar así modestamente en sus éxitos. En la medida en que lo permitió el destino, se habían visto cumplidos mis deseos.
El 20 de abril de 1945 fue muy diferente de los anteriores. En torno a la capital del Reich se desplegaban amenazadores los ejércitos de su mayor enemigo. No hubo ceremonias, festejos, ni desfiles. Tan sólo alguna mayor actividad que de costumbre en el refugio.
Ya el 19 de abril, poco antes de medianoche, se presentó el personal militar y civil del Estado Mayor del Canciller del Reich, para felicitar. Comparecieron el Mariscal Keitel, el Coronel General Jodl y el General Burgdorf, con todos ayudantes, y el momento en que Hitler recibió las felicitaciones revistió indudable solemnidad.
Durante todo el 20 de Abril desfilaron por el refugio distintas personalidades, entre las que vi incluso a Göring y Doenitz. Pero el primero salió del despacho de Hitler al cabo de un espacio de tiempo sorprendentemente breve y abandonó el refugio del «Führer«. Aquel mismo día salió Göring de Berlín a donde ya no iba a regresar nunca más.

Al sonar la medianoche de aquel último cumpleaños de Adolfo Hitler, comenzó la gran ofensiva del Ejército Rojo contra Berlín. Se iniciaba la lucha final.
Los primeros radiogramas comenzaron a llegar en las primeras horas del día 21. La capital del Reich quedó bajo el fuego de la artillería pesada rusa y ya se oía el tronar de las primeras salvas, acercándose más y más como una rugiente marejada.

Pareció como si la atmósfera tensa de la ciudad, que comenzaba a luchar por su propia vida, se transmitiese directamente al Cuartel General del «Führer». Todos, desde el mismo Hitler hasta el último de los ordenanzas, nos dimos cuenta de que comenzaba una lucha decisiva, a vida o muerte.
Comenzaron a caer las primeras granadas rusas en el barrio de los Ministerios. En el jardín de la Cancillería del Reich, las explosiones iban formando embudos en número cada vez mayor. Zumbaban por el aire los trozos de metralla y los vidrios de las ventanas caían en pedazos. La atmósfera estaba saturada de humo y de polvo.
Al reunirse para estudiar la situación, los miembros del Cuartel General, y sobre todo Keitel, Jodl y Bormannn, suplicaron una vez más al «Führer». que utilizase los aviones disponibles para ponerse a salvo con su Estado Mayor, dirigiéndose al Obersalzberg. Desde allí, podría dirigir la lucha final en mejores condiciones que desde un Berlín asediado por los rusos. Adolfo Hitler rehusó. Declaró que, cualquiera que fuera el curso de los acontecimientos, no saldría de la capital del Reich. Desde que había llegado a Berlín, había defendido constantemente este punto de vista y por orden suya se procedió a preparar todos los aviones disponibles para el transporte de las mujeres y los niños. Por lo demás, dejó a todos sus colaboradores en libertad de abandonar Berlín si así lo deseaban.
Pese al intenso fuego de la artillería enemiga, los aviones sobrecargados en extremo, consiguieron ganar altura y alejarse por encima de las líneas rusas hacia el Sur. Entre los pasajeros iban las empleadas domésticas, las taquígrafas, las secretarias y algunos miembros de la plana mayor del Jefe. También el profesor Morell, médico de cámara de Hitler, salió en uno de aquellos aviones de la cercada capital del Reich. Aquel sensible médico no estaba ciertamente a la altura de la situación planteada en la ciudad asediada y padecía verdaderos accesos de miedo, por lo que el «Führer» ordenó personalmente que se le facilitase la marcha.
Después de partir el Dr. Morell, el Jefe dijo que ya no quería médico alguno, pues nadie le merecía la suficiente confianza. Temía que uno de sus médicos pudiese ponerle una inyección de morfina para sacarlo de Berlín en estado inconsciente y en contra de su voluntad.
Los pilotos Hans Baur y Georg Beetz se quedaron en el Cuartel General, por lo que, aun en contra de la voluntad de Hitler, permanecieron en el aeródromo de Gatow los dos aviones de estos pilotos, dispuestos para despegar en caso de que Hitler quisiera, al final, salir de la ciudad.
De todos modos, había que cubrir oficialmente el cargo de médico personal del Canciller, por lo que fue nombrado para desempeñar este cargo el cirujano allí presente, médico de las SS, Dr. Stumpfegger, que pasó a ser oficialmente el sucesor del Dr. Morell. Sin embargo, nunca llegó a ser requerido para prestar asistencia médica al »Führer».
Aunque todos estábamos firmemente dispuestos a cumplir con nuestro deber hasta el último momento, también nosotros nos sentíamos intensamente afectados por todos aquellos acontecimientos. Todavía hoy recuerdo la gran emoción que experimentamos cuando el Embajador Hewel (enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores con el Canciller del Reich) nos leyó una hoja de propaganda redactada por el conocido escritor Ilya Ehrenhurg. Dicha hoja había sido distribuida entre los miembros del Ejército Rojo cuando éste cruzó las fronteras del Reich.
Una de ellas pasó de manos de un prisionero a las del Embajador, quien la hizo traducir inmediatamente por un intérprete. Las palabras que entonces nos leyó aquel diplomático en el bunker del «Führer» a los que componíamos el círculo íntimo de Hitler, se han grabado en mi memoria con caracteres indelebles.

Terminada la guerra, me enteré de que el Embajador Hewel se había suicidado, disparándose un tiro, en la Cervecería Schultheiss que había en la Avenida Schönhauser, en Berlín. Ya cuando leyó la hoja referida, manifestó Hewel que estaba dispuesto a poner fin a su vida antes que caer prisionero.
Si cuento aquí estos detalles, lo hago para reflejar lo más fidedignamente posible la situación de ánimo en que nos encontrábamos los hombres que constituíamos el último Cuartel General del «Führer».
El cerco de Berlín se estrechaba cada vez más. La batalla librada en torno a la capital aumentaba en intensidad. Fuimos conociendo las graves pérdidas que sufría la población civil. Pero todavía funcionaban tanto los tranvías como el metro y el ferrocarril urbano. No todas las líneas, por supuesto; pero donde los carriles estaban en condiciones y en los sectores en que se podía disponer de energía, hombres y mujeres cumplían su deber con espíritu castrense. También continuaba el trabajo en numerosas fábricas, los berlineses de ambos sexos acudían a sus puestos de trabajo pese a tener que cruzar para ello zonas batidas por el fuego ruso. Bajo la lluvia de granadas soviéticas, los ciudadanos de Berlín resistían con la misma serenidad e igual compostura con que habían soportado anteriormente los peores ataques aéreos sufridos por la capital. Todos y cada uno de los berlineses han sostenido un esfuerzo sobrehumano hasta que quedó en poder del enemigo el último barrio de la ciudad.
Así, pues, la defensa de Berlín proseguía.
El que había sido alojamiento del Dr. Morell pasó a ser ocupado por el Dr. Goebbels y su esposa, y los niños fueron instalados cerca de la salida del refugio. También Goebbels había decidido no abandonar Berlín y permanecer allí con toda su familia.
El cañoneo, cada vez más intenso, hizo grandes destrozos en la Cancillería. La mayoría de líneas telefónicas estaban cortadas y llegó a darse el caso de quedar el refugio del »Führer» completamente aislado del mundo exterior durante varias horas. Constantemente procuraba el personal de transmisiones reparar las líneas indispensables, para lo que tenía que exponerse al fuego de la artillería pesada de los rusos. También los ordenanzas iban y venían sin cesar, trayendo y llevando comunicados y órdenes.
En las primeras horas de la mañana del 24 de abril, las granadas rusas destruyeron gran parte del parque móvil. Sesenta vehículos quedaron inservibles pues fueron aplastados por las cubiertas de hormigón que, al derrumbarse, causaron un increíble estropicio.

De pronto nos vimos sorprendidos por la llegada imprevista del Ministro Speer, que quiso visitar al «Führer» una vez más. Ya el 20 de abril se había despedido de todos nosotros, antes de salir de Berlín, de acuerdo con las órdenes que había recibido. Pero el 25 volvió a entrar en la capital utilizando un «Cigüeña» Fiesler, con la que tomó tierra en el Eje Este Oeste. Desde allí alcanzó la Cancillería a pie.
Después de celebrar una larga entrevista con Hitler, conferenció, también en el refugio, con el Ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, Y, a continuación, abandonó de nuevo el recinto de la capital. Poco después, también el Ministro de Asuntos Exteriores salió de Berlín, en su propio coche, en dirección al Norte. Todos sospechábamos en aquellos momentos que iban a darse acontecimientos extraordinarios.
Y el acontecimiento que todos esperábamos se produjo en las últimas horas de la tarde de aquel mismo día. Llegó un telegrama de Göring, procedente del Obersalzberg, y con la mayor indignación escuchamos su lectura. El texto era, sobre poco más o menos, el siguiente:
Habiéndome designado usted, mi «Führer», para el puesto de sucesor suyo en el caso de que, por muerte u otras circunstancias, no estuviese usted en condiciones de continuar

desempeñando las funciones del Poder, estimo llegado el momento de asumir éste como sucesor suyo. Si hasta el 26 de abril de 1945, a las veinticuatro horas, no he recibido respuesta a este telegrama, consideraré que está usted de acuerdo con mi proposición. Firmado: Göring.»

En el círculo reducido de los que tuvimos conocimiento de este telegrama, su efecto fue el de un rayo que hubiese caído entre nosotros.

Sabíamos, por supuesto que, desde el fracaso del mando de la Luftwaffe, subsistía una situación de tensión entre el jefe y el Mariscal del Reich ; pero, de todos modos, nadie de nosotros hubiera sido capaz de esperar que Göring diese semejante paso. De hecho, el Mariscal trataba de imponer condiciones casi dictatoriales al jefe, y para nosotros, hombres sencillos y modestos, aquello sólo podía ser interpretado como alta traición franca y descarada.

La situación se agravaba por momentos. Poco después de la llegada del telegrama de Göring, salió hacia Munich, en uno de los dos últimos aviones todavía disponibles, el ayudante personal del Führer «Gruppenführer» (1) de las SS Schaub. Oí decir que llevaba órdenes del jefe para destruir toda la documentación privada de éste en Munich y en el Obersalzberg. En Berlín ya había sido llevada a cabo esta misma operación.

(1) General de División de las SS. (N. DEL T.)

El desánimo reinante en el refugio era cada vez mayor. Hombres y mujeres desempeñaban su servicio, pálidos los rostros y con una tranquilidad conmovedora. Dábamos la guerra por perdida y sabíamos que ya no habla salvación posible para Alemania.

¿O conseguiría todavía el General Wenk romper el cerco de Berlín ?

Después de la partida de Schaub, el jefe y Bormannn celebraron una conferencia. Diciendo actuar en nombre de Hitler, Bormannn envió a Göring un mensaje radiado, en el que se decía, sobre poco más o menos, lo siguiente

«Su intención de hacerse cargo del poder es un acto de alta traición. La traición es castigada con la muerte. Habida cuenta de sus merecimientos, a través de años enteros de actividad dentro del Partido y del Estado, quiere el «Führer» renunciar a la aplicación de la pena de muerte, pero exige su inmediata dimisión, para justificar la cual aducirá usted motivos de salud que le impiden dedicar su esfuerzo a los asuntos que le han sido encomendados. Firmado: Bormannn».

Simultáneamente, Bormannn envió otro radio al Obersturrnbannführer de las SS (1) Doctor Frank, comandante de las unidades de SS en el Obersalzberg, en el que le decía:

«Göring tiene propósitos de cometer traición. Le ordeno detenga a Göring para evitar toda posibilidad en este sentido. Comuníqueme cumplimiento de esta orden. Firmado: Bormannn».

Poco después, Bormannn envió al Obersalzberg otro telegrama, en el que decía: caso de caer Berlín, los traidores del 25 de abril de 1945 deberán ser fusilados. Firmado: Bormannn.»

Bastante después de terminada la guerra, conocí el efecto surtido por estos telegramas (2).

Al recibir las órdenes de Bormannn, el «Obersturmbannführer» de las SS Dr. Frank, procedió inmediatamente a ocupar todos los edificios del Obersalzberg con las tres compañías de las SS de que disponía y aisló herméticamente toda la zona. Incluso el puesto local del Servicio de Seguridad del Reich quedó bajo su control.

Hermann Göring fue trasladado a Austria por razones de seguridad y allí quedó vigilado por las SS, a disposición de Martin Bormannn, hasta que fue hecho prisionero por los norteamericanos.

(1) Teniente Coronel de las SS. (N. del T.)
(2) Reconoce el autor que cita los telegramas que constituyen la esencia de este episodio más o menos de memoria y la versión que da sobre la supuesta traición de Göring, peca quizás de apasionada. Willi Frischauer, en un libro titulado «Göring» y publicado en Londres, en 1951, relata entonces ocurrido y reproduce el texto literal de los telegramas. Frischauer habla de las disensiones habidas entre Hitler y Göring, por juzgar aquel que la Luftwaffe había fracasado y dice, al hablar de los días que precedieron al derrumbamiento final del Reich, que Göring se decidió a enviar su famoso telegrama tras muchas vacilaciones y después de saber ya que Hitler estaba decidido a quedarse en Berlín y a morir allí. El Mariscal del Reich basándose en la disposición del 29 de junio de 1941, en la que Hitler determinó el orden de sucesión a raíz de la fuga de Hess. En esta disposición se decía: «Sí me viese coartado en el libre desempeño de mi actividad o si de alguna otra forma quedase yo imposibilitado para actuar, el Mariscal Göring pasará a ser mi representante o mi sucesor en todos mis cargos dentro del Estado, del Partido y de las Fuerzas Armadas».
En vista de ello, Göring redactó su telegrama de la forma siguiente:
«Mi Führer: ¿Está Vd. de acuerdo, una vez que ha decidido permanecer en Berlín, con que yo, como representante suyo, me haga cargo de la dirección del Reich, según lo previsto en la orden del 29 de junio de, 1941, con plenos poderes tanto en asuntos internos como exteriores? En caso de no recibir respuesta antes de las 20 horas, admitiré que se ve Vd. privado de su libertad de acción y actuaré en bien del pueblo y de la patria.»
Y todavía añadió: «No puedo expresarle lo que siento en estos momentos, los más difíciles de mi vida. Dios proteja a Vd. y permita que, pese a todas las dificultades, pueda Vd. salir de Berlín y venir aquí. Suyo fielmente, Hermann Göring».
Como temía que Bormannn interceptase el telegrama, Göring, para mayor seguridad, dirigió otro al Coronel von Below en el que rogaba a éste hiciese llegar su primer telegrama a manos del mismo Hitler.
A continuación, Göring procedió a todos los preparativos pertinentes Para hacerse cargo del poder tan pronto como recibiese respuesta - que él creía tendría que ser favorable - a su proposición.
Pero, como ya había temido el mismo Mariscal del Reich, Bormannn intervino cerca de Hitler, llamó la atención de éste sobre la fijación de un plazo por parte de Göring y observó que aquello era ni más ni menos que un ultimátum. Según manifestó posteriormente el Ministro Speer, se enfureció al oír lo que Bormannn lo decía y exclamó: «¡Ya sabía yo, desde hace tiempo, que Göring es un corrompido, un fracasado, un toxicómano» Bormannn avanzó entonces un paso más al decir: «Sí, hay que fusilarlo». «NO, no, eso no - contestó, Hitler , lo destituiré de sus cargos y lo privaré del derecho dé sucesión.» A continuación, rogó a Bormannn que redactase un telegrama que lo fue de la forma siguiente:
»Hermann Göring. Obersalzberg. Su acción supone alta traición contra el Führer y el nacional socialismo. La alta traición está penada con la muerte. Teniendo en cuenta los servicios por Vd. prestados al Partido, el Führer no quiere imponerle dicha pena si Vd. renuncia inmediatamente a todos sus cargos. Conteste sí o no.»
H. R. Trevor Roper seguimos ateniéndonos a la obra de Willi Frischauer dice que, al mismo tiempo, Bormannn envió un telegrama a los «Obersturmbannführer Frank y von Bredow, los dos jefes de las SS en el Obersalzberg, ordenándoles que arrestasen a Göring bajo la acusación de alta traición. Para mayor seguridad el telegrama terminaba diciendo: »del cumplimiento de esta orden responden Vds. con sus vidas».
Göring, por su parte, recibió el siguiente telegrama: «La disposición del 29 de junio de 1941 queda anulada por orden mía. Mi libertad de acción es indiscutible. Prohibo a usted toda acción en el sentido apuntado. Adolfo Hitler.»
Al recibo de este telegrama, Göring telegrafió a su vez, sin pérdida de tiempo, a Himmler, Jodl y Ribbentrop, a los que ya había informado del texto de su primer telegrama. En este segundo les decía: «El Führer me comunica que posee todavía plena libertad de acción. Queda anulado mi telegrama del mediodía de hoy. Heil Hitler! Hermann Göring
Poco después, se presentaron en la casa de Göring dos jerarcas de las SS que lo detuvieron, al igual que a los Generales Koller, Brauchitsch y Lammers. (N. del T.)

VISPERAS DE TRAGEDIA

Eva Braun llegó a Berlín pocas semanas antes del cumpleaños de Adolfo Hitler y, pese a la oposición de éste, pasó con él su aniversario y compartió con él los últimos días hasta su muerte.
Hasta el 26 de abril no tuve ocasión de conversar con Eva, a la que conocía bien desde 1932. Me habló tranquila y serenamente de su firme propósito de permanecer en Berlín. En aquel momento ya sabía ella muy bien que la situación no tenía remedio posible.

«No quiero abandonar al «Führer» en modo alguno me decía y, llegado el caso, deseo morir con él. Ha insistido mucho para que abandone la capital en avión, pero yo le he contestado: «No quiero hacerlo. Tu suerte será también la mía».
La conversación recayó sobre Martin Bormannn, que pasó a nuestro lado en aquel momento. Eva Braun me dio a entender que el «Führer» ya hacía tiempo que había comprendido su juego. Pero no le era posible prescindir de Bormannn en plena guerra ya que le costaba mucho trabajo habituarse a colaboradores nuevos. Por último, dijo que, en otras circunstancias, hubiese llegado también el día en que Bormannn se habría visto alejado del Poder.
El refugio del «Führer» ya había recibido varios impactos directos pero las sólidas cubiertas de hormigón resistieron perfectamente. Los centinelas de la Cancillería fueron

armados con pistolas ametralladoras y bombas de mano por si tenían que combatir contra paracaidistas o patrullas avanzadas.
Entre tanto ya se libraban en la zona septentrional de Berlín encarnizados combates callejeros y las escasas tropas alemanas luchaban desesperadamente, lo mismo que las unidades del «Volksturm» (1), por cierto muy deficientemente armadas. La, superioridad enemiga era muy grande y nuestras esperanzas en una intervención del ejército de Wenk y del cuerpo de ejército acorazado Steiner resultaron fallidas.

(1) El «Volksturm» fue la movilización de todos los hombres de 16 a 60 años, más o menos capaces de empuñar un arma, y fue creado cuando las tropas rusas cruzaron las fronteras del Reich. (N. del T.)

Oficiales y ordenanzas contaban que las calles estaban sembradas de muertos y heridos. Carros de combate y otros vehículos incendiados atestiguaban por todas partes la dureza de los combates.
Los locales de la Nueva Cancillería, que antes habían sido utilizados como refugio antiaéreo para niños del norte de Berlín y mujeres embarazadas, fueron transformados en hospital de sangre. Los miembros del círculo inmediato al Führer estábamos perfectamente informados de la situación reinante en cada sector de primera línea, y ello gracias a la constante afluencia de heridos. Repetidas veces acompañé, al Dr. Haase antiguo médico de jornada del jefe, en los desplazamientos de éste a través de aquel hospital de sangre, visitando allí a mis compañeros heridos.
El General de Aviación Ritter von Greim había sido nombrado jefe Supremo de la Lufwaffe en sustitución de Göring. Una orden del Jefe llamó a Greim a Berlín el 26 de abril. Tras una escala en Gatow, llegó a Berlín el «Cigüeña» Fieseler que lo llevaba. Pilotaba Hanna Reitsch y aterrizó en el Eje Este Oeste, en las inmediaciones de la Puerta de Brandenburgo.
La valerosa aviadora se había escondido detrás del asiento, sin que el General lo supiese, y, herido el por el fuego ruso, ella consiguió hacerse con los mandos, inclinándose por encima del General, inconsciente ya, y llevó el aparato a su destino (1).
Tan pronto como arribó a Berlín, el nuevo Jefe de la Luftwaffe fue curado y, entretanto, Hanna Reitsch explicó personalmente el transcurso de su vuelo al Führer. Este admiraba ya desde mucho antes las audaces proezas y la pericia aeronáutica de aquella mujer.
Cuando Ritter von Greim entró en el despacho de Hitler, ella se estaba despidiendo de él y también yo tuve la alta satisfacción de poderla saludar brevemente. A continuación fue a ver a los hijos de Goebbels, para animarlos y entretenerlos durante un par de horas. La misma mujer que acababa de llevar a cabo una hazaña sin precedentes y que había demostrado un valor realmente viril, se convirtió inmediatamente en otra llena de espíritu maternal y se dedicó a contar cuentos a los niños y a cantar y a jugar con ellos, para hacerles olvidar así su triste suerte.

(1) Hanna Reitsch es una famosisima, aviadora alemana que comenzó a destacarse por sus vuelos a vela y acabó siendo la única mujer alemana que está en posesión del título de «Flugkapitán», es decir, capitán de la aviación civil. Ha tomado parte en el campeonato de vuelo a vela que tuvo lugar en Madrid en 1952. (N. del T.)

El día 27 de abril, a eso de las cinco de la tarde me llamó por teléfono el «Obergruppenführer» y General de las SS Hermann Fegelein (1), enlace de Himmler crea de Hitler, para pedirme que le proporcionase dos coches con objeto de llevar a cabo un servicio de información.
Además, me rogó que le hiciese un favor. Se trataba de una cartera con documentos importantes pertenecientes al «Reichsführer» de las SS Heinrich Himmler y otros del mismo Fegelein y deseaba que yo se la guardase. Me la entregaría personalmente, a las diez de la noche, en el refugio del Führer. Era indispensable que yo la pusiese en lugar

seguro, y, en caso de que llegasen los rusos a ocupar la Cancillería, no debía caer en sus manos en modo alguno. Llegado este caso debería encargarme de destruir los papeles o esconderlos donde no pudiesen ser encontrados.

(1), «Obergruppenführer» era un grado de las SS equivalente a nuestro Teniente General. (N. del T.)

Yo me tuteaba con Fegelein desde hacia años y sabía además que era cuñado de Eva Braun y que gozaba de toda la confianza del Führer, por lo que no tuve inconveniente en acceder a sus deseos. Ni por un momento se me ocurrió que, al complacerlo, ponía en juego mi propia vida.
Fegelein abandonó poco después la Cancillería con los dos coches que yo le había proporcionado y que eran los dos últimos de mi antes tan surtido parque que todavía estaban más o menos en condiciones de marchar.
Me sorprendió bastante ver regresar los coches cuando sólo había transcurrido media hora. Fegelein no regresó con ellos y supe por los conductores que se había apeado en las inmediaciones del Kurfürstendamm para proseguir a pie su inspección. Había salido de la Cancillería vistiendo el uniforme de General de las SS.
De acuerdo con lo que había convenido con él, poco antes de las diez me dirigí al refugio del Führer para verlo. Reinaba allí una agitación tremenda, pues la D. N. B. acababa de anunciar la transmisión de una importante información recogida de la Reuter. Todo el equipo de radio de la Cancillería estaba ya inutilizado, por lo que este servicio corría, desde hacía algunos días, por cuenta de una de las emisoras móviles de mi columna mecanizada de campaña que habíamos instalado en la carbonera. Sin esto, el refugio del Führer hubiese quedado incomunicado ya desde mucho tiempo antes.
El telegrafista trabajaba nervioso con sus aparatos y todos nosotros esperábamos ansiosos la anunciada noticia que llegó por fin y decía así: «Reuter comunica, a través de la D. N. B que Himmler ha establecido contacto con el Conde Bernadotte a fin de negociar una paz separada con las potencias occidentales. Como base de negociación, afirma Himmler que el Führer está cercado en Berlín y que ha sufrido además una hemorragia cerebral. Parece ser que ya no es dueño de sus actos y que vivirá, cuando más, veinticuatro horas.»
La noticia cayó entre nosotros como una bomba. Su efecto fue todavía más contundente que el producido por el telegrama del Mariscal del Reich Göring.
Bormannn salió de la sala de conferencias estrujando el radiograma en su puño cerrado y dijo indignado:
«Siempre he dicho que la lealtad hay que llevarla en el corazón y no en la hebilla del correaje» (1).
A continuación me preguntó:
- ¿ Dónde está Fegelein ?
Ateniéndome en todo a la verdad, le conté nuestra conversación telefónica y lo informé sobre la marcha del General con mis dos coches y añadí que estaba citado con él a las diez para hacerme cargo de una cartera con documentos.
Todos, tanto hombres como mujeres, nos esforzábamos en conservar la calma, pero la verdad es que todos teníamos los nervios en tensión. Fegelein era tenido generalmente por hombre de conducta intachable. Estaba en posesión de las más altas condecoraciones del Reich y se tuteaba no ya conmigo sino también con Bormannn y con los Generales de la Policía Rattenthuber y Baur.
Las secretarias y el Embajador Hewel pidieron al Jefe, que les proporcionase veneno, pues se sabía que, algún tiempo antes, Himmler había suministrado a Hitler varias ampollas de cianuro.
¿Dónde estaría Fegelein ?

Si alguien había conocido la traición de Himmler con anterioridad a su consumación tenía que haber sido precisamente Fegelein.

(1) La hebilla del correaje de las SS llevaba un mote que decía: «Mi honor es mi lealtad»

Entretanto había regresado a la Cancillería el ayudante del desaparecido. Fue llevado inmediatamente a presencia del «Kriminaldirektor» HögI, jefe de la «Delegación de la Oficina de Seguridad del Reich cerca del Führer», y declaró que Fegelein había decidido en efecto despedir los coches y proseguir su camino a pie. Con el ayudante se encaminó a su domicilio particular, donde se vistió de paisano, proponiendo a su acompañante que hiciese lo mismo.
Extrañado por el proceder anormal de su jefe, el ayudante vaciló y acabó por decidir que lo correcto era regresar a la Cancillería de uniforme. Fegelein le dijo que su propósito era dejarse rebasar por los rusos, para tratar a continuación de abrirse camino hasta reunirse con Himmler.
Todo esto demostraba de modo indudable la traición y el quebrantamiento del juramento de fidelidad por parte de Fegelein, y, por orden de Bormannn, se procedió a informar a todos los organismos con los que todavía era posible comunicar de que aquél debería ser detenido y conducido al refugio del «Führer» tan pronto como fuese habido.
El detalle que voy a contar a continuación dará idea del ritmo desusado que presidía en aquellos momentos los hechos que se desarrollaban en la Cancillería del Reich:
Mientras todos estábamos pendientes de la captura de Fegelein, el Secretario de Estado Naumann procedió a casar a dos ordenanzas en presencia de Hitler y de Eva Braun. Las novias habían llegado a refugiarse cerca de sus prometidos, huyendo de los rusos que iban invadiendo la capital. La ceremonia tuvo lugar en un local de la Vieja Cancillería que no estaba expuesto al fuego enemigo y fue celebrada dentro de la mayor sencillez.
Hacía medianoche la centralita telefónica recibió una llamada de Fegelein que, desde algún punto de Berlín, pedía comunicación con Eva Braun. Apresuradamente le dijo el General a su cuñada que debía abandonar inmediatamente Berlín, junto con Hitler. Él mismo consideraba todavía posible la salida y estaba dispuesto a organizarla. Eva Braun declinó el ofrecimiento y manifestó que renunciaba a su ayuda. Hizo notar a Fegelein las consecuencias que tendría su actitud y le rogó que volviese inmediatamente a su puesto, pero él se negó e insistió en que no volvería y que seguía en pie su propósito de reunirse con Himmler.
A continuación de la carbonera había varios sótanos donde se alojaban distintas personalidades del séquito de Hitler, entre las que se contaba Fegelein. Poco después de medianoche, fue visto en la carbonera, atestada de fugitivos, un sospechoso que, procedente de los sótanos interiores, trataba de ganar la salida del local. Por si se trataba de un saboteador que intentase salir a la Voss Strasse a través de la carbonera, fue avisado un centinela que trató de tenerlo. El interpelado le dijo que exigía paso franco pues era el General Fegelein. Pero el centinela sabía ya que andaban buscando al General y lo detuvo sin más. Lo llevó a presencia el «Brigadeführer» (1) de las SS Mohnke, comandante de la defensa del barrio ministerial.
Extraña fue la impresión que nos produjo a todos ver a Fegelein en el despacho de Mohnke llevando zapatillas, un abrigo de cuero, una bufanda y una gorra de visera. Reconoció que venía de recoger la cartera en su habitación del sótano detrás de la carbonera.
Mohnke entregó a Fegelein al «Kriminaldirektor» Högl para que éste le tomase declaración. En la cartera aparecieron las pruebas documentales de la alta traición cometida por Himmler y Fegelein y sobre la que se había basado la noticia transmitida

por Reuter. En su declaración confesó Fegelein que, ya en poder de la cartera, se proponía abandonar de nuevo la Cancillería.

(1) General de Brigada en las SS (N. del T.)

Se procedió inmediatamente a un registro de la habitación del detenido, donde fue encontrado un baúl con doble fondo bajo el que había dos rollos de monedas de oro inglesas, cada uno de más de cincuenta centímetros, así como varios paquetes con billetes de banco ingleses y norteamericanos. Era una verdadera fortuna; varios millones de divisas. (Este tesoro de los señores Himmler y Fegelein cayó probablemente en manos del enemigo cuando éste procedió al saqueo de la Cancillería.)
Por orden del jefe fue convocado inmediatamente un consejo de guerra, el cual, tras breve deliberación, condenó a Fegelein a morir fusilado como culpable de alta traición. El interesado escuchó su condena sin acusar la menor emoción.
La sentencia fue presentada a Hitler para su firma. El Führer vaciló. Al fin y al cabo se trataba de un hombre que se había comportado brillantemente en la línea de fuego y que era, además, el cuñado de la mujer a la que él amaba. Pensó en la posibilidad de no hacer cumplir la sentencia y dar a Fegelein una ocasión de rehabilitarse de cara al enemigo.
Pero Eva Braun recordó a Hitler la conversación telefónica de aquella misma noche y mencionó la posibilidad de que Fegelein y Himmler hubiesen planeado hacer caer a Hitler y a ella en manos del enemigo. Subrayó, por fin, que quería prescindir de toda consideración personal o familiar, pues ante todo debía estar la justicia.
En vista de ello, Hitler firmó la sentencia sin más vacilación. Inmediatamente después, Fegelein fue fusilado en el jardín del Ministerio de Asuntos Exteriores por los mismos hombres de las SS que él había mandado.

En vista la gravedad de la situación, el jefe encargó al Profesor Dr. Haase que comprobase la eficacia del veneno suministrado por Himmler, ya que, después de lo ocurrido, Hitler desconfiaba de que aquél le hubiese proporcionado un veneno realmente eficaz. No sin gran sentimiento, dispuso que la comprobación fuese llevada a cabo con su perro «Blondi» que lo había acompañado tantas veces en sus viajes y en sus horas de soledad.
Esta vez no había habido engaño e inmediatamente después de la inyección el perro cayó muerto sobre la alfombra.
Las barreras anticarro de las calles de Berlín habían sido cerradas ya y carros alemanes pesados y ligeros se fueron apostando en calles y plazas. Enterrados en parte, sólo asomaban sus torretas a la superficie del pavimento.
Se procedió a la distribución de víveres entre la población. Pese al intenso fuego enemigo, la gente hacía cola ante los establecimientos y todos trataban de procurarse alimentos o ropas. Se produjeron los primeros saqueos de tiendas.
La artillería antiaérea comenzó a participar en los combates terrestres. La infantería y los carros enemigos tenían que ir conquistando calle por calle a costa de muchas bajas.
El día 28 de abril salió de la capital el General de Aviación Ritter von Greim. Para ello se puso de nuevo a su disposición la aviadora Hanna Reitsch. El despegue fue todavía

más difícil que el aterrizaje. Las granadas estallaban en torno al avión formando embudos en la calzada y lanzando metralla en todas direcciones.
Pero no había nada capaz de acobardar a Hanna Reitsch. El motor fue puesto en marcha y, ayudados por algunos soldados, los dos aviadores consiguieron llegar al aparato. Gracias a la serenidad y al valor de Hanna, fue posible el despegue y el General, gravemente herido, consiguió llegar a su cuartel general, sin incidente alguno.

Días hacía ya que se hablaba en el círculo íntimo de un próximo matrimonio entre Hitler y Eva Braun. Muchos dudaban todavía que llegase a ser celebrado, pero pronto íbamos a convencernos de su realidad.
Los primeros preparativos tuvieron lugar el día 28 de abril.
La boda iba a tener lugar en el despacho del Jefe. Antes del acto, Hitler dictó su testamento a su secretaria, la señora Traute Junge. Por cier¬to que fue esta la primera vez que dicha secretaria tomó en taquigrafía un dictado del Jefe, quien solía dictar directamente el texto mecanografiado. Fue redactado tanto el testamento político como el personal (1).

(1) Véase Apéndice.

Asistieron a la boda la familia Goebbels, Bormannn, Hewel, la secretaria señora Christian, el Jefe de juventudes del Reich, Axmann, y el ayudante personal de Hitler, Coronel von Below. Un abogado del Ministerio de Propaganda, a quien yo no conocía, procedió al matrimonio civil, cumpliendo esta función mientras se oían las explosiones de las granadas rusas. Algunos impactos directos hicieron trepidar ligeramente el refugio durante el transcurso de la ceremonia.
La actitud de los presentes reflejaba la solemnidad del acto. Hitler y Eva Braun permanecían de pie ante la mesa, y como testigos actuaban el Dr. Goebbels y Martín Bormannn.
El funcionario pronunció unas breves frases sobre el matrimonio y sus obligaciones, sin dejar de tener en cuenta la gravedad de aquellos momentos desgraciados y, a continuación, los contrayentes firmaron el acta. Adolfo Hitler y Eva Braun eran ya marido y mujer.
Hubo el correspondiente refrigerio y los participantes en él se comportaron con toda naturalidad, como en cualquiera de los tés vespertinos de tiempos normales. Todos sabían que Hitler y su mujer iban a morir, pero el Jefe procuró levantar los ánimos con su modo de ser habitual, cortés y cordial, y la conversación general llegó a ser muy animada. Una vez más se vieron reunidos los colaboradores más íntimos del Führer. Recordaron hechos pasados y más de uno pensaba con nostalgia en los tiempos que fueron.
Tan sólo paulatinamente fue difundiéndose en el exterior la noticia de la boda. Eran pocos los que en Alemania habían oído hablar de Eva Braun. Muchos se preguntaban por qué Hitler. no se había casado hasta la víspera de su muerte. Les pocos iniciados sabíamos apreciar justamente la cuestión. Sabíamos que aquella mujer, fiel y siempre modesta, había sido, durante años de soledad y de aislamiento, la persona que más cerca había estado de Adolfo Hitler.
Hoy en día se puede opinar como se quiera acerca de la personalidad política de Hitler. En lo íntimo, ha sido siempre, por lo que yo puedo juzgar, un solitario. La única persona

que con él compartió esta soledad fue Eva Braun. Pero ésta fue siempre todo lo más discreta que puede ser una mujer que ama. Siempre se mantuvo en un segundo plano y, con excepción de las últimas semanas de su vida, en las que ya no se apartó de Hitler, nunca se la vio en un cuartel general ni apareció jamás en público. Hitler obró como obraría cualquier hombre caballeroso con una mujer. No quería que la más fiel compañera de su vida entrase en las páginas de la Historia como su amante. En el momento de contraer matrimonio, sabían los dos que muy pronto cruzarían juntos las puertas de la muerte.
Para Eva Braun, ésta fue una suerte aceptada voluntariamente con la humildad que siempre la caracterizó.

Amaneció el 29 de abril y, a tan temprana hora, el Dr. Goebbels y Bormannn estaban conferenciando con el jefe acerca de la constitución del nuevo Gobierno del Reich. Adolfo Hitler rogó al Dr. Goebbels que aceptase el cargo de Canciller y él dio su conformidad. El Gran Almirante Doenitz desempeñaría provisionalmente las funciones de Presidente del Reich (1).
Con ésto terminó la conferencia.
Todo parecía ya resuelto y el Jefe invitó a Goebbels a abandonar Berlín inmediatamente, junto con su familia. Entonces se planteó una nueva situación dramática. Goebbels consideró esta orden como un insulto y se negó a cumplirla. Dijo que, mientras viviera, no abandonaría a Adolfo Hitler.

(1) Este cargo había quedado sin cubrir desde la muerte de Hindenburg. (N. del T.)

El jefe insistió en su exigencia y Goebbels manifestó que, como Comisario de la Defensa de Berlín que era, no podía, en conciencia, salir de la capital. La discusión se hizo cada vez más vio¬lenta. El Führer se desesperaba y, en términos contundentes, reprochó a Goebbels que ni siquiera él, uno de sus más fieles partidarios quisiera ya obedecer sus órdenes.
Goebbels se volvió con lágrimas en los ojos y salió de la estancia. Muy afectado por los reproches de Hitler se dirigió a su despacho, donde dictó su testamento a la secretaria señora Junge (1).
Aquel mismo día, a eso de las seis de la tarde, fui recibido por última vez por mi Jefe, al que había servido fielmente durante trece años. Vestía como de costumbre; su guerrera gris de campaña y su pantalón negro. Lo vi enteramente tranquilo y dueño de sí mismo. Incluso yo, que tan bien lo conocía, no pude notar nada en su actitud que denotase que ya había trazado la raya final bajo la suma de su vida. En la mano derecha tenía un plano de Berlín y la izquierda vibraba ligeramente como le sucedía con frecuencia desde un catarro gripal que padeció en Vinnitza, en Ucrania, y casi constantemente durante los últimos meses.

(1) Véase Apéndice.

«¿Cómo van sus cosas, Kempka?»
Informé que me había hecho cargo con mis hombres de la defensa de la Cancillería, desde la Puerta de Brandenburgo hasta la Plaza de Potsdam.

- «¿Qué opinan sus hombres?»
Le contesté que todos, sin excepción, mostraban un espíritu impecable y que esperaban la ruptura del cerco por el General Wenk y él me contestó en tono tranquilo:
«Sí, todos estamos esperando a Wenk».
Me dio la mano por última vez.
«¡Que le vaya a Vd. muy bien, Kempka!»
Me reclamaba de nuevo el servicio. Los rusos ya estaban en el Reichstag. En el Tiergarten se iban infiltrando cada vez más de sus patrullas avanzadas. Mis hombres me necesitaban.
Aquella misma noche fueron firmados los testamentos de Adolfo Hitler y del Dr. Goebbels, que la señora Junge había escrito. Lorenz, representante del jefe de Prensa del Reich Dietrich, el Coronel von Below y el «SS Standartenführer» (1) Zander, ayudante personal de Bormannn, recibieron la orden de tratar de atravesar el cerco enemigo llevando cada uno un ejemplar de los documentos. Salieron de Berlín en distintas direcciones con la esperanza de poder llegar con los testamentos hasta el nuevo Presidente del Reich, Gran Almirante Dönitz.

(1) Coronel de las SS. (N. DEL T.)

Poco después recibí yo una orden de Bormannn y del General Burgdorf encargándome que enviase dos motoristas de confianza con un mensaje especial dirigido al General Wenk.
No sin trabajo pude hacerme con dos motocicletas ligeras »Sachs» con las que abandonaron la Cancillería los dos emisarios vestidos de paisano.
» ¡Wenk: el tiempo apremia! Firmado: Bormannn, firmado: Burgdorf». Este era el escueto contenido del mensaje que fue entregado a los motoristas.
Estos rodaron a toda velocidad a través de las calles batidas intensamente por la artillería y cada cual trató de salir de Berlín por un barrio diferente a fin de llegar a Ferch, cerca de Potsdam, que era donde se decía que estaba Wenk con su Estado Mayor.
Uno de ellos no llegó muy lejos. A toda velocidad cruzó por atajos el Grunewald, todavía ocupado en parte por tropas alemanas.
Pero unos soldados le cerraron el paso y le impidieron continuar. El hombre presentó su documentación y su cartilla militar, pero fue detenido por desertor, pues el hecho de ir de paisano despertó la sospecha de que en efecto lo fuese.
Fue interrogado en el puesto de mando de un batallón y se le retuvo a pesar de haber presentado el mensaje suscrito por Bormannn y Burgdorf, provisto del membrete de la Ayudantía Militar del Führer, porque los que lo habían detenido declararon no conocer a las personalidades firmantes.
Fue llevado a continuación de puesto de mando en puesto de mando y en todos miraron con escepticismo el escrito dirigido al General Wenk.
A la mañana siguiente lo llevaron en un carro blindado de transporte al bunker de defensa antiaérea del Zoo y una llamada telefónica a la Cancillería aclaró las dudas existentes. Tras todas aquellas horas de aventuras, fue devuelto por fin a la Cancillería.
El segundo motorista no regresó y lo más probable es que ni siquiera haya llegado a su destino.

LA MUERTE DE ADOLFO HITLER

Mediodía del 30 de abril de 1945.
Las granadas de la artillería rusa caían sin parar sobre el barrio de los Ministerios y dentro del recinto mismo de la Cancillería del Reich. El combate se hacía cada vez más

violento. Las casas se derrumbaban con estrépito y las calles inmediatas a la Cancillería eran desiertos cubiertos de escombros.
El Führer se despidió de las personas todavía presentes. Fue dando la mano a todos y les expresó su agradecimiento por la labor cumplida y por la fidelidad que le habían demostrado.
Las dos secretarias, señoras Junge y Christian, y la señorita Manziasi la cocinera encargada de preparar el régimen especial de Hitler, fueron invitadas a almorzar. Al lado del Jefe tomó asiento su mujer.
Lo mismo que en sus mejores tiempos, Adolfo Hitler se cuidó de sostener una conversación intrascendente en la que pudiesen participar todos y cada uno de los comensales.
Al terminar la comida, y una vez que se hubieron retirado las tres invitadas, el Jefe las volvió a llamar por medio de su ayudante Günsche. Las aguardó con su esposa, de pie en el umbral de su antecámara, se despidió nuevamente de ellas y la señora Hitler abrazó a aquellas colaboradoras de largos años de su marido y les estrechó la mano.
También se despidió el Jefe de Bormannn y de su ayudante Günsche. A éste le ordenó de nuevo expresamente que se pusiese en contacto conmigo y se procurase la cantidad precisa de gasolina para su incineración y la de su mujer.
«No quiero ser expuesto, después de muerto, en una barraca de feria soviética», le dijo a su ayudante explicando su deseo.
Yo me encontraba en un local todavía poco dañado del garaje subterráneo. Acababa de entrar, después de haber controlado el relevo de los centinelas. Sonó el teléfono y, tomando el auricular, me di a conocer.
Era Günsche quien llamaba:
«Erich, necesito forzosamente beber algo. ¿Tienes una botella de aguardiente?»
La pregunta me sorprendió, porque en aquellos días maldito si teníamos gana de beber.
Pero Günsche insistió:
«¿Es que no tienes nada por ahí ?»
¿Qué le pasaría a Günsche ? Algo debía mar¬char mal. De todos modos pronto lo sabría, ya que, antes de colgar, me anunció que iría inmediatamente a reunirse conmigo.
Mientras lo es¬peraba, busqué una botella de coñac y la dejé a mano.
Pero Günsche no llegaba. Me pregunté por qué no vendría, pero como no sabía desde dónde me había llamado no me era posible dar con él.
Así transcurrió cosa de media hora y, al cabo, volvió a sonar el teléfono.
Era Günsche, otra vez. Con voz ronca de emoción me dijo:
«Necesito que me proporciones inmediatamente doscientos litros de gasolina».
En un principio creí que era una broma y a continuación traté de hacerle comprender que me pedía un imposible.
Su voz se hizo apremiante:
»¡Gasolina, Erich, gasolina!»
«Pero hombre, ¿para qué demonios quieres tú ahora doscientos litros de gasolina?»
«No te lo puedo decir por teléfono. Pero tienes que buscármela, ¿me oyes, Erich? Tengo que tenerla inmediatamente, aquí, a la entrada del refugio del Führer. Tráemela aunque tengas que poner el mundo de cabeza».
Le expliqué que sólo podía conseguir gasolina yendo a buscarla al Tiergarten, donde había enterrados unos cuantos miles de litros. Pero en aquel momento no era posible. Dada la intensidad del fuego ruso, intentarlo sería tanto como enviar mis hombres a una muerte segura.
«Espera por lo menos a que den las cinco - le rogué , a esa hora suele aflojar bastante el cañoneo. Supongo que podrás esperar hasta entonces».

Pero Günsche no cejaba:
«No puedo esperar ni una sola hora más. Trata de reunir lo que puedas extrayendo lo que quede en los depósitos de los coches averiados. Envíame en seguida tus hombres con los bidones y ven tú también al refugio del Führer».
Diciendo esto, Günsche, colgó.
Los coches del garaje todavía no habían ardido. En su mayoría, sólo habían sido aplastados por los derrumbamientos. A toda prisa, ordené a mi lugarteniente que se pusiese a la tarea con algunos hombres y llevase al lugar indicado toda la gasolina que lograse reunir.
Yo, por mi parte, me apresuré a reunirme con Günsche utilizando el camino más corto, es decir, saltando por encima de los escombros y de los coches destrozados por la artillería.
En el momento de entrar yo en el refugio del Führer, Günsche salía del despacho de Hitler.
Me dio la sensación de haber cambiado por completo. Me vio y se me quedó mirando, aterrado y pálido como un difunto.
«Santo Dios, Otto, ¿qué es lo que sucede? le pregunté . Tienes que haberte vuelto loco para pedirme que te traga gasolina con semejante bombardeo y poniendo, en peligro las vidas de media docena de hombres».
El pareció no oírme siquiera. Se fue hacia la puerta y la cerró.
Después se volvió hacia mí, me miró con ojos desorbitados y dijo «¡El Jefe ha muerto!»
Me quedé anonadado.
«¿Cómo pudo suceder eso? – pregunté . ¡Si todavía ayer estuve hablando con él ! Estaba sano y bueno y en posesión de sus cinco sentidos»
Günsche estaba tan alterado que casi no era capaz de hablar. Se limitó a alzar la mano derecha e hizo el ademán de dispararse un tiro en la boca.
«¿Dónde está Eva? pregunté profundamen¬te emocionado.
«Con él contestó Günsche señalando con un gesto la puerta cerrada del despacho del Jefe.
Poco a poco fui enterándome de lo sucedido durante las últimas horas.
Hitler se había disparado un pistoletazo en la boca y había caído de bruces sobre la mesa de su despacho. Eva quedó a su lado, recostada sobre el respaldo del asiento. Murió envenenada, pero también ella había empuñado una pistola que apareció en el suelo cerca de su mano.
«Bormannn, Linge y yo me dijo Günsche atro¬pellándose al hablar oímos el disparo. Acudió el Dr. Stumpfegger para reconocer los cadáveres y también fueron llamados Goebbels y Axmann».
«¿Quién está ahora con ellos ?» pregunté yo.
«Goebbels, Bormannn y Linge, y también el doctor. Axmann ya se ha ido».
En aquel momento llegó uno de mis hombres y anunció que arriba, a la entrada del refugio había de ciento sesenta a ciento ochenta litros de gasolina.
Despedí al hombre y entonces se abrió la puerta del despacho de Hitler dando paso al ordenanza personal de éste, Linge, que dijo apremiante:
«¡La gasolina! ¿Dónde está la gasolina?»
«La gasolina está dispuesta» contesté yo.
Linge desapareció tras la puerta y, a poco, és¬ta se abrió de nuevo.
Aparecieron el Dr., Stumpfegger y Linge llevando entre los dos el cuerpo de Adolfo Hitler, envuelto en una manta grande de Intendencia, de color oscuro. El rostro del jefe quedaba oculto por ella hasta lo alto de la nariz y bajo sus cabellos, que habían encanecido mucho en los úl¬timos tiempos, se veía su frente, invadida ya por la palidez

cérea de la muerte. El brazo izquierdo se había salido de la manta y pendía inerte quedando al descubierto hasta el codo.
Detrás salió Martin Bormannn llevando en brazos a Eva Hitler, con un vestido negro de tela fina y la rubia cabeza colgando hacia atrás. Esta escena me emocionó casi más todavía que el espectáculo del jefe muerto. Eva había odiado a Bormannn y por culpa de él, había tenido en vida numerosos disgustos. Ella era quien había des¬cubierto muy pronto sus intrigas ambiciosas y ahora, muerta, era llevada por él, por su mayor enemigo, al lugar de su último descanso. Decidí que no debía suceder así.
- «Ayuda a llevar al jefe le dije a Günsche -. Yo me encargaré de Eva».
Me acerqué a Bormannn y, sin decir palabra, tomé de sus brazos el cadáver de Eva.
Noté que su costado izquierdo estaba mojado y por un momento creí que también ella se habría disparado un tiro. Pero más tarde, me explicó Günsche que, al caer, el jefe derribó un jarrón con flores que había sobre la mesa y es probable que el agua se haya derramado sobre la mujer ya muerta.
No había yo contado con los veinte escalones que había que subir para salir del refugio. Me fallaron las fuerzas y hube de detenerme. A mitad de camino, acudió en mi ayuda Otto Günsche y, entre los dos, sacamos a Eva al aire libre.
Entretanto, ya habían dado las dos de la tarde. Todo el sector de la Cancillería era intensamente batido por el fuego ruso y las granadas caían en torno nuestro, lanzando al aire innumerables surtidores de polvo y tierra. La atmósfera resultaba casi irrespirable.
Con la prisa, el Dr. Stumpfegger y Linge habían dejado al Jefe a cosa de tres metros a la derecha de la salida del refugio, sobre el suelo. Inmediatamente a su lado estaba la gran máquina mezcladora de cemento con la que se había querido anteriormente reforzar el techo del refugio en un metro más.
Allí se quedó Adolfo Hitler, tal como lo habían sacado de su despacho, envuelto en su manta gris y con las piernas orientadas hacia la salida del refugio. No le habían quitado la manta. Por debajo de ella, asomaba el pantalón negro y el pie derecho aparecía vuelto hacia dentro, en una posición que era típica y que yo había observado muchisimas veces cuando, sentado a mi lado en el coche y cansado por el viaje, el jefe se dormía.
Entre Günsche y yo colocamos a Eva Hitler al lado de su marido. Estábamos muy nerviosos, por lo que, en realidad, la dejamos más bien formando diagonal con el cuerpo de aquél.
En torno a nosotros estallaban las granadas rusas como si en aquel momento el fuego contra el jardín de la Cancillería y el refugio del Führer hubiese redoblado su intensidad
Regresé precipitadamente al refugio y por unos momentos permanecí quieto, respirando, profundamente y aguardando les próximos impactos. Después tomé un bidón de gasolina y, volviendo a salir, lo puse al lado de los dos cadáveres. Inclinándome rápidamente coloqué el brazo izquierdo de Hitler a lo largo de su cuerpo. El viento jugueteaba con sus cabellos.
Destapé el bidón...
Cayeron muy cerca unas granadas. Nos alcanzaron salpicaduras de tierra y fango y oímos zumbar en torno nuestro los trozos de metralla. A toda prisa tornarnos a la entrada del refugio en busca de protección.
Nuestros nervios sufrían una tensión insoportable. Llenos de ansiedad aguardamos a que cediese un poco la intensidad del fuego para poder rociar los cuerpos con la gasolina.
Volví a salir agachándome y eché mano al bidón. Todo tembloroso y teniendo que vencer una tremenda repugnancia, pero convencido de estar cumpliendo la última orden de Hitler, derramé el contenido de aquél sobre los dos muertos.
Constantemente me decía a mí mismo:

«¡No puedo, no puedo hacerlo! »
Pero el sentido del deber vencía a mi repugnancia, A mi lado, Günsche y Linge realizaban este mismo postrer servicio a Hitler y a su esposa, cuyo vestido ondulaba suavemente a impulsos del viento hasta que quedó inmóvil al irse empapando de gasolina.
En los rostros de mis compañeros pude reconocer que también ellos sostenían una lucha interior al cumplimentar aquella última orden de nuestro jefe.
Constantemente caían granadas que nos cubrían de polvo al estallar. Ya indiferente ante el peligro, fui tomando un bidón tras otro en el refugio hasta que los dos cuerpos estuvieron lo suficientemente impregnados por el combustible. El trabajo llevado a cabo por la mezcladora había formado, precisamente en el punto donde estaban los cadáveres, una pequeña depresión en la que fue acumulándose la gasolina vertida para ser seguidamente absorbida por las ropas de los dos difuntos.
Una vez más nos precipitamos hacia el refugio para recoger bidones. Pero, en aquel momento, arreció de modo tal el fuego artillero que ya no pudimos abandonar la entrada de aquél. Ha sido una casualidad casi rayana en milagro la que hizo que ninguna granada haya llegado a nosotros en medio de aquel cañoneo infernal
En la entrada del refugio estaban con nosotros el Dr. Goebbels, Bormannn y el Dr. Stumpfegger. Nadie se atrevía ya a salir, porque en el exterior parecían haberse desatado todas las fuerzas del Averno.
¿Cómo incendiar la gasolina? Alguien propuso lanzar una bomba de mano, pero yo me negué a consentirlo. Casualmente mis ojos dieron con un trapo al lado de las mangueras contra incendios que allí había.
«¡Ahí tenemos un trapo! - exclamé agitado.
Günsche se apoderó de él y lo desgarró. En cuestión de segundos destapé un bidón y empapé el trapo con gasolina.
«¡Una cerilla!«
El Dr. Goebbels sacó nervioso una caja del bolsillo y me la entregó Encendí un fósforo y lo apliqué al trapo y tan pronto como éste se inflamó salió despedido, describiendo una amplia tra¬yectoria que terminó en los cadáveres empapa¬dos de gasolina.
Contemplábamos los cuerpos con los ojos muy abiertos.
Brotó la llama y negras nubes de humo ascendieron hacia el cielo.
Aquella oscura humareda, destacándose sobre el fondo incendiado de la capital, constituía un espectáculo estremecedor. El Dr. Goebbels, Bormannn, el Dr. Stumpfegger, Günsche, Linge y yo lo contemplábamos como hipnotizados.
El fuego comenzó lentamente a consumir los cadáveres.
Por última vez saludamos los seis hombres allí reunidos a nuestro difunto Jefe y a su mujer. Seguidamente nos retiramos al interior del refugio profundamente afectados por aquel tremendo acontecimiento.
Las llamas agotaron la gasolina. Era imposible verter más combustible mientras continuase ardiendo el fuego, y una vez y otra hubo que esperar que éste se apagase por completo para derramar más gasolina sobre los restos todavía no enteramente carbonizados.
Una incineración completa parecía imposible debido a la constante caída de las granadas soviéticas.
La operación duró desde las 14 horas hasta las 19,30 aproximadamente. En el transcurso de la tarde conseguí todavía que mis hombres se procurasen, en las más difíciles condiciones que cabe imaginar, varios cientos de litros más de gasolina.
Cuando volvimos a entrar en el refugio, nos encontramos con que, durante nuestra ausencia, se había ido concentrando allí todo el círculo íntimo de Hitler. Muchos de sus

miembros fueron subiendo para rendir el último tributo al jefe muerto y a su mujer. Las lágrimas corrían por rostros de hombres tan recios y fuertes como el jefe de Brigada Mohnke, comandante militar del barrio oficial, el General de la Policía Rattenhuber y otros.
Aunque muchos ya contaban con que llegase aquel momento, el hecho consumado cayó sobre ellos como un golpe de maza La serenidad que hasta entonces había presidido todas las situaciones, terminó bruscamente con la muerte de Adolfo Hitler. Todos estaban agitadísimos y nadie sabía lo que iba a pasar. El descorazonamiento pareció invadirnos.
El primero que consiguió rehacerse plenamente fue el Dr. Goebbels:
«¡Bormannn, Burgdorf, Krebs, Mohnke: Les ruego que se reúnan inmediatamente conmigo para discutir la situación!»
Günsche y yo entramos una vez más en la estancia donde había muerto el jefe. Nos invadió una sensación de vacío absoluto. Las huellas de la muerte se mostraban claras ante nuestros ojos. Sobre la alfombra roja se veían las pistolas de Eva y de Adolfo Hitler. Tanto en la mesa como en el piso aparecían manchas de sangre y sobre la mesa, el jarrón volcado. Frente a donde estábamos había un retrato juvenil de la madre de Hitler y sobre el escritorio pendía solitaria la efigie de Federico el Grande.
Perdido en mis pensamientos abandoné la habitación para reintegrarme a mis obligaciones castrenses.
En la antesala del cuarto de los médicos vi a la señora Magda Goebbels, sentada ante una mesa con gesto desconsolado. Cuando me vio me rogó que me sentase un rato a su lado. Noté que todavía era víctima de una profunda conmoción. Me habló de su despedida del Führer.
«Caí de rodillas ante él me dijo y le supliqué que no se quitase la vida. Me hizo levantar solícito y me explicó con palabra serena y bien medida que tenía que abandonar este mundo. Sólo así podía dejar franco el camino para que Doenitz salvase lo que de Alemania pudiera todavía ser salvado.»
Para distraerla un poco de sus pensamientos, comencé a hablarle de las posibilidades existentes para una fuga de la familia Goebbels de Berlín. Yo disponía todavía de tres automóviles blindados, que me habían sido asignados pocos días antes. Con ellos podría quizás sacar a toda la familia de la zona de peligro.
Ella aceptó mis proposiciones con muestras de comprensión y me pareció que se le había quitado un gran peso de encima.
En tal momento, nuestra conversación se vio interrumpida por la entrada en la estancia del Dr. Goebbels. Ella comenzó en seguida a exponerle mi plan de fuga, pero Goebbels la rechazó decididamente:
«El General Krebs va a ir como parlamentario a ver al General Yukov a fin de negociar nuestra libre salida. En caso de fracasar esta negociación, ya tengo decidido el camino a seguir: me quedaré en Berlín. No siento deseo alguno de peregrinar por todo el mundo corno perpetuo fugitivo
Volviéndose hacia mí añadió:
«Por supuesto que tanto mi mujer como mis hijos quedan en libertad de optar por la salida de Berlín.»
La señora Goebbels reaccionó vivamente diciendo :
«Ni que decir tiene que yo me quedo con mi marido. El camino que él elija será también mi camino.»
Entonces entré en el cuarto de los médicos donde estaba, gravemente herido, el jefe de la patrulla de escolta de las SS, «Sturmbannführer» Franz Schädle (1), y le conté lo que acababa de oír. Durante nuestra conversación entraron también Günsche y el

Kriminaldirektor HögI. Günsche interrumpió la conversación para transmitirme una orden del Comandante militar Mohnke, según la cual debería yo acudir con mis hombres a las veintiuna horas a la carbonera de la Nueva Cancillería para intentar una salida, de ser preciso incluso por la fuerza de las armas.
Schädle manifestó que después de nuestra partida, se dispararía un tiro en la cabeza porque no quería caer vivo en manos del enemigo. Así lo hizo, en efecto, llegado el momento.
Cuando, por la noche, fui al refugio del Führer a recibir órdenes, me encontré con el General de la Policía Rattenhuber. Me dijo que había asistido, con algunos de sus hombres y con el ordenanza personal de Adolfo Hitler, Linge, al acto de apagar el fuego que había consumido los cadáveres.

(1) Comandante de las SS. (N. del T.)

Los restos carbonizados de Hitler v su mujer fueron recogidos a continuación y sepultados en una pequeña tumba al pie del muro de la que habla sido mí vivienda.

LA ULTIMA SALIDA DE MARTIN BORMANNN

Terminada la conferencia, en la que Goebbels, Burgdorf, Bormannn, Krebs y Mohnke fijaron los puntos de la negociación con el General Yukov, el General Krebs salió como parlamentario hacia las posiciones rusas. A las veintiuna horas todavía no había regresado, por lo que Mohnke decidió aplazar la salida durante veinticuatro horas. Muy tarde ya, regresó por fin el General Krebs a la Cancillería. Informó a Goebbels que el General Yukov exigía la rendición incondicional. Lo único que Krebs había podido conseguir era la promesa de que prisioneros, y heridos serían tratados de acuerdo con lo previsto en el Convenio de Ginebra.
Nuestra decisión quedó tomada en firme. La salida fue definitivamente fijada para el día 1 de mayo a las veintiuna horas. Todo nos daba ya lo mismo. Sólo teníamos dos posibilidades: pasar con vida a través de las líneas enemigas o morir decentemente como militares. Cada vez se infiltraban más soldados rusos en el Tiergarten. De seguir así, nos costaría trabajo mantener nuestra posición hasta el momento de la salida.
Bajo la impresión de estos hechos amargos e implacables, mis pensamientos se dirigieron, sin yo preponérmelo, a la señora Goebbels.
¿Qué iba a ser de ella y de los niños ?
No había querido separarse de su marido y, ahora, ya era tarde.
Seguí pensando febrilmente. ¿No habría un medio de salvar siquiera a los pobres chiquillos de aquel caos?
Amaneció el 1 de mayo.
El ambiente reinante en el refugio del Führer era casi insoportable. Por la tarde se me acercó el Secretario de Estado Naumann y me rogó le proporcionase otros doscientos litros de gasolina. El Dr. Goebbels y su mujer habían tomado la decisión de suicidarse como Hitler y Eva, inmediatamente después de nuestra salida, haciéndose incinerar a continuación.
En aquellos momentos, las tropas alemanas ya no ocupaban más que la Plaza Belle Allianz, la Estación de Anhalt, el Puente de Potsdam, la Puerta de Brandenburgo y la Estación de la Friedrichsstrasse, así como el distrito de los palacios.
Ingresó en el puesto de socorro del refugio una muchacha gravemente herida. Su vestido estaba destrozado y todo manchado de sangre. Le limpiaron inmediatamente las heridas y le colocaron un vendaje. Pese a los grandes dolores que padecía, no salió de sus labios ni una sola queja. Allí estaba tendida, pálida y fatigada. Con voz apenas audible

preguntó por su prometido. Sabía que estaba destinado en la Cancillería como conductor. Tenía pocas esperanzas de encontrarlo, pues suponía que habría salido a desempeñar algún servicio.
Pero se equivocaba, porque lo envié a buscar, encargando que lo relevasen. Tan pronto como la muchacha lo vio pareció olvidarlo todo, incluso sus sufrimientos.
El hombre habló conmigo para decirme que quería cumplir un deseo de su novia. Esta le había pedido que se casasen. Fui en seguida a buscar al Secretario de Estado, Dr. Naumann, que, como jurista que era, estaba facultado para casarlos y que ya había realizado días antes algunas bodas de urgencia, y le expliqué el caso,
Naumann se negó diciendo que ya tenía demasiado trabajo y que no podía ocuparse en aquel momento de lo que yo le pedía. Su propio jefe, el Dr. Goebbels, lo necesitaba constantemente.
Por lo tanto, y como superior jerárquico que era del novio y jefe de la unidad a que pertenecía, no me quedó más remedio que proceder yo mismo a llevar a cabo el casamiento. Hice redactar a toda prisa los documentos pertinentes y ordené a la pareja que se presentase a las dieciocho horas en la cocina donde habían sido preparadas las dietas especiales de Hitler, para proceder al enlace.
Apoyada en los testigos, la muchacha se presentó en el lugar indicado, junto con su novio. Como en otras bodas anteriores, también en esta reinaba un silencio solemne. Tan sólo se oía el sordo estampido de las granadas que estallaban en las inmediaciones de la Cancillería o en el jardín. Cada vez que los proyectiles enemigos alcanzaban el bunker se oía un estrépito como de vidrios rotos.
Me resultó difícil dar con las palabras adecuadas al momento. Todos sentíamos una extraña emoción al ver – en medio de aquella situación increíblemente grave – aquella pareja de jóvenes que se miraban con mirar luminoso y cargado de confianza mutua, lo mismo que puede mirarse una pareja feliz en tiempos también felices.
Poco después de casar a mi joven camarada supe que, entre tanto, habían muerto los niños del matrimonio Goebbels.
El Dr. Sumpfegger me contó que el Dr. Goebbels le había pedido que pusiese fin a la vida de sus hijos, inyectándoles algún tóxico de efectos rápidos. El Dr. Stumpfegger le contestó que no se sentía capaz de hacerlo porque, pensando en sus propios hijos, no podía conciliar semejante acción con los dictados de su conciencia. Goebbels se mostró desesperado porque no quería en modo alguno que sus hijos cayesen vivos en manos del enemigo. Por fin logró encontrar entre los fugitivos refugiados en la carbonera un médico, que mostró comprensión por el punto de vista del matrimonio Goebbels. Este médico fue quien produjo la muerte de los pequeños.
Fueron adoptadas las últimas medidas previas a la salida. Todo bagaje inútil fue abandonado.
Incluso los objetos personales que la señora Eva Hitler había distribuido entre sus amigos, poco antes de morir, sólo pudieron ser llevados en parte.
El reloj marcaba las 20,45.
Fueron llevados a cabo los preparativos para la incineración del Dr. Goebbels y su mujer. El mismo lo dirigió todo personalmente.
Todos los que querían participar en la salida, soldados, refugiados y heridos, fueron encuadrados en distintos grupos. El que yo mandaba comprendía alrededor de treinta mujeres.
Una vez más, entré en el bunker para despedirme del Dr. Goebbels y de su mujer. Aunque hacia pocas horas que habían muerto sus hijos, el matrimonio estaba tranquilo y sereno. Con expresión dolorida me rogó la señora Magda Goebbels que saludase

cariñosamente de su parte a Harald, su hijo de primeras nupcias, en caso de que llegase a verlo. Me encargó que le relatase en qué condiciones había muerto su madre.
Había caído la noche.
Los distintos grupos habían ido abandonando la Cancillería. Cruzamos rápidamente la desierta Wilhelmsplatz, bajamos al «metro» y, por el túnel, echamos a andar hacia la Friedrichstrasse. Al cabo de una hora, aproximadamente, llegamos a la estación de este nombre.
Ante nuestros ojos se ofreció un cuadro desgarrador. A lo largo de las paredes, llenando andenes y escaleras, había una multitud de soldados agotados, de heridos faltos de toda asistencia y de fugitivos. La mayoría de los que allí estaban habían perdido toda esperanza de fuga y se mostraban totalmente apáticos.
Por de pronto, salí yo solo de la estación para estudiar la posibilidad de una marcha hacia el Norte. Las órdenes qué había recibido eran de tratar de llegar a Fehrbellin, con mi grupo compuesto por unos cien hombres. Una vez allí debería procurar unirme a alguna unidad alemana todavía combatiente.
A pocos metros del Puente del Weidendamm, me encontré con una barrera. Los disparos restallaban con estampidos de tonalidades huecas. La zona aparecía prácticamente desierta. Algunos hombres que guarnecían la barrera me dijeron que diversos grupos habían conseguido romper el cerco, por allí, pero que otros, en cambio habían sido rechazados con graves pérdidas.
Una ojeada por encima de la barrera me convenció de la verdad de lo que me decían. Muertos y heridos yacían en la calle como sombras negras. El espectáculo resultaba espeluznante.
Al fondo, a la altura de la Vegelstrasse, el enemigo alimentaba un Gigantesco incendio para tener visibilidad que le permitiese vigilar la Friedichstrasse. Según me dijeron los defensores de la barrera, los rusos se habían atrincherado en las casas y ruinas de la Friedrichstrasse, barriéndola toda con sus armas automáticas. Reuní nuevamente mi grupo y señalé el Palacio del Almirante como nuevo punto de reunión. Cada cual quedó en libertad de separarse del grupo y unirse a otra unidad si buenamente podía hacerlo durante la salida.
Hacia las dos de la madrugada vi venir hacía mí un pequeño grupo de personas. Reconocí a Bormannn, que vestía uniforme de «Obergruppenführer» de las SS, y, con él, iban el Dr. Naumann, el ayudante del Dr. Goebbels, «Hauptsturmführer» de las SS Schwegermann (1) y el Dr. Stumpfegger. Todos ellos habían abandonado la Cancillería después que nosotros.
Pregunté inmediatamente a Schwegermann qué había sido del Dr. Goebbels y su mujer. Schwegermann, que había permanecido al lado de su Jefe, hasta el último momento, me informó brevemente.
El matrimonio Goebbels había muerto exactamente como Hitler y Eva. El Ministro se disparó un tiro y la señora Magda Goebbels se envenenó.

(1) Capitán de las SS. (N. del T.)

La tensión del momento no permitía entrar en más detalles. Bormannn procedió a discutir la situación con el Dr. Naumann y conmigo. Hacían falta carros para romper el cerco y yo le dije que lo más probable era que ya no hubiese carros en aquel distrito de la capital.
Nos pareció un verdadero milagro que al cabo de poco tiempo comenzásemos a oír, en efecto, el rumor de unas orugas procedentes del sector que todavía estaba en nuestro poder, y suspiramos aliviados al ver cómo ante la barrera se detenían tres carros tipo IV acompañados de otros tres carros acorazados de transporte.

Me dirigí al comandante del primero de los carros. Se me presentó diciendo que era el «Obersturmführer» de las SS Hansen (1) que, cumpliendo órdenes recibidas, iba hacia el Norte con los restos de una compañía acorazada de la División de las SS Nord.
Yo le expliqué nuestros propósitos y le ordené que marchase despacio a fin de ofrecer protección a nuestro grupo hasta llegar a Ziegelstrasse.
Formamos verdaderos racimos humanos en torno a los carros Y éstos comenzaron a avanzar al paso. Agachándonos lo más posible, los seguimos. Bormannn y el Dr. Naumann marchaban a la izquierda del vehículo, a la altura, sobre poco más o menos, de la torre giratoria del mismo. Inmediatamente detrás íbamos el Dr. Stumpfegger y yo.

(1) Teniente de las SS. (N. DEL T.)

Parecía como si nuestros nervios estuviesen a punto de romperse. Todos sabíamos que aquella era una carta que jugábamos a vida o muerte. De pronto, el enemigo comenzó a hacer fuego con todas sus armas. Del costado de nuestro carro brotó una luminosa llamarada. Bormannn y el Dr. Naumann salieron despedidos por la fuerza de la explosión.
También yo perdí el equilibrio. El Dr. Stumpfegger fue violentamente lanzado contra mí y yo me sentí a mi vez arrebatado y perdí el conocimiento.

HUYENDO DE BERLIN

Cuando recuperé el conocimiento, al cabo de un tiempo cuya duración no me es posible determinar, mis ojos todavía estaban deslumbrados por la claridad de la explosión y por un momento temí haber perdido la vista. Comencé a moverme a tientas y poco a poco fue funcionando de nuevo mi cerebro.
Según parecía, la explosión me había lanzado entre los escombros que había a lo largo de la calle. Todavía no me era posible ver, y penosamente recorrí a gatas cosa de cuarenta metros, hasta que tropecé con un obstáculo. Mis manos tentaron una muralla y me dije que debía ser la barrera contra carros de la que habíamos partido en nuestra malograda salida.
Poco a poco fui consiguiendo ver los contornos de las cosas y, al llegar a la entrada de la barrera, me acurruqué allí y esperé. Al cabo de cierto tiempo logré distinguir de nuevo lo que me rodeaba y divisé una persona que avanzaba con paso vacilante. Me acerqué a ella y reconocí a Georg Beetz, segundo piloto del jefe, el cual también había tomado parte en la salida. Comprobé con espanto que su cabeza parecía haber sido abierta por un casco de metralla desde la frente hasta el occipucio. El me dijo que eso debía haberle ocurrido al hacer explosión el carro cuya voladura nos hizo saltar también a Bormannn, al Dr. Naumann, a Stumpfegger y a mí.
Cogidos del brazo para apoyarnos mutuamente, fuimos avanzando poco a poco en dirección al Palacio del Almirante. A poca distancia del Puente del Weidendamm, Beetz se declaró incapaz de seguir adelante. Lo acomodé sobre un carrito de mano, abandonado allí por algún fugitivo, y con gran alivio por mi parte, vi en aquel momento a la Doctora Häusermann, que trabajaba con el Profesor Blaschke, odontólogo personal del Führer.
Le rogué que se ocupase de Beetz y fui a buscar material de curas al Palacio del Almirante y después, entre la Doctora y yo, procedimos a vendar al herido. Dado su estado, era ya imposible tratar de sacarlo de Berlín. La Doctora Häusermann me prometió llevárselo a su casa y cuidarlo, pero desgraciadamente, y según supe posteriormente, Beetz murió allí mismo: a poco de haberme ido yo.

Volví al Palacio del Almirante. Después de lo que había visto, estaba plenamente convencido de que ya no era posible salir de Berlín en grupo cerrado. Así, pues, disolví el mío para que cada cual tratase, por su cuenta de buscar ropas de paisano y cruzar como buenamente pudiese a través de las líneas enemigas.
Cumplido con este mi último deber militar, llegó el momento de ocuparme de mí mismo Junto con otros siete hombres, volví a la estación de la Friedrichstrasse y, una vez allí, subimos a las vías del ferrocarril elevado para tratar de llegar a la estación de Lehrt.
Pero tampoco aquella ruta era posible, porque la línea férrea estaba intensamente batida por el fuego enemigo.
Mi mente trabajaba febril, en busca de una posibilidad de huir o de ocultarme. Bajamos de nuevo y nos encontramos ante la estructura del elevado, en la que habían sido construidos unos almacenes levantando tabiques entre los soportes.
Entré con precaución en uno de estos almacenes y encontré allí a varias mujeres que me dijeron ser obreras extranjeras. También había algunos obreros.
Comenzaron a apremiarnos para que nos despojásemos de nuestros uniformes, pues, de lo contrario, moriríamos sin remedio. Una de las obreras me proporcionó un mono sucio y muy usado y me indicó que subiese a un desván que allí había, para mudarme y esconder el uniforme entre unos radiadores de calefacción, allí almacenados. También a los que me acompañaban les fue proporcionada ropa de paisano. Al mudarme de ropa fue cuando pude ver mis heridas del brazo derecho. Estaba agotado por completo y nada me parecía más importante en aquel momento que dormir para cobrar nuevas fuerzas.
Apenas me había echado, cuando oí abajo una viva conversación y un torrente de voces rusas.
Me asomé a la trampa de acceso al desván y vi que un número considerable de soldados rusos acababa de dar con el refugio de los obreros extranjeros. Celebraban el encuentro con gran alegría y se abrazaban y se besaban con entusiasmo.
Me había invadido una apatía tal que ni siquiera tuve ya conciencia del peligro que de modo tan inmediato me amenazaba.
La misma yugoslava que me había procurado el mono me gritó que bajase y me dije que no me quedaba otro remedio que seguir su indicación. Así pues, bajé y me acerqué a los obreros extranjeros y a los soldados rusos que se agrupaban en el almacén. La joven yugoslava me tomó riendo de la mano y me llevó a presencia del comisario ruso. Este me echó una breve ojeada y después me abrazó lo mismo que le acababa de ver hacer con los obreros extranjeros. La muchacha yugoslava me presentó como su marido.
Esto fue lo que me valió el «honor» de ser abrazado por el comisario que me decía: «Tovarich: Berlín kaputt, Hitler kaputt, Stalin grande hombre!» Los rusos trajeron vodka, carne en conserva, mantequilla y pan. Hice bajar del desván a mis compañeros, porque el comisario, entusiasmado con la victoria, declaró que también quería saludar a los trabajadores alemanes.
Recuerdo aquellas escenas cómo una agitada pesadilla. El comisario acabó marchándose con sus soldados y nosotros volvimos a subir al desván. Aquellos momentos nos habían agotado más que todo lo que habíamos pasado en las últimas horas. Caímos sobre las tablas del piso como cae el trigo bajo la guadaña. Lo único que deseábamos era dormir. Dormir aunque sólo fuese poco tiempo.
Durante una hora pudimos olvidar todo lo que nos rodeaba. Pero al cabo de ella, y movido sin duda por la inquietud agazapada en mi ser, desperté de improviso y me puso en pie.
Todavía éramos libres en nuestras decisiones. Desperté rápidamente a mis compañeros dormidos y les ordené que procediesen en seguida a quemar todos sus papeles, documentos personales y cartillas militares. Yo mismo vacié mis bolsillos de todo papel

escrito y uní al montón mi estandarte y el banderín de mi coche, y a continuación todo ello fue pasto de las llamas.
Ya éramos todos seres anónimos. Nadie entre nosotros podría acreditar sus actividades anteriores. Tan sólo una hora antes, vestíamos uniformes que hablan sido nuestro orgullo durante toda una vida y ahora parecíamos vagabundos desarrapados.
Pese a la destrucción de nuestros papeles y a pesar de nuestros más que originales disfraces, nos dábamos perfecta cuenta de que no podríamos escapar al enemigo si seguíamos en pelotón. Por doloroso que me fuera era preciso que me separase de aquellas últimos y fieles camaradas. La última posibilidad que nos quedaba a cada uno era correr cada cual su propia suerte.
Cuando sal! de aquel refugio, fui a dar por casualidad con los mismos soldados rusos que antes había conocido. Me saludaron con gran algazara y me dijeron que estaban precisamente en camino hacia el almacén donde nos habíamos conocido. No me quedó, pues, otro remedio, que unirme a ellos.
Apenas entramos de nuevo en el almacén bajo el ferrocarril elevado cuando salió a nuestro encuentro, saludándonos risueña, la muchacha yugoslava que había dicho que yo era su marido. El comisario declaró llegado el momento de celebrar una gran fiesta para festejar la victoria. Fueron llevadas allí cantidades ingentes de bebidas alcohólicas y, bajo la vía del elevado, comenzó la celebración del triunfo conseguido.
Mis pensamientos volvían constantemente a mi destruida vivienda del jardín de la Cancillería, al pie de cuyas paredes en ruinas había sido sepultado, todavía no hacía cuarenta y ocho horas, el hombre, al que yo había consagrado toda mi vida. Allí reposaba, junto con una mujer a la que yo había estimado y venerado.
Con el pensamiento, yo seguía allí en el lugar donde había tenido que cumplir el servicio más difícil de mi vida. Y, sin embargo tenía que tomar parte en aquella juerga para salvar esta pequeña vida miserable a la que todos tan apegados estamos y que tanto amamos. A cada momento era invitado a brindar y me veía obligado a chocar mi copa con las de los soldados rusos.
En días más tranquilos había leído yo, sin entenderla muy bien, una buena traducción del «Infierno» de Dante. Entonces me hizo sonreír y me dije que, al fin y al cabo, los grandes escritores eran grandes fantásticos.
Ya no muy sereno el comisario, me invitó a que bailase con mi «esposa» yugoslava. Mientras bailaba, noté que me salía por la manga derecha la sangre que brotaba de mis heridas. Para que no lo notasen me metí la mano en el bolsillo. Pero, también pasaron por fin aquellas horas tremendas, cuyo recuerdo todavía hoy me resulta ingrato. La valiente muchachita de Yugoslavia, a la que nada unía a mí, como no fuese una simpatía nacida de un azar del destino, fue para mí, aquel día, una camarada de la que más de un hombre podría tomar ejemplo.
Por caminos enrevesados, a través de todas las barreras soviéticas, burlando a los rusos, que precisamente entonces registraban la ciudad en ruinas en busca de soldados alemanes dispersos, nos llevó la yugoslava a mí y a una baronesa húngara, surgida entre tanto de no sé dónde, hasta Tegel. Allí nos dejó para regresar junto a sus compatriotas.
Todavía hoy ignoro lo que en mí habrá visto, aquella muchacha desconocida. ¿No será, después de todo, que había vivido feliz y contenta como trabajadora extranjera en esta Alemania hoy tan vilipendiada?
El 30 de mayo llegué, por fin, a Wittemberg. Después de cruzar a nado el río Elba, seguí por Weimar, Nuremberg y Munich hasta Berchtesgaden. Nadie me reconoció ni nadie me detuvo.
Por el camino, volvió a sonreírme la fortuna. Una muchacha alemana, que había sido empleada por los aliados como intérprete, me proporcionó documentación a mi propio

nombre. Gracias a esto, pude alcanzar sin incidentes mi punto de destino, en Berchtesgaden.
Allí descansé durante día y medio, al lado de mi mujer, del agotador esfuerzo realizado. Nadie se ocupó de mí y no me extrañó porque, en toda mi vida, no recordaba yo haberle hecho daño a nadie.
Pero, como sucede en todos los pueblos y en todos los tiempos a la hora de la catástrofe, no descansaban entonces tampoco los espíritus malévolos.
Mi intención era presentarme a las autoridades yo mismo, como «Jefe del Parque Móvil del Führer y Canciller del Reich», una vez que hubiese descansado. Era mi obligación y yo no lo ignoraba.
Nuestro gran poeta Goethe, de fama mundialmente reconocida, ha dicho que «el mayor bellaco del país lo es y lo será siempre el denunciante». Y yo fui denunciado. Durante la noche siguiente fui detenido por el CIC americano y, tras un interrogatorio que duró doce horas, ingresé en la cárcel de Berchtesgaden. Comenzó mi peregrinación de campo de concentración en campo de concentración. Se creía entonces que Hitler vivía y, en cada campo adonde yo llegaba, el oficial competente mostraba especial empeño en averiguar, a lo largo de un interrogatorio, lo que había sido del jefe y de sus mas íntimos colaboradores.
Este empeño en sí muy loable, sin duda alguna se convirtió, para mí en un verdadero suplicio. Constantemente me veía obligado a contestar las mismas preguntas, constantemente me tendían los mismos lazos. No puedo decir, desde luego, que me hayan tratado mal. En la mayoría de los casos, los oficiales americanos tenían en cuenta mi grado y me trataban humanamente y, con frecuencia, incluso con cordialidad.
Pero ninguno de ellos parecía capaz de comprender que un hombre como Adolfo Hitler hubiese abandonado esta vida con la sencillez y la modestia que se desprendían de mi verídico relato. Lo que sí me creyeron fue lo que dije de la muerte del Dr. Goebbels, porque, por entonces, los rusos ya habían dado a conocer oficialmente el hallazgo de su cadáver y de los de la señora Magda y los niños.
Pero que Adolfo Hitler no hubiera aprovechado cualquiera de las mil posibilidades que se ofrecían a un hombre como él.... no, imposible. El «Obersturmbannführer» de las Waffen SS Erich Kempka, tenía que estar mintiendo.
«Un comandante de un submarino alemán ha declarado, al ser interrogado por el CIC, que, desde el 25 de abril, ha estado en Brema, a disposición del Führer, con su buque listo para hacerse a la mar. Ha dicho también que, por lo menos otros diez comandantes de otros tantos submarinos habían recibido iguales instrucciones. ¿Qué dice usted a esto, señor Kempka?»
¿Qué iba a decir? Sólo podía responder sonriendo melancólicamente.
«Hemos localizado a doce pilotos de aviación con instrucciones secretas del Cuartel General del Führer para que se mantuviesen en disposición de facilitar la fuga de Adolf Hitler al extranjero. «
También hubo realmente locos o imbéciles que, para hacerse los interesantes, declararon en los interrogatorios haber sacado a Hitler y a su mujer de Alemania.
Durante todos aquellos interrogatorios míos, no podía yo menos de recordar, una conversación que había tenido con el Jefe allá por 1933.
Fue poco después de hacerse Hitler cargo del Poder, la segunda o tercera vez que salía yo con él de la Cancillería al volante de su coche. Entonces fue cuando me dijo algo que ya en aquel momento me dio que pensar y que nunca olvidé ni olvidaré.
«¿Sabe una cosa, Kempka? me dijo . De aquí ya no saldré vivo.»
Es posible que todo tiempo precise sus ilusiones. Para mí, que no podré olvidar hasta el pos¬trer instante de mi vida cómo corría la gasolina, en aquella tarde abrileña, por el

cuerpo de aquel hombre, por mí tan respetado y estimado, todas aquellas cábalas no eran más que palabras hueras..
A veces sentía náuseas al tener que contestar a tales preguntas.
«¿Cómo, se levantaba Hitler de la cama, con la pierna derecha o con la izquierda? ¿Con qué mano tomaba el tenedor, con la izquierda o con la derecha?»
Los americanos hacían preguntas y más preguntas, como niños que escuchan un cuento. Dado su modo de ser, es muy posible que ni siquiera lo hiciesen con mala intención. Para ellos, Hitler era la bestia feroz, pero interesantísima, del siglo XX.
Desde el campo de concentración e internamiento de Darmstadt fui llevado, a fines de junio de 1946, en un «jeep», a Nuremberg, donde tenía lugar el famoso proceso. Dos días enteros había estado siendo reclamado a través de la radio.
Antes de ser llevado ante el Tribunal, desde la cárcel, un oficial americano examinó mi vestuario. Se mostró sumamente correcto. Me dijo que estaba yo mejor vestido que, por ejemplo, Julius Streicher, el director del «Stürmer» (1). Lo único que me faltaba era una corbata decente y el oficial ordenó que me fuese entregada una nueva.
La tarde la pasé en el cuerpo de guardia americano del Tribunal, sin llegar a ser interrogado. Pasadas las cinco fui devuelto a mi celda sin más explicaciones.
La noche no fue muy agradable. Al anochecer, colgaron en la abertura de la mirilla de la puerta un reflector que me estuvo iluminando la cara durante toda la noche. Puede que no haya habido mala intención en ello.

(1), El «Stürmer» era un famoso periódico antisemita y su director, Julius Streicher, fue ahorcado en Nuremberg. (N. del T.)

A la mañana siguiente, a eso de las once, fui llevado ante el Tribunal, donde presté declaración bajo juramento. Querían que les contase muchas cosas y se mostraron muy asombrados de que, en efecto yo supiera tantas. Durante el interrogatorio del fiscal americano, éste me dijo:
«Es curioso que, precisamente usted, haya estado en todas partes.»
Para mí, la cosa no tenía nada de curiosa. Casi todos mis compañeros que habían asistido a las muertes de Hitler y su mujer, de la familia Goebbels, de Bormannn y, del Dr. Naumann habían muerto a su vez o estaban en poder de los rusos
Para mí, que había ocupado una posición especialmente cercana y cordial al lado del Führer y, Canciller del Reich, resultaba más que penoso verme sometido a semejante interrogatorio acerca de mi difunto jefe.
Por lo demás, nada tenía que ocultar. Todo lo que en mi vida hice ha emanado de las convicciones sinceras de un joven de clase media falto de instrucción superior. Conmigo siempre se habían portado decente y bondadosamente todos aquellos hombres que en aquella circunstancia tan duramente eran atacados. Me hubiese considerado a mí mismo un verdadero granuja si me hubiese dejado apartar de la verdad por cualquier pregunta, por hábil que fuera. Y el hecho de que todavía hoy me unan poderosos lazos de simpatía a uno de los más altos funcionarios americanos que participaron en aquel proceso me hace confiar en el futuro.
En aquella época disparatada, que ya va quedando atrás, nadie sabía bien lo que era bueno, y lo que era malo. Todavía durante la guerra, tuve ocasión de hojear un libro, en cuyo prólogo había escrito Churchill las palabras siguientes: «Es posible que sea Adolfo Hitler el más grande de todos cuantos europeos han existido«.
No es a mi a quien corresponde enjuiciar las sentencias dictadas en Nuremberg. El Führer me ha dicho más de una vez que sólo al futuro corresponde juzgar el pasado. Y, ahora, todavía estamos viviendo el presente.
Casi cuatro semanas hube de permanecer en la galería de los testigos de la cárcel de Nuremberg. Allí me encontré con más de un compañero de días mejores. Algunos, en

los que jamás hubiese confiado, demostraron ser hombres de una pieza. Otros, que yo había respetado y admirado, resultaron allí míseros alfeñiques.
No teníamos muchas ocasiones de charlar unos con otros. Pero las pocas frases que cambiamos me enseñaron más que las conversaciones mantenidas a lo largo de una docena de años
En estos tiempos difíciles no me ha resultado nada fácil conservar mi fe en la bondad de los hombres. Pero, como ya he dicho más de una vez en estas páginas, no me considero capacitado para decidir acerca de lo que sea justo o injusto. A mí, como hombre sencillo que soy, sólo me interesaba observar cómo reaccionaban los distintos caracteres. Casi sin excepción, los hombres allí reunidos sólo beneficios habían recibido de mi Jefe. Muchas veces, éste los había mantenido en sus puestos en contra de su propio sentir él mismo me lo tiene dicho cuando conversaba conmigo en el coche , por creer que, en el fondo, eran decentes.
Repito que no quiero juzgar; pero puede ser que el mayor reproche que la Historia tenga que hacer un día al Führer sea el de haber sido excesivamente crédulo en lo tocante a las virtudes de los demás.
Desde Nuremberg fui llevado al campo de Langwasser para ser puesto en libertad. Como ya habían terminado allí las liberaciones, me trasladaron al campo de Ratisbona para pasarme de la condición de prisionero de guerra a la de internado. Durante mi traslado en un camión desde Ratisbona a Ludwigsburgo, sufrí un grave accidente, cuyas consecuencias padezco todavía.
En octubre de 1947 fui puesto en libertad. Sé que muchos alemanes han tenido que sufrir lo indecible. Sé también que Adolfo Hitler es hoy una de las personalidades más discutidas de la Historia.
Tan sólo generaciones posteriores podrán fallar un juicio exacto sobre este hombre.

COLOFÓN

El capitulo Adolfo Hitler ha quedado rematado. Incluso en mi propia vida.
Hoy en día, me preocupo de crearme una situación dentro de mi clase, la clase media, y - al igual que otros tantos deseo olvidar. Pero todavía continúan existiendo ilusos o sensacionalistas que, con sus especulaciones políticas, pretenden destruir la paz interior de los que creyeron en Hitler.
Mi relato tiene por objeto destruir falsas leyendas. Hitler no puede volver. Bormannn ha muerto. Yo estaba allí cuando hizo explosión aquel carro de combate alemán. Arthur Axmann, de cuya rectitud de carácter nadie puede dudar, ha visto posteriormente el cuerpo tendido de Bormannn y pudo convencerse de que ya no alentaba en él resto alguno de vida.
Cada cual ve las cosas desde su propio punto de vista. Por lo mismo, yo no he podido decir más que lo que he visto y quedó grabado en mi memoria por la intensa impresión que causó en mi mente juvenil.
No creo haber escrito un libro político. Pero es posible que todas estas pequeñas experiencias y observaciones personales que he ido acumulan¬do durante mi permanencia de años en la proxi¬midad inmediata de Hitler contribuyan a cen¬trar imágenes, hoy desvirtuadas o difuminadas, de hombres que tan trágico papel han desempeñado en los destinos de Alemania.
Muchos lectores me reprocharán que haya incluido en mi libro capítulos que, aparentemente, nada tienen que ver con la incineración de Hitler. Pero creo que si tal hacen se equivocan.

Toda catástrofe incluso las de la Naturale¬za tiene una causa. La calidad y el momento de la muerte de Adolfo Hitler sólo resultan medianamente comprensibles si se consigue obtener una visión más personal de la vida de aquel hombre.
Facilitar esta visión al lector al margen de toda política ha sido la segunda misión que me he fijado al redactar este libro.
Ojalá quede cumplido mi propósito de servir la causa de la verdad.
Firmado: Erich Kempka.

A P É N D I C E

(Texto traducido y original alemán del testamento de Adolf Hitler)

TEXTO DEL TESTAMENTO DE ADOLFO HITLER

Terminada la guerra apareció en la zona británica de ocupación de Alemania uno de los ejemplares del testamento que Adolfo Hitler otorgó en la Cancillería del Reich el día 29 de abril de 1945. Según parece, el Canciller tomó la precaución de firmar más de un ejemplar del mismo encomendando cada uno a distinta persona, con el encargo de hacerlo llegar a territorio no ocupado o por el Ejército Rojo (1).
A raíz de la aparición de este interesantísimo documento las autoridades aliadas de ocupación permitieron que fuese publicado. Pero, posteriormente, el histórico testamento fue retirado de la circulación y hoy es ya de pocos conocido.
El editor de la versión española del libro de Kempka, Yo quemé a Hitler, considera que, por todo lo dicho, es de sumo interés unir a él la traducción fiel del repetido documento, que no figura en la versión original alemana del misma libro, a fin de que pueda ser conocido por el público lector de lengua castellana. El texto contenido en este apéndice ha sido traducido del diario “Kieler Kurien”, publicado por las autoridades británicas de ocupación, y apareció en el número 47 de dicho periódico, correspondiente al miércoles 2 de enero de 1946. El testamento comprende dos partes, independientes entre sí, una política y otra privada, y va seguido de una declaración del Doctor Joseph Goebbels, que es también, prácticamente, la expresión de la última voluntad del dinámico y elocuente Ministro de Propaganda del III Reich.
El testamento de Hitler aquí reproducido llena cumplidamente la misión de dar pleno valor al relato de Erich Kempka, pues el estilo inconfundible de su redacción es sólida garantía de su autenticidad y los propósitos e ideas en él enunciados encajan de lleno en el relato que, del final del Canciller del III Reich, hace el autor de este libro. Nadie, después de haber leído éste, podrá dudar ya de que, pese a todas las fantasías que han circulado y continúan circulando al respecto, Adolfo Hitler murió tal como Erich Kempka lo cuenta.

TESTAMENTO DE ADOLF HITLER

Mi testamento político

«Desde que, en 1914, aporté como voluntario mi modesto esfuerzo a la primera Guerra Mundial impuesta al Reich, han transcurrido ya más de treinta años. En estos tres decenios, fueron exclusivamente el amor y la fidelidad a mi pueblo, quienes impulsaron todos mis pensamientos, actos y mi vida. Ellos me proporcionaron la energía precisa para adoptar gravísimas decisiones ante las que nunca se había visto hasta ahora ningún

ser mortal. A lo largo de los tres decenios he ido consumiendo mi tiempo, esfuerzo y mi salud.
No es cierto que yo, ni nadie en Alemania, haya querido la guerra en 1939. La guerra fue querida y preparada exclusivamente por aquellos estadistas internacionales cuya ascendencia era judía o que trabajaban en pro de intereses judíos. He hecho demasiadas ofertas de reducción y limitación de armamentos ofertas cuya realidad no podrá negar jamás la posteridad , para que pueda pesar sobre mí la responsabilidad del desencadenamiento de esta guerra. Además, nunca he querido que, tras la primera y desdichada Guerra Mundial, surgiese otra más contra Inglaterra ni contra Norteamérica. Pasarán los siglos; pero de las ruinas de nuestras ciudades y de nuestras obras de arte renacerá constantemente el odio hacia el pueblo en último término responsable, al que debemos todo lo que hoy sucede: al judaísmo internacional y a sus cómplices.
Todavía tres días antes del comienzo de la guerra germanopolaca, propuse al Embajador británico en Berlín una solución del problema germanopolaco, parecida a la adoptada en el caso del territorio del Sarre, bajo un control internacional. Tampoco esta oferta mía podrá ser negada. Fue rechazada porque las esferas rectoras de la política inglesa querían la guerra, en parte, a causa de los negocios quede ella se prometían, y en parte también, impulsados por una propaganda movida, a su vez, por el judaísmo internacional.
Pero tampoco he dejado lugar a dudas en cuanto al hecho de que si los pueblos de Europa volviesen a ser considerados y tratados exclusivamente como paquetes de acciones de estos conspiradores internacionales del dinero y las finanzas, también habría que hacer responsable de ello a ese pueblo, que es el verdadero culpable de esta mortífera lucha: al judaísmo. También he dado a entender claramente que, esta vez, no padecerían hambre tan sólo millones de hijos de europeos de estirpe aria, ni morirían únicamente millones de hombres adultos, ni serían quemados y bombardeados en las ciudades cientos de miles de mujeres y niños, sin que pagasen su culpa los verdaderos culpables, aunque fuese sufriendo una suerte más humana en los procedimientos.
Al cabo de una lucha de seis años que, pese todos los contratiempos en ella sufridos, pasará un día a la Historia como la más gloriosa y valiente manifestación de la voluntad de vivir pueblo, no puedo apartarme de la ciudad que es capital de este Reich. Dado que las fuerzas disponibles son demasiado escasas para resistir por más tiempo el asalto enemigo, precisamente en este punto y cuando la resistencia propia va siendo paulatinamente minada por sujetos tan ciegos como faltos de carácter, quiero unir mi destino al que millones (de compatriotas) han tomado sobre sí permaneciendo, para ello, en esta ciudad. Aparte de esto, no quiero caer en manos de adversarios que precisan, para diversión de las masas por ellos azuzadas, de un espectáculo organizado por judíos.
En consecuencia, he decidido quedarme en Berlín y morir aquí por mi propia voluntad en el momento en que crea que ya no puede ser defendida la sede misma del Führer y Canciller. Muero con el corazón alegre a la vista de las inconmensurables hazañas y realizaciones, por mí conocidas, de nuestros soldados en el frente y de nuestras mujeres en retaguardia, del rendimiento de nuestros campesinos y obreros y de la actuación, única en la Historia, de nuestras juventudes, que llevan mi nombre.
El que yo exprese a todos ellos mi agradecimiento, desde lo más hondo de mi corazón, es cosa tan comprensible como mi deseo de que no por haberlo hecho así renuncien en ninguna circunstancia a la lucha, sino que la continúen, en todo momento y lugar, contra los enemigos de la Patria. De acuerdo con las doctrinas del gran Clausewitz de! sacrificio de nuestros soldados y de mi solidaridad con ellos hasta la muerte nacerá algún día, y de un modo u otro, en nuestra historia, la semilla del esplendoroso renacer

del movimiento nacionalsocialista y, con él la de la realización de una verdadera comunidad popular.
Muchos hombres y mujeres valerosísimos han decidido ligar sus vidas a la mía hasta el final. Les he rogado, y, finalmente, les he ordenado que no lo hagan, sino que continúen participando en la lucha ulterior de la Nación. A los jefes de los Ejércitos, de la Marina y de la Aviación les ruego que fortalezcan, empleando para ello los medios más extremados, el espíritu de resistencia de nuestros soldados en un sentido nacional socialista y teniendo en cuenta, muy especialmente, que también yo, como fundador y creador de este movimiento, he preferido la muerte a la huida cobarde o, incluso, a la capitulación.
Ojalá que un día llegue a ser principio de honor de todo oficial alemán como ya lo es hoy en nuestra Marina , que es un imposible la rendición de una comarca o ciudad y que son muy especialmente los mandos los que han de dar ejemplo luminoso del más fiel cumplimiento del deber hasta la misma muerte
Antes de morir expulsó del Partido al ex Mariscal del Reich Hermann Göring y lo privo de todos los derechos que pudieran derivarse de la Disposición del 29 de julio de 1941, así como de mi Declaración al Reich del 1º de septiembre de 1939. En su lugar, nombro Presidente del Reich y Comandante Supremo de la Wehrmacht, al Gran Almirante Dönitz.
Antes de morir, expulso del Partido y depongo de, todos sus cargos oficiales al ex Reichsführer de las SS y ex Ministro del Interior, Heinrich Himmler. En su lugar, nombro Reichsführer de las SS y jefe de la Policía alemana al Gauleiter Karl Hanke y Ministro del Interior al Gauleiter Paul Giessler.
Prescindiendo por completo de la falta de fidelidad demostrada para con mi persona, Göring y Himmler han causado un daño incalculable al país y a todo el pueblo, entablando negociaciones secretas con el enemigo, a espaldas mías y en contra de mi voluntad, y tratando de hacerse con el Poder del Estado por medios ilegales. A fin de dar al pueblo un Gobierno compuesto por hombres honrados que cumplan la obligación de continuar la guerra por todos los medios, nombro, en mi calidad de Führer de la Nación, los siguientes miembros del nuevo gabinete:
Presidente del Reich, Dönitz; Canciller del Reich, Dr. Goebbels; Ministro del Partido, Bormannn; Ministro de Asuntos Exteriores, Seiss-Inquart; Ministro del Interior, Gauleiter Giessler; Ministro de la Guerra, Dönitz; Comandante en jefe de la Aviación, Greim; Reichsführer de las SS y Jefe de la Policía alemana, Gauleiter Hanke; Economía, Funk; Agricultura, Backe; Justicia, Thierack; Cultos, Dr. Scheel; Propaganda, Dr. Naumann; Finanzas, Schwerin Krosigk; Trabajo, Dr. Hupfauer; Armamentos, Saur; Director del Frente Alemán del Trabajo y miembro del Gabinete del Reich Ministro del Reich Dr. Ley.
Aunque varios de estos hombres, como Martin Bormannn, el Dr. Goebbels, etc han venido voluntariamente a reunirse conmigo, junto con sus mujeres, y no quisieron en modo alguno abandonar la capital del Reich sino que estaban dispuestos a perecer aquí conmigo, tengo que rogarles que obedezcan mis indicaciones y antepongan, en este caso, el interés de la Nación a sus propios sentimientos. Con su labor y , con su fidelidad de compañeros seguirán estando cerca de mí después de mi muerte y espero que mi espíritu continúe entre ellos y los acompañe siempre. Deberán ser duros, pero jamás injustos, sobre todo, no convertir nunca el temor en consejero de sus actos y colocar el honor de la Nación por encima de todo lo demás que en el mundo existe. Deberán, por fin, tener conciencia plena de que nuestra tarea de construcción de un Estado nacional socialista ha de ser la obra de los siglos venideros, obra que obliga a

cada cual a servir siempre al interés común y a posponer a éste las ventajas de orden personal.
Exijo de todos los alemanes, de todos los nacional socialistas, de todos los hombres y de todas las mujeres y de todos los miembros de la Wehrmacht que sean fieles y obedezcan hasta la muerte al nuevo Gobierno y a su Presidente.
Conmino al mando de la Nación y a sus seguidores a que cumplan estrictamente las leyes raciales y resistan implacablemente a los envenenadores mundiales de todos los pueblos: al judaísmo internacional.
Dado en Berlín,
el 29 de abril de 1945, a las 4,00 horas.
Adolfo Hitler.»

Firman como testigos: Dr. Joseph Goebbels, Martin Bormannn, Wilhelm Burgdorf, Hans Krebs.

El Ministro del Reich, Dr. Goebbels: Anexo al testamento Político del Führer
«El Führer me ha ordenado salir de Berlín, en caso de llegar a derrumbarse la defensa de la capital del Reich, y participar, como miembro rector, en un Gobierno por él nombrado. Por primera vez en mi vida, tengo que negarme categóricamente a obedecer una orden del Führer. Mi mujer y mis hijos se adhieren a esta negativa. De no hacerlo así - y prescindiendo ya de que, tanto por razones humanitarias como de fidelidad personal, no seríamos nunca capaces de dejar solo al Führer en sus horas más difíciles me consideraría a mí mismo, durante toda mi vida ulterior, como un desertor sin honra y un vil granuja, que habría perdido, junto con el respeto de mí mismo, el de todo mi pueblo. Y este último respeto habría de ser necesariamente la premisa de un servicio de mi persona a la estructuración futura de la Nación alemana y del Reich alemán.
En medio del delirio de traiciones que rodea al Führer en estos días críticos de la guerra, tienen que existir siquiera algunos que le sean fieles incondicionalmente y hasta la muerte, y ello aunque sea contradiciendo una orden formal, objetiva y todo lo fundada que se quiera que él expresó en su testamento político.
Obrando como lo hago, creo prestar al pueblo alemán el mejor servicio posible con vista a su futuro, pues en los duros tiempos que se avecinan, los ejemplos han de ser todavía más valiosos que los mismos hombres. Siempre habrá hombres capaces de mostrar a la Nación el camino hacia la libertad, pero sería imposible toda reconstitución de nuestra vida popular nacional si ésta no tiene lugar sobre la base de ejemplos claros y para todos comprensibles.
Por esta razón, expreso, junto con mi mujer y en nombre de mis hijos, demasiado jóvenes para decidir por su cuenta, pero que se adherirían sin reservas a esta decisión mía si tuviesen la edad suficiente para hacerlo, mi voluntad inquebrantable de no abandonar la capital del Reich, aunque ésta caiga, y de poner fin, más bien, al lado del Führer, a una vida que, para mí personalmente, carece de todo valor si no puedo emplearla en el servicio del Führer y al lado de éste.
Dado en Berlín, el 29 de abril de 1945, a las 5,30 horas.
Dr. Goebbels.»

Mi testamento privado

(ADOLFO HITLER)

«Puesto que creí, en mis años de lucha, que no debía asumir la responsabilidad de contraer matrimonio, me he decidido ahora, a punto de terminar esta mi vida terrena, a tomar por esposa a la muchacha que, tras largos años de fiel amistad, entró voluntariamente en la ciudad, ya casi sitiada, para compartir su suerte con la mía. Por deseo suyo va a la muerte conmigo y como esposa mía y la muerte nos resarcirá de lo que mi labor al servicio de mi pueblo nos ha robado a los dos.
Lo que poseo pertenece en lo que pueda valer al Partido. Si éste dejase de existir, al Estado. Y si también fuese destruido el Estado, ya no será precisa una ulterior decisión mía al respecto.
Mis cuadros, integrantes de las colecciones por mí adquiridas a lo largo de los años, no los he coleccionado nunca por razones de orden privado, sino que lo hice siempre con la intención de crear una galería de pinturas en mi ciudad natal de Linz s. e. Danubio. Es un vivo deseo mío que sea cumplida esta manda.
Nombro albacea para dar cumplimiento a este testamento a mi fidelísimo, camarada de Partido Martin Bormannn. Queda éste facultado para adoptar, con carácter definitivo y legal, todas las decisiones al respecto. Queda asimismo autori¬zado a separar de mis bienes todo aquello que pueda tener un valor de recuerdo personal o servir para el sostenimiento de una modesta existencia burguesa y entregárselo a mis hermanos y, sobre todo a la madre de mi mujer y a mis fieles colaboradores y colaboradoras que él conoce muy bien, comenzando por mis antiguos secretarios y, secretarías, la Sra. Winter, etc todos los cuales me ayudaron durante años con su trabajo.
Yo mismo y también mi esposa, elegimos la muerte para evitar la vergüenza de la fuga o la capitulación. Es voluntad nuestra ser inmediatamente incinerados en el lugar mismo en que durante doce años de servicios a mi pueblo, he llevado a cabo la mayor parte de mi labor cotidiana.
Dado en Berlín, el 29 de abril de 1945, a las 4,00 horas.
Adolfo Hitler
Firman como testigos: Martin Bormannn, Doctor Goebbels. Firma como testigo: Nicolaus von Below.

INDICE DE PERSONALIDADES

AXMANN, Jefe de las juventudes del Reich (Reichsjugendführer).
BELOW, Coronel, Ayudante de Aviación cerca del Führer.
BORMANNN, jefe de la Cancillería del Partido y Secretario de Hitler.
BRAND, Profesor Doctor, Médico personal de Hitler y más tarde Comisario de Sanidad del Reich.
BRAUN (EVA), al final mujer de Hitler.
BRÜCKNER, (»Obergruppenführer» de las SS, Ayudante personal de Hitler.
BURGDORF, General, Ayudante jefe de la «Wehrmacht» cerca del Führer y jefe de Personal del Ejército de Tierra.
CHRISTIAN (GERDA), Secretaria del Führer.
DOENITZ, Gran Almirante, sucesor de Hitler a la muerte de éste.
FEGELEIN, «Obergruppenführer» de las SS, enlace entre Himmler y Hitler, cuñado de Eva Braun.

GOEBBELS, Doctor, Ministro de Propaganda del Reich.
GÖRING, Mariscal del Reich, jefe de la «Luftwaffe».
GREIM (RITTER VON), General de Aviación, sucesor de Göring.
GÜNSCHE, «Sturmbannführer» de las SS, ayudante personal de Hitler.
HAASE, Profesor Doctor, médico de Hitler y director de la clínica de la Nueva Cancillería.
HALDER, General, jefe del E. M. alemán.
HASSELBACH (DOKTOR VON), cirujano de servicio cerca de Hitler.
HEWEL, Embajador, representante del Ministerio de Asuntos Exteriores ante Hitler.
HIMMLER, jefe Nacional de las SS (Reichsführer SS).
HITLER, Canciller del Reich y Führer del Pueblo Alemán.
HÖGL, jefe de Policía.
JODL, Coronel General, jefe del Estado Mayor Estratégico de la «Wehrmacht».
JUNGE (GERTRUD), Secretaria del Führer.
KANNENBERG, Mayordomo jefe de la Cancillería del Reich.
KEITEL, Mariscal de Campo, jefe del Alto Mando de la «Wehrmacht».
KESSELRING, Mariscal de Campo, General en jefe del Este.
KRAUSE, hasta 1939, ordenanza personal de Hitler.
KREBS, General, último jefe del E. M. del Ejército de Tierra.
LINGE, ordenanza personal de Hitler
MORELL, Profesor Doctor, médico de cámara de Hitler.
MOHNKE, Brigadier de las SS, Jefe del Cuerpo Franco Mohnke, que operó en Berlín.
NAUMANN, Doctor, Secretario de Estado en el Ministerio de Propaganda.
RAUBAL (Señora), hermana de Adolfo Hitler.
REITSCH (HANNA), Capitán de la Aviación Civil.
SCHMIDT, Intérprete del Ministerio de Asuntos Exteriores.
SCHRECK, Brigadier de las SS, antecesor del autor como Jefe del Parque Móvil del Führer.
SCHWEGERMANN, Ayudante del Doctor Goebbels.
SPEER, Ministro de Armamento y Municiones.
STEINER, «Gruppenführer» de las «Waffen SS».
STUMPFEGGER, Doctor, médico de Hitler.
TERBOVEN, Comisario del Reich en los territorios ocupados de Noruega.
WENK, General, jefe del XII Ejército.
ZANDER, «Standartenführer» de las SS, ayudante de Bormannn.



Biblioteca WeltanschauungNS

Libros Para Comabtir La Ignorancia.

Doctrina Para Amar Nuestra Herencia.

Recomendamos Matener Alejados A Inutiles.

Coordinacion, Maquetado,Edicion Y Comentarios
Por Thryer-Anntharez
Visita Nuestro Foro:
www.WeltanschauungNS.foro.st

